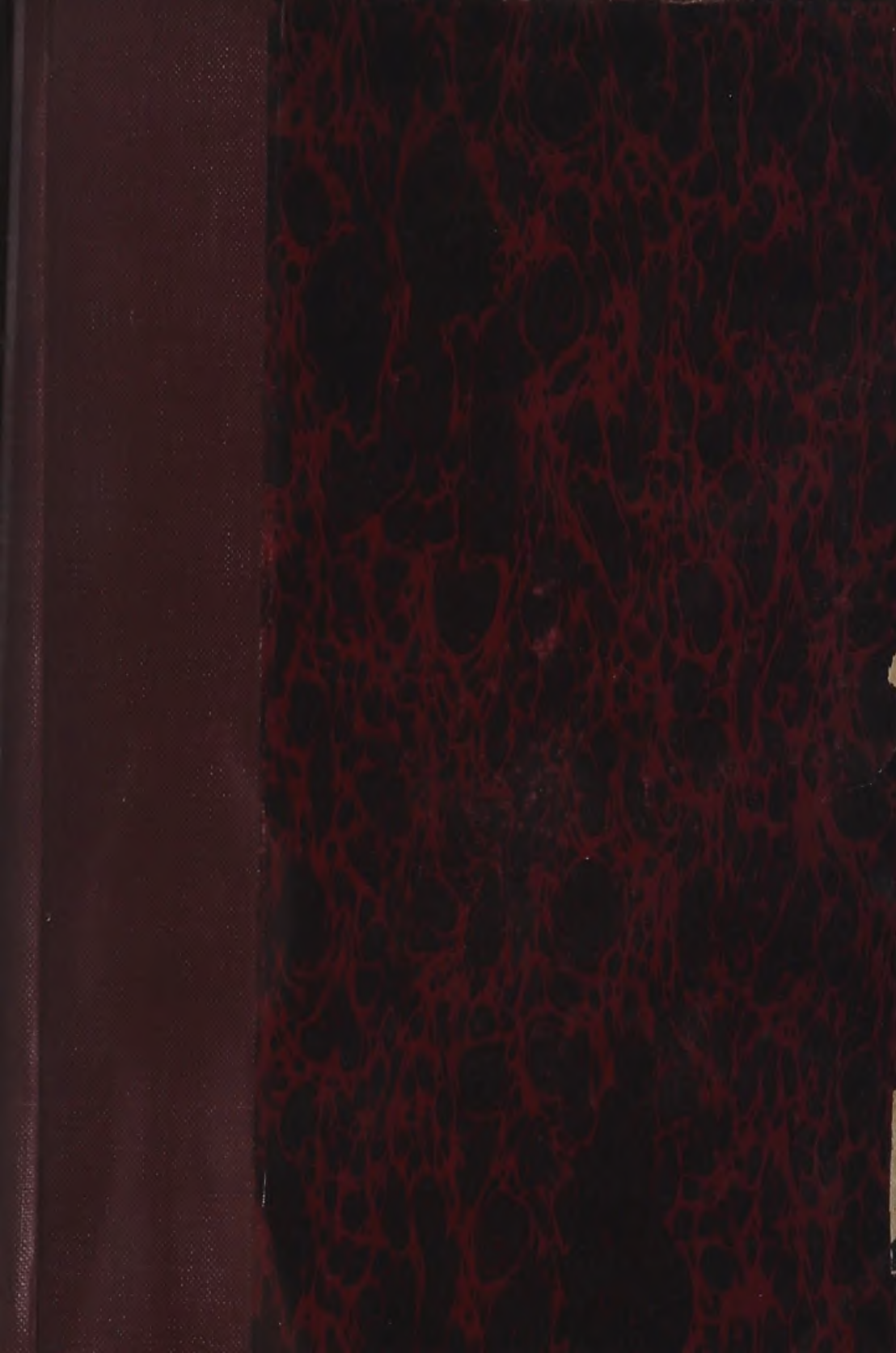


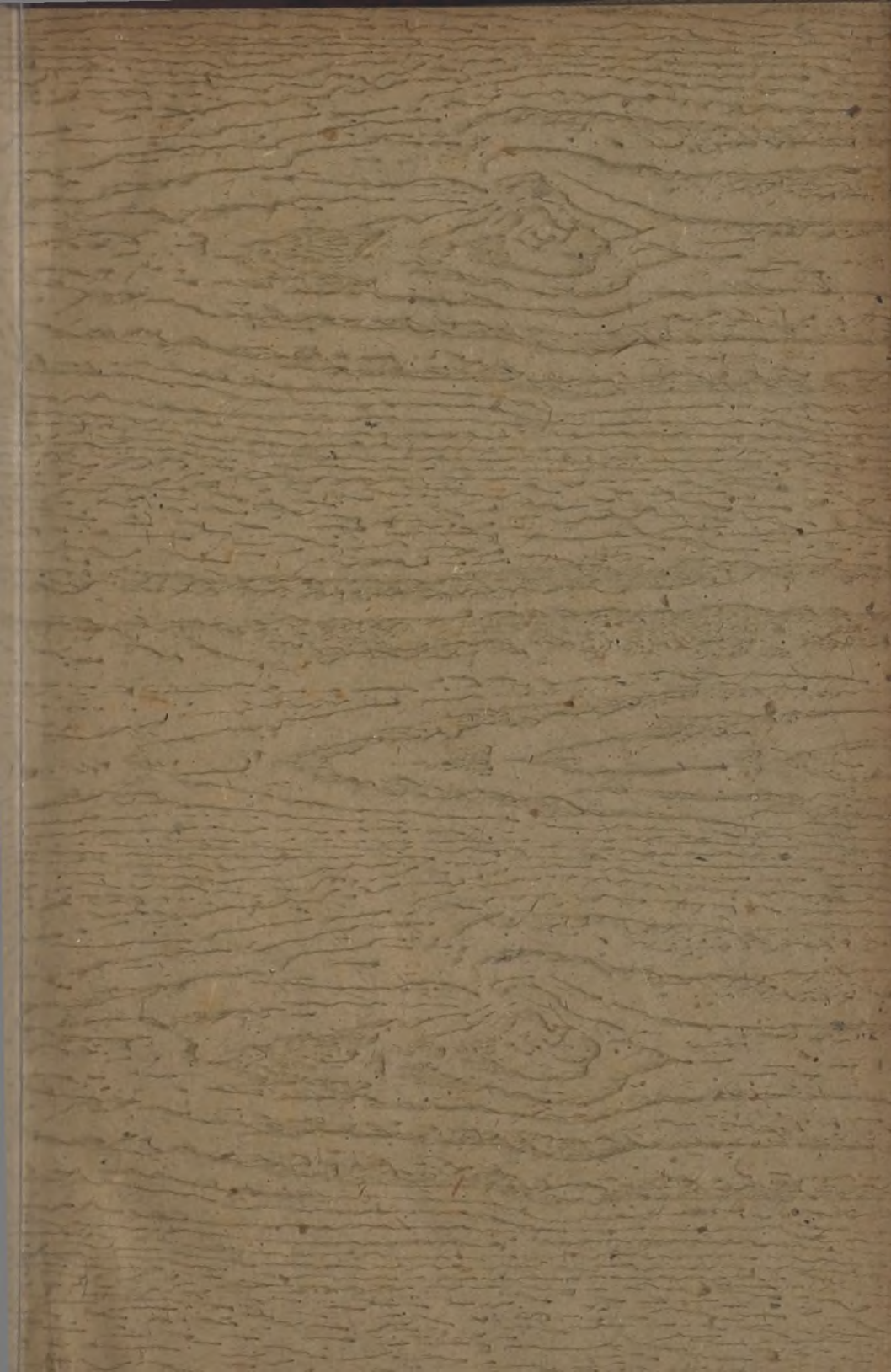


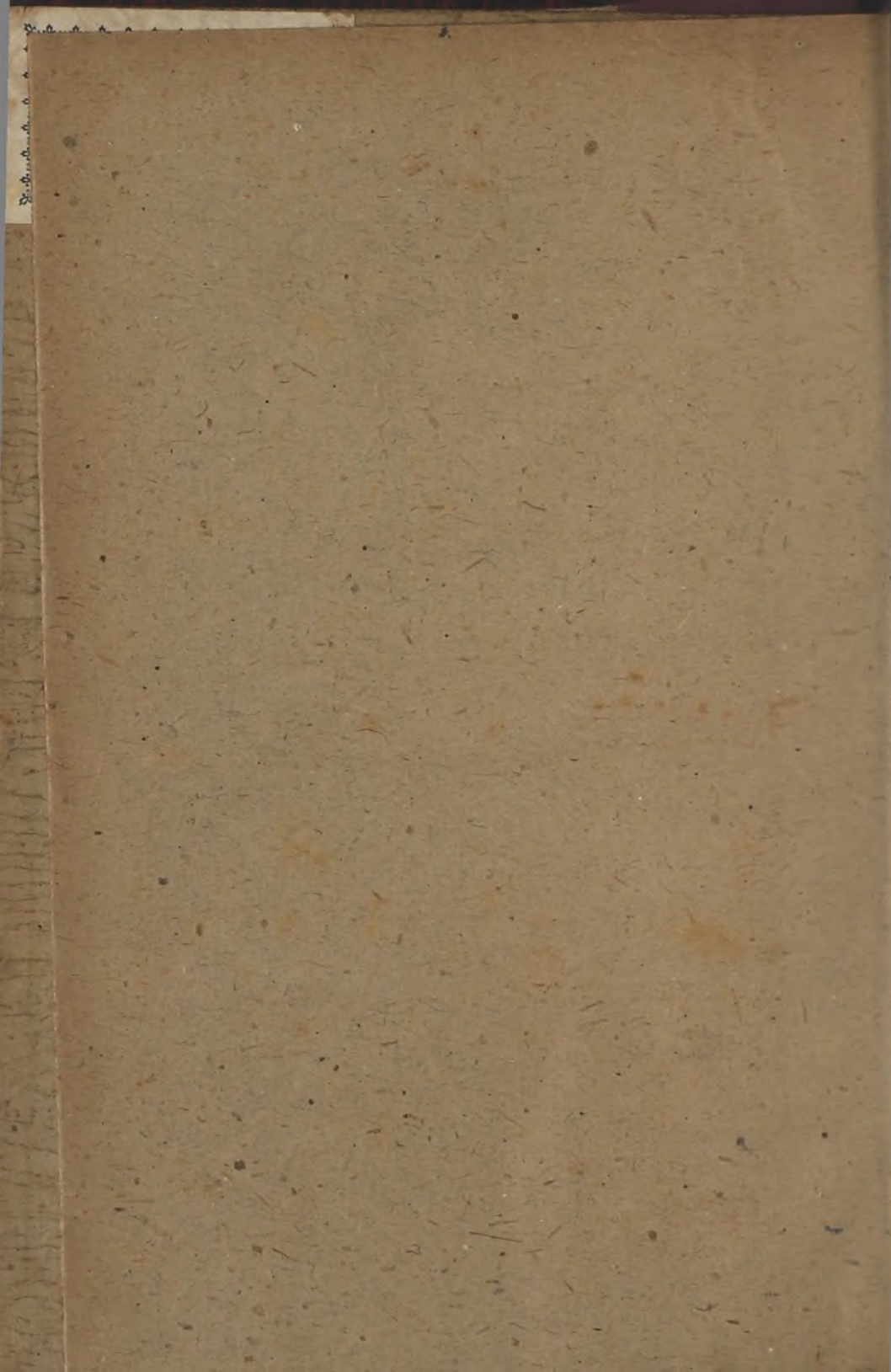
ARCHIVO Y BIBLIOTECA

PABLO BLANCO ACEVEDO

Sector *J* Anaq. *6* N.º *11*







JUAN CARLOS GÓMEZ

~~11~~ - J 5
6

BIBLIOTECA DEL CLUB "VIDA NUEVA"

JUAN CARLOS GÓMEZ



MONTEVIDEO

IMPRESA ARTÍSTICA, DE DORNALECHE Y REYES

CALLE 18 DE JULIO, NÚMS. 77 Y 79

1905

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

ALFRED C. COOPER

1917

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

La iniciativa

SESIÓN LXIII

Montevideo, Julio 10 de 1905.

PRESIDE EL SEÑOR ZORRILLA

Se declaró abierta la sesión con la asistencia de los señores doctor Julio L. Grauert, doctor Juan A. Cachón, doctor Juan A. Minelli, Joaquín J. Baltar, José L. Gomensoro, doctor Arturo Gaye, Oscar Ferrando y Olaondo, Benito J. Montaldo y doctor Ricardo García Fuentes. Léida el acta de la sesión anterior, fué aprobada sin observación. El señor Alberto Zorrilla manifiesta que considera oportuno que el Club «Vida Nueva» inicie ante los deudos del doctor Juan Carlos Gómez las gestiones conducentes á la repatriación de los restos del eminente repúblico, que, como es notorio, descansan en tierra argentina. Agrega que no deja de comprender que la personalidad ilustre de ese compatriota ha sido discutida hasta en nuestro propio partido, por su actuación en otras épocas y por su ideal de la reconstrucción del Virreinato del Río de la Plata. Pero que, no obstante esta discrepancia de ideas, amortiguadas ó casi olvidadas por el tiempo y por la conciencia de nuestra independencia territorial, cree que si la Directiva del Club «Vida Nueva» abarca la persona-

lidad de aquel ciudadano esclarecido con un criterio histórico elevado y ajeno á las pasiones partidistas, se le puede tributar un gran homenaje nacional que la posteridad reclama para sus relevantes virtudes y talento innegables. Que comprende que su proposición debe ser meditada y discutida; de manera que, si se aprueba, se demuestre la convicción y sensatez con que se ha procedido, mucho más cuando el doctor Gómez, en medio de todo, fué un hombre complejo.

Continúa el señor Presidente extendiéndose en otras consideraciones, y concluye diciendo que al personaje histórico de méritos tan relevantes no debe juzgársele con apasionamientos atávicos, y, por lo tanto, pide á sus colegas de Comisión su ilustrada opinión al respecto.

Se mantiene un ligero debate alrededor de la proposición del señor Presidente, acordándose, por moción del doctor Grauert, convocar á una nueva sesión, en la cual se trataría este asunto con la asistencia de otros miembros de la Directiva.

Puesta á votación, se aprobó la moción del doctor Grauert, quedando comprometidos los miembros asistentes á concurrir á la sesión próxima.

No siendo para más el acto, se levantó la sesión.

ALBERTO ZORRILLA,
Presidente.

Sebastián Puppo (hijo),
Secretario.

Oscar Ferrando y Olaondo,
Secretario.

Joaquín J. Baltar,
Secretario.

SESIÓN LXIV

Montevideo, Julio 13 de 1905.

PRESIDE EL SEÑOR ZORRILLA

Con asistencia de los doctores Ambrosio L. Ramasso, Juan A. Minelli, Julio L. Grauert, Ricardo García Fuentes, y seño-

res Benito J. Montaldo, Guillermo Büsch, Oscar Ferrando y Olaondo y José L. Gomensoro, se declaró abierta la sesión, entrando éste último á actuar como Secretario ad hoc, conjuntamente con el titular.

Léida el acta anterior, se aprobó sin discusión.

El señor Presidente manifestó que antes de entrar á la orden del día, creía oportuno significar que en el caso de sancionarse su proposición, presentada en la sesión anterior, la ampliaba en el sentido de que las gestiones de la traslación de los restos del doctor Gómez debían encomendarse en una forma oficiosa al señor Daniel Muñoz, nuestro Ministro en la Argentina.

Se entró á considerar este asunto, y las opiniones de los asistentes fueron unánimemente favorables, quedando, por lo tanto, aprobada la proposición del señor Zorrilla.

El señor Presidente pidió amplias facultades para seguir la gestión con el señor Muñoz, dando cuenta; las que le fueron concedidas.

Se levantó la sesión.

ALBERTO ZORRILLA,
Presidente.

Oscar Ferrando y Olaondo,
Secretario.

José L. Gomensoro,
Secretario ad hoc.

SESIÓN LXVI

Montevideo, Julio 28 de 1905

PRESIDE EL SEÑOR ZORRILLA

Con asistencia de los doctores Ambrosio L. Ramasso, Arturo Gaye, Juan A. Cachón, Ricardo García y Fuentes, Juan A. Minelli, y señores Julio M.^a Sosa, Joaquín J. Baltar, Guillermo Büsch, José L. Gomensoro, Sebastián Puppo (hijo) y Oscar Ferrando y Olaondo, se declaró abierta la sesión.

Léida el acta de la anterior, se aprueba sin observarse.

La Mesa dió lectura de todos los antecedentes de la gestión relativa á la iniciativa del Club para trasladar los restos del doctor Gómez, cuya gestión fué encomendada en Buenos Aires al señor Daniel Muñoz.

Los documentos de la misma fueron aprobados unánimemente. La Mesa presentó un proyecto relativo á la forma del homenaje, el que también fué aprobado.

Se delegó en el señor Presidente la misión de apersonarse al doctor Zorrilla de San Martín, al doctor Ángel Floro Costa y al señor José E. Rodó, á fin de solicitarles su concurso intelectual: al primero, para que hable en el puerto, al recibirse los restos del doctor Gómez; al segundo, para escribir su biografía popular, y, al tercero, para que tome parte activa en esta manifestación. Asimismo se le facultó para ver otras personas, entre ellas al doctor Luis Melián Lafinur, doctor José P. Ramírez, doctor José Sienra y Carranza, doctor Juan C. Blanco, doctor Domingo Mendilaharsu, etc., etc.

De acuerdo con el articulado aprobado, se procedió á nombrar la Comisión de Hacienda, encargada de recolectar fondos por suscripción popular, para abonar los gastos que origine el traslado de los restos del doctor Gómez, y su excedente destinarlo á la erección de un monumento que perpetúe su ilustre memoria; recayendo ese nombramiento en los siguientes señores: doctor Carlos Sáenz de Zumarán, Rufino Gurméndez, Carlos Sanguinetti, doctor Manuel Herrera y Reissig, doctor Ricardo García Fuentes, Conrado Rücker, doctor Juan A. Minelli, Carlos A. Folle y Benjamín Fernández y Medina.

Se levantó la sesión.

ALBERTO ZORRILLA,
Presidente.

Oscar Ferrando y Olaondo,
Secretario.

Joaquín J. Baltar,
Secretario.

Sebastián Puppo (hijo),
Secretario.

PROYECTO DE HOMENAJE PRESENTADO POR LA MESA

Obtenida de la señora Elisa Gómez de Livingsgton la autorización necesaria para repatriar los restos de su esclarecido padre el doctor Juan Carlos Gómez, la Comisión Directiva del Club « Vida Nueva », que considera que el homenaje póstumo que debe tributarse á la memoria del eminente publicista, tribuno, poeta y luchador político debe revestir los caracteres de un acontecimiento nacional, en sesión de hoy resuelve, por unanimidad, lo siguiente:

Artículo 1.º Autorízase al señor Presidente para dirigir, en los términos acordados, una carta á la señora Elisa Gómez de Livingston, y nota de agradecimiento por su gestión al señor Daniel Muñoz.

Art. 2.º El día que lleguen al suelo de la patria los restos mortales del esclarecido ciudadano Juan Carlos Gómez, la Comisión Directiva del Club « Vida Nueva » convocará al pueblo nacional y extranjero para concurrir á la Capitanía del Puerto, formándose en sus calles adyacentes la columna popular que ha de acompañarlos hasta el Cementerio.

Art. 3.º Designar al doctor Juan Zorrilla de San Martín para que hable al recibir los restos en la Capitanía del Puerto, y al doctor Antonio Cabral para que pronuncie, en representación de esta Directiva, la oración fúnebre en el Cementerio.

Art. 4.º Celebrar en la noche de este día una velada literaria en uno de nuestros principales teatros, en honor de la ilustre memoria de Juan Carlos Gómez.

Art. 5.º Dirigir nota al Ministro de Gobierno pidiéndole autorización para depositar provisoriamente los restos del doctor Gómez en el Panteón Nacional.

Art. 6.º Pasar nota á la Junta E. Administrativa de la capital solicitándole otorgue á los deudos del doctor Gómez un terreno apropiado, en alguno de los Cementerios públicos, con objeto de inhumar definitivamente los despojos del que fué su Presidente, y denomine Juan Carlos Gómez una de las calles de Montevideo, su ciudad natal.

Art. 7.º Si accede la Junta á la petición que se le formula

en el artículo 6.º, iniciar los trabajos conducentes para erigirle, por suscripción pública, una estatua al doctor Gómez en el Cementerio designado, la que, ampliando el pensamiento del general Bartolomé Mitre, será fundida en parte con los tipos de las imprentas de las Repúblicas del Uruguay, Argentina y Chilena.

De la ejecución de esta idea se encargará el Club «Vida Nueva», el que solicitará especialmente la colaboración del Club «Juan Carlos Gómez» para realizarla.

Art. 8.º Pasar notas al Poder Ejecutivo, Cámaras de Senadores y Diputados, pidiéndoles designen la delegación que ha de concurrir á la ciudad de Buenos Aires á presenciar la ceremonia de la exhumación de los restos del doctor Gómez, como, asimismo, nombren respectivamente dos oradores que hablen á nombre del Gobierno de la Nación y del Parlamento uruguayo en aquel acto, y en el de la inhumación que tendrá lugar en el Cementerio Central.

Art. 9.º Invitar por nota al Superior Tribunal de Justicia, Tribunal Militar, Consejo Universitario, Ateneo de Montevideo y Club «Juan Carlos Gómez», para que designen las personas que han de representarlos en la delegación que se traslade á Buenos Aires.

Art. 10. Queda autorizada la Comisión Directiva del Club «Vida Nueva» para designar ciudadanos de significación social y política en el país, que formen parte de la delegación referida.

Art. 11. El Presidente del «Club Vida Nueva», señor Alberto Zorrilla, hablará en Buenos Aires en nombre de éste en el acto de entregársele por el representante de los deudos del ilustre prócer, sus despojos mortales, los que se repatrian bajo los auspicios morales de aquella institución política.

Art. 12. Nombrar tres Comisiones, que se denominarán: Nacional, de Velada y de Hacienda, la última de éstas con la misión de recolectar, por suscripción pública, los fondos necesarios para sufragar los gastos que origine la traslación de los restos del doctor Gómez, y, si hubiera excedente, destinarlo á la erección de una estatua, que perpetúe su ilustre memoria.

Art. 13. Designar en Buenos Aires una Comisión de compatriotas residentes en esa ciudad, con el cometido de organizar en la misma, el homenaje que allí resuelvan tributarle.

Esta Comisión la organizará y presidirá el señor Daniel Muñoz, la que podrá ser integrada con ciudadanos argentinos.

Art. 14. Imprimir bajo los auspicios del Club « Vida Nueva » un folleto ó libro que contenga todos los documentos de esta gestión, discursos, artículos de la prensa del Uruguay, Chile y la Argentina, crónicas, etc., etc.

De este folleto ó libro se hará una impresión y encuadernación lujosas, para enviárselo en nombre del Club « Vida Nueva » á la señora Gómez de Livingston.

Art. 15. Publíquese.

ALBERTO ZORRILLA,
Presidente.

Oscar Ferrando y Olaondo,
Secretario.

Juan A. Cachón,
Secretario.

Joaquín J. Baltar,
Secretario.

Sebastián Puppo (hijo),
Secretario.

LOS DOCUMENTOS DE LA GESTIÓN

LA PRIMERA NOTA

Montevideo, Julio 12 de 1905.

Excmo. señor Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario del Uruguay, don Daniel Muñoz.

Buenos Aires,

Señor Ministro:

La Comisión Directiva del Club « Vida Nueva », en la última sesión celebrada, resolvió, por unanimidad, iniciar la gestión necesaria á fin de repatriar en forma popular los restos

mortales del esclarecido ciudadano Juan Carlos Gómez, que descansan en tierra argentina, con el patriótico propósito de rendir á la memoria de aquél el homenaje póstumo que le deben sus compatriotas, por sus eminentes virtudes cívicas y probidad política, que, entrelazadas á sus brillantes facultades tribunicias y talento literario, destacan, á través del tiempo y de los acontecimientos que han conmovido á nuestra turbulenta democracia, los grandes relieves de su personalidad nacional, abarcada ésta desde la altura de miras y principios con que deben juzgarse los hombres de su talla moral é intelectual.

Movidos por estas ideas, que rompen los moldes estrechos de los prejuicios atávicos, los miembros de la Comisión Directiva del Club « Vida Nueva » tienen la esperanza de que los deudos del ilustre repúblico no se opondrán á satisfacer su iniciativa, para lo cual aquélla ha dispuesto dirigirse á V. E. pidiéndole quiera apersonarse al señor Tomás Livingston y doctor Benigno Jardim, su deudo y albacea testamentario respectivamente, haciéndoles presente á esos distinguidos caballeros, que sería para esta institución un alto honor el que se la autorizara para repatriar los despojos del ilustre compatriota, por considerar que ya es tiempo de que se tribute ese homenaje á sus virtudes y superior mentalidad.

Confiamos en que el señor Ministro, en el carácter particular, á que sólo puede aspirar el Club « Vida Nueva », aceptará la gestión que se le delega, y tendrá la fineza de informarnos del resultado de ésta, para, en el caso de que obtuviera éxito, darle á nuestra iniciativa las proporciones públicas que impone un acto en el cual se va á honrar la individualidad de un hombre histórico de cualidades tan relevantes y eminentes.

Saludo al señor Ministro, con los sentimientos de mi consideración más distinguida,

ALBERTO ZORRILLA,
Presidente.

Oscar Ferrando y Olaondo,
Secretario.

Joaquín J. Ballar,
Secretario.

CONTESTACIÓN DEL SEÑOR MUÑOZ

MINISTRO DEL URUGUAY,

Buenos Aires, 14 de Julio de 1905.

Señor Presidente de la Comisión Directiva del Club « Vida Nueva », don Alberto Zorrilla.

Montevideo.

Señor Presidente:

Ha llegado hoy á mis manos la comunicación que se ha servido usted dirigirme, haciéndome saber que la Comisión Directiva del Club « Vida Nueva », en la última sesión celebrada, resolvió, por unanimidad, iniciar la gestión necesaria á fin de repatriar en forma popular los restos mortales del esclarecido ciudadano doctor Juan Carlos Gómez, que descansan en tierra argentina, con el patriótico propósito de rendir á la memoria de aquél el homenaje póstumo que le deben sus compatriotas por sus eminentes virtudes cívicas y probidad política.

Al mismo tiempo me comunica usted que la Comisión Directiva de ese Club se ha servido confiarme la honrosa misión de hacer las gestiones conducentes al éxito de la noble iniciativa que ha tomado, á cuyo fin me indica me apersono al señor Tomás Livingston, deudo del doctor Gómez, y al señor don Benigno Jardim, que fué su albacea testamentario, para hacerles presente los propósitos del Club « Vida Nueva ».

Así lo haré, señor Presidente; pero me permito advertir á usted que la hija del ilustre ciudadano, cuya memoria todos queremos honrar, señora Elisa Gómez de Livingston, vive aún, rodeada de todas las consideraciones á que por sus propias virtudes y su esclarecida alcurnia es acreedora; así es que creo que á ella debo dirigirme en primer término; paso que desde luego me allanará la feliz circunstancia de tener el honor de contarme entre las relaciones de esa distinguida dama.

Supongo que el no haberseme dado instrucciones para que me apersono á la señora Elisa Gómez de Livingston, proviene de la errada creencia en que la Comisión Directiva del Club, sin duda, estaba, de que la hija del doctor Gómez ya no

existía; pero no siendo así, felizmente, creo que no extralimito mi cometido dirigiéndome á ella en primer término, pues que de ella debe emanar el consentimiento para la remoción de los restos de su padre esclarecido, y como deseo dar inmediatamente ese primer paso, ruego á usted, señor Presidente, se sirva comunicarme, por telegrama, si considera acertado mi proceder.

Puede la Comisión Directiva del Club «Vida Nueva» confiar en que pondré, en el desempeño de la honrosa misión para que se ha servido designarme, todo el empeño posible, á fin de alcanzar el éxito deseado, aunque preveo que no dejarán de levantarse resistencias contra el propósito de trasladar los restos del doctor Gómez á nuestra patria, y, no lo digo con referencia á sus deudos, cuyo pensamiento al respecto no he sondeado aún, sino al espíritu público argentino, que ya ha empezado á manifestarse en sentido de que deben aquellos despojos permanecer en el país en que por tantos años residió nuestro ilustre conciudadano, como podrá usted apreciarlo por el artículo de *El Diario* de ayer, que adjunto.

Agradecido á la distinción de que la Comisión Directiva del Club «Vida Nueva» me hace objeto, aprovecho de la oportunidad para saludar al señor Presidente con toda consideración y estima,

DANIEL MUÑOZ.

MINISTRO DEL URUGUAY.

Buenos Aires, 15 de Julio de 1905.

Señor Alberto Zorrilla, Presidente del Club «Vida Nueva».

Montevideo.

Señor Presidente:

Supongo en poder de usted la comunicación que con fecha de ayer le dirigí, en la que manifestaba, agradecido, mi aceptación del encargo con que la Comisión Directiva de ese Club me honró para gestionar el consentimiento de los deudos del

doctor Juan Carlos Gómez para el traslado de sus restos mortales á Montevideo.

Como decía á usted en esa comunicación, considero que á quien debo dirigirme, en primer término, al iniciar mi gestión, es á la señora hija de nuestro ilustre compatriota, doña Elisa Gómez de Livingston, y no habiendo recibido de usted instrucciones en contrario, he creído que antes de presentarme á esa dama debía preanunciarle mi visita y el objeto de ella, y á ese fin he dirigido á la señora Gómez de Livingston, con fecha de hoy, la carta cuyo borrador adjunto, á fin de que usted se entere y pueda informar á sus colegas de Comisión de la forma con que he dado comienzo al desempeño de mi misión.

No retengo copia de esa carta; así es que confío á usted el borrador original, para que lo guarde entre los antecedentes de la gestión, á no ser que considere usted oportuno publicarlo, en lo que de parte mía no pongo inconveniente ninguno.

Si la prensa argentina insistiese en la propaganda que ya inició *El Diario*, contrariando el patriótico propósito de ese Club, yo creo que sería conveniente contestar algo, y aunque sé que cuentan ustedes con escritores brillantes, que sabrán con más acierto y lucimiento sostener el legítimo derecho de nuestra patria á guardar los restos de uno de sus hijos más ilustres, ofrezco todo mi humilde concurso, si el Club « Vida Nueva » quisiera utilizarlo á ese objeto.

Esperando las nuevas instrucciones que se sirva usted enviarme para el mejor desempeño de mi misión, saluda á usted con toda consideración y estima,

DANIEL MUÑOZ.

CARTA DEL SEÑOR MUÑOZ Á LA HIJA DEL DOCTOR GÓMEZ

Buenos Aires, 15 de Julio de 1905.

Señora Elisa Gómez de Livingston.

Presente.

Distinguida señora:

Persiguiendo un patriótico propósito, el Club « Vida Nueva » de Montevideo ha tomado la iniciativa de gestionar la trasla-

ción de los restos mortales de su ilustre señor padre, doctor Juan Carlos Gómez, al suelo de la patria que lo vió nacer y en cuyo amor él vivió siempre, soñando en su engrandecimiento y felicidad, y me ha confiado la honrosa misión de recabar el consentimiento de sus deudos para poder cumplir aquel propósito.

Antes de franquear las puertas de su casa, que tan bondadosamente me abrió usted desde mi llegada, recordando, sin duda, los estrechos vínculos de amistad y políticos que ligaban á nuestros antepasados, quiero preparar su espíritu al sacrificio, sin duda doloroso, de consentir á la traslación de los restos del doctor Gómez, confiando en la entereza de alma y en la elevación de ideas que heredó usted legítimamente de aquel preclaro varón, una de las individualidades de primer rango en la pléyade de hombres de pensamiento que han dado lustre á los países del Río de la Plata.

La demanda de mis jóvenes compatriotas es perfectamente justa, respetable señora mía, porque es anhelo de todos los pueblos recoger las cenizas dispersas de sus personalidades ilustres, para testimoniarles en la materialidad de sus míseros despojos, el respeto, la veneración con que se guarda la memoria de sus talentos y virtudes. No basta el raciocinio de que el espíritu sobreviviente á la fragilidad del cuerpo está presente donde quiera que se le invoca, sino que parece que hace falta al homenaje póstumo algo tangible que perteneciere al hombre á quien se quiere honrar, y nada es más suyo, más íntimo, más personal, que sus propios restos mortales, aunque la acción despiadada del tiempo los haya reducido á polvo, y es por eso que por mucho que se recuerde á los muertos queridos, el dolor de los que los lloran se reaviva y se exalta ante la tumba que encierra sus despojos, pensando que aquella materia inerte fué el arca guardadora del espíritu que la animó.

Muchas veces han pensado mis compatriotas iniciar esta piadosa demanda, que ahora he sido encargado de entablar, pero los tiempos no fueron propicios para llevar adelante el pensamiento; porque desgraciadamente no podía ofrecer sosegado asilo al ilustre prócer el suelo de la patria, perturbado

por criminales correrías de caudillos anacrónicamente resurgidos á la acción para resucitar las lóbregas épocas que determinaron el alejamiento de don Juan Carlos y que le hicieron vivir retirado del escenario en que debió actuar. Hubiera sido un agravio á sus restos el llevarlos á una tumba hasta donde pudieran llegar los alaridos de la guerra civil, contra la cual él, como Sarmiento, como López, como todos los hombres de su estirpe intelectual, había combatido sin descanso; y respetando el reposo que les prestaba esta tierra hermana y hospitalaria, aquí dejaron descansar sus despojos hasta que lucieran mejores días para su país.

Felizmente, aunque á trueque de cruentos y dolorosos sacrificios, se ha serenado ya el conturbado ambiente de la República Oriental, y los restos del preclaro ciudadano pueden reposar tranquilamente en la tierra nativa, sin temor de que perturben el sosiego de su sueño eterno las algaradas caudillescas; así es que puede usted alejar de su espíritu toda inquietud de que pueda de nuevo el pasado irrumpir de los antros en que quedó sepultado, para conmover el orden social y político de la patria, que llama á su seno las cenizas de uno de sus hijos más esclarecidos.

Yo sé que puedo hablar á usted así, porque su intelecto ha sido formado al calor de un hogar en que vibró siempre la protesta y la condenación contra los rezagos de la malsana política, que tan funesta ha sido para estos países del Plata, en que la anarquía y la ignorancia ofrecen propicio medio para su germinación y desarrollo, y sé también que usted alcanza la significación que en estos momentos tiene la repatriación de los restos de don Juan Carlos, que servirán como de cimiento á la nueva vida de orden institucional y de paz incommovible que inicia la República al salir triunfante de su último cataclismo; y porque así lo comprende usted, abrigo la esperanza de encontrarla, en la visita cuyo anuncio desde luego le anticipo, con el espíritu bien preparado para consumir el noble sacrificio que se le demanda, de desprenderse del tesoro en que concentra usted tantas afecciones íntimas, sobreponiendo á sus legítimos egoísmos de hija amatísima y devota á la

memoria del genitor ilustre, los dictados de su claro raciocinio, que sin duda le aconsejan no retener aquel venerando depósito y restituirlo á la patria que lo reclama como una insignia para desplegarla al recuerdo respetuoso de los contemporáneos y al bien ganado homenaje de las nuevas generaciones, que son las que han iniciado este acto de reparación y de justicia, á que adherirán con toda certeza todos cuantos supieron apreciar las altas virtudes y admirar el esclarecido talento del pensador profundo y del polemista impetuoso en defensa de todo lo que era grande, noble y civilizado.

Con mis saludos para su estimado esposo, queda de usted, distinguida señora y respetable amiga, muy obsecuente y seguro servidor,

DANIEL MUÑOZ.

RESPUESTA DEL CLUB «VIDA NUEVA»

Montevideo, Julio 17 de 1905.

Excmo. señor Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario del Uruguay, don Daniel Muñoz.

Buenos Aires.

Señor Ministro:

Me he impuesto con verdadero agrado de las comunicaciones de V. E., de fechas 14 y 15 del corriente, en las cuales me hace saber la forma en que ha iniciado sus gestiones tendientes á conseguir de los deudos del preclaro ciudadano doctor Juan Carlos Gómez el consentimiento necesario para trasladar á Montevideo, bajo los auspicios del Club «Vida Nueva», los despojos mortales de aquél.

En la nota de V. E., fecha 14 del corriente, le advertía á esta Directiva que la hija del ilustre compatriota «cuya memoria todos queremos honrar», señora Elisa Gómez de Livingston, «vive aún», y, por lo tanto, se extrañaba V. E. de que esta Comisión no le hubiera dado instrucciones para iniciar, en primer término, ante tan distinguida dama, el traslado

de los restos de su preclaro genitor, sin duda porque aquella « estaba en la errónea creencia de que la hija del doctor Gómez no existía ».

En cuanto á esta parte de su nota, debo significarle al señor Ministro que la Comisión Directiva del Club « Vida Nueva » no ignoraba que existiera la señora de Gómez, pero juzgó que podrían indistintamente iniciarse las gestiones ante su esposo, señor Livingston, en su carácter de jefe de familia; resolviéndose después, en atención á las acertadas consideraciones expuestas por V. E. en la precitada nota, y de acuerdo con su pedido, enviarle en esa misma fecha un telegrama, que supongo llegó á sus manos, y en el cual quedaba V. E. autorizado para apersonarse en primer término á la señora de Gómez y hacerle saber los altos y nacionales móviles de la iniciativa tomada por esta institución, los que se exteriorizaban á V. E. á grandes rasgos en la nota de fecha 12 del que rige.

También se comprendía en nuestra comunicación al juriconsulto don Benigno Jardim, albacea testamentario del doctor Gómez, porque V. E. recordará que se ha repetido, siempre que se trató de realizar el noble pensamiento de trasladar los restos del eminente repúblico, que en una de las cláusulas de aquel documento se establecía cuál era su irrevocable voluntad, con respecto á la situación institucional que debía regir en el país, cuando se propusiera á sus deudos traer sus despojos á la tierra natal, en la que, señor Ministro, su huella de hombre superior es y será históricamente luminosa.

He aquí expresadas á V. E. las razones por qué la Comisión Directiva del Club « Vida Nueva » delegó en V. E. la honrosa misión de gestionar ante esos caballeros la traslación de los restos del doctor Gómez.

Con respecto á la nota de fecha 15, me es grato participarle que la Comisión Directiva ha dejado librado á su talento y loable empeño — manifestado en cumplir el cometido que tiene á su cargo — la manera de tramitarlo, significándole, desde luego, que aprueba la forma que ha adoptado para entrevistarse con la señora Elisa Gómez de Livingston, forma reve-

ladora de su cultura social y del interés que se toma por que nuestra iniciativa obtenga el éxito que todos anhelamos, y nos proporcione la oportunidad de tributar grandes y solemnes honores populares á quien los merece de sus conciudadanos y de los pueblos americanos del Plata.

La presunta actitud de la prensa argentina, si llegara á adherirse á la propaganda de *El Diario*, si bien tiene su explicación por tratarse de un hombre intelectual eminente, que vinculó parte de su vida á esa culta sociedad, consideramos que, por ahora, no debemos trabar polémica con aquélla, desde que sólo un diario se ha pronunciado, y en obsequio al mejor éxito de su gestión; pero, si ésta llegara á obtener el consentimiento que ardientemente anhelamos, entonces es de esperarse que aquella propaganda se generalice, y la defensa que haremos con este motivo, de nuestro derecho á que los restos del esclarecido ciudadano descansen en la patria de su nacimiento, se confiará á los escritores del Club «Vida Nueva», aceptando desde ahora, y en primer lugar, el concurso que ofrece V. E., concurso que la Comisión Directiva me encarga se complace en agradecer, por considerarlo inapreciable, tratándose de un publicista de su reputación y brillantes cualidades.

En vista del deseo público — cada día más creciente — de que sus gestiones tengan el éxito aspirado, le ruego al señor Ministro que, en caso de ser aquéllas satisfactorias, se sirva comunicarlas por telegrama, no obstante la nota que esperamos de V. E., la que en oportunidad, con los demás antecedentes que existen en Secretaría, se dará á la publicidad, sean cuales fueren los resultados.

Si esta nota llega antes de la visita que V. E. le hará á la respetable dama Elisa Gómez de Livingston, sírvase expresarle á la misma, en nombre de los miembros de la Directiva del Club «Vida Nueva», que por más doloroso que sea á sus afectos de hija conceder la autorización que se le pide, lo haga, persuadida de que las cenizas de su ilustre padre serán recibidas con el homenaje y respeto nacionales á que son acreedoras, y guardadas en la tierra de su patria con la veneración y el cariño más sinceros de sus compatriotas, los que á

pesar de las opiniones de la prensa argentina, se sienten orgullosos de que, como el sublime cantor de las heroicidades troyanas, se disputen los pueblos de esta margen del continente americano, la tumba donde han de descansar sus mortales despojos, no obstante dejar establecido, como un derecho inconcuso, que es á la República del Uruguay á quien le corresponde, sin controversia, tan insigne honra.

Saluda al señor Ministro con su mayor consideración y aprecio personal,

ALBERTO ZORRILLA,
Presidente.

Oscar Ferrando y Olaondo,
Secretario.

Joaquín J. Ballar,
Secretario.

SOBRE LA CLÁUSULA TESTAMENTARIA

En este estado la gestión, el señor Daniel Muñoz dirige una carta particular al señor Zorrilla, relativa á la misma, y en la cual juzga conveniente hacerle saber la manifestación del doctor Benigno Jardim, albacea testamentario del doctor Gómez, relacionada con la cláusula á que hace referencia la nota precedente del Club «Vida Nueva».

De la carta del señor Muñoz tomamos íntegro el párrafo que aclara este punto, y que dice así: «También he hablado con el doctor Jardim para saber de él si don Juan Carlos había dejado alguna disposición expresa sobre el destino de sus restos, y me dice que no; que lo único que había manifestado varias veces era que, cuando muriese, sus restos fuesen quemados y esparcidas las cenizas al viento; pero como esto no lo dejó escrito, sus amigos consideraron que no debía cumplirse aquel deseo, precisamente teniendo en cuenta que un día, más ó menos lejano, la patria reclamaría aquellos despojos.»

CARTA DE LA SEÑORA ELISA GÓMEZ DE LIVINGSTON

Efectuada por el señor Muñoz la visita que anunciara á la

señora de Livingston, esta distinguida dama, después de meditar su resolución, le envió á nuestro Ministro, momentos antes de embarcarse para Montevideo, la carta que á continuación se publica, y que fué entregada por el señor Muñoz al Presidente del Club «Vida Nueva», dando por terminada su feliz y delicada gestión. Esa sentida carta, está concebida en los siguientes términos:

Buenos Aires, Julio 26 de 1905.

Señor Daniel Muñoz, Ministro Plenipotenciario de la República O. del Uruguay.

Presente.

Distinguido amigo:

Me es grato comunicarle que acepto agradecida la proposición que por intermedio suyo me hace el Club «Vida Nueva» de Montevideo, para repatriar los restos de mi querido padre, el doctor Juan Carlos Gómez.

Las dudas que asaltaban mi espíritu en épocas anteriores, desaparecen ante la oportunidad y la forma en que hoy se desea hacer la traslación de sus restos, como un acto de justicia al desterrado y de cariñosa simpatía al ciudadano, por esa juventud viril é intelectual que él tanto amaba y en quien había cifrado todas sus esperanzas para el engrandecimiento de su patria.

Creo interpretar los sentimientos de mi señor padre, dejando que sus restos vayan á descansar hoy á su país, tranquilizado y honrosamente gobernado.

No es sin profunda pena que separaré del suelo argentino, su patria adoptiva, que durante tantos años le ha dado generoso asilo, esos despojos queridos, que son mi veneración y mi fe, y donde tantas veces iba á confortar mi alma, en las dolorosas pruebas de la vida; pero fiel á sus principios de que la familia de los hombres públicos es la patria, me resigno, consolándome la idea de que su memoria va á ser dignamente perpetuada por sus compatriotas en la tierra que le vió nacer.

Su nombre, señor Muñoz, como el del doctor Ramírez, y

el de todos esos jóvenes y amigos que han querido honrar su memoria, serán eternamente gratos á la hija de Juan Carlos Gómez.

Lo saluda con consideración y respeto,
Su vieja amiga,

Elisa Gómez de Livingston.

Montevideo, Julio 3 de 1905.

Señora Elisa Gómez de Livingston.

Buenos Aires.

Distinguida señora:

Tuve el inmenso agrado de recibir de manos de nuestro apreciable compatriota señor Daniel Muñoz, la carta que usted le dirigió, haciéndole saber que aceptaba agradecida la proposición que por intermedio suyo le hace el Club «Vida Nueva» de Montevideo para repatriar los restos de su querido padre, el doctor Juan Carlos Gómez.

La iniciativa de mis colegas de Comisión, en cuyo nombre, y en el propio, tengo el alto honor de dirigirme á usted, ha sido, respetable señora, inspirada en acendrados sentimientos de justicia y admiración por las virtudes y talentos eminentes con que se singulariza en nuestra historia, la personalidad consular del doctor Juan Carlos Gómez, á la cual hemos creído que sus compatriotas le debían un homenaje póstumo, digno de sus brillantes cualidades de hombre público de mentalidad superior.

* Guiados por esta inspiración y sobreponiéndonos á todos los prejuicios atávicos y apasionamientos políticos, buscamos la forma popular de rendirle al tribuno, al poeta, escritor, polemista y político esclarecido, el homenaje que merece su memoria, y á que son acreedores sus despojos mortales, con motivo de la traslación de éstos al suelo natal, en el que tienen derecho á descansar eternamente, rodeados del afecto intenso y del respeto profundo de sus connacionales, amigos y admiradores, y de esa «juventud viril é intelectual que él tanto

amaba,» según la frase elocuente y sentida de la carta de usted, y la cual jamás había prescripto su obligación moral de iniciar el acto de reparación nacional, que va á realizarse con todo el brillo y solemnidad con que reciben y veneran los pueblos los restos de los hombres de la talla de Juan Carlos Gómez, que han tenido la virtud, á través de las edades, de haber iluminado, como constelaciones radiosas y guiadoras, el cielo de la patria.

Comprendemos, respetable señora, la honda pena con que usted se desprende de los despojos mortales de su ilustre genitor, que «son su veneración y su fe, donde á veces confortaba su alma en las dolorosas pruebas de la vida;» pero permítame que le exprese que la hija de Juan Carlos Gómez ha estado á la altura del espíritu superior de su amantísimo padre, venciendo los íntimos y sinceros afectos que producen los cariños filiales, y entregando á la «familia de los hombres públicos eminentes,» — la patria, — sus cenizas, cuando ésta las solicita con justicia, para tributarle las honras nacionales, á que tiene derecho indiscutible, el esforzado ciudadano que buscó en el reinado de la libertad y de las instituciones el engrandecimiento de su país.

Puede á usted consolarla la idea de que la memoria del doctor Gómez será dignamente perpetuada, porque la iniciativa del Club que me honro en presidir, es nacional y ajena á todo exclusivismo; de manera que en el homenaje que le tribute, vibre por sobre las pasiones y vehemencia de los partidos, el alma de la patria, y sirva de tregua, siquiera por un momento, á las luchas ardientes y á las agitaciones de la turbulencia política.

Ésta es la esencia, distinguida señora, de nuestro pensamiento iniciador, y que los miembros de la Comisión Directiva del Club «Vida Nueva» no lo desvirtuarán, creyendo, además, cumplir con su deber significándole, por mi intermedio, que sienten honrada á la Institución que representan, viendo á ésta triunfante en su patriótica iniciativa, y, por consiguiente, la que proporcione á sus conciudadanos la anhelada oportunidad de rendir á los despojos del ilustre desterrado el

homenaje póstumo de que son merecedores su integridad política y prominentes virtudes y talentos.

Con su mayor respeto y consideración, tiene el honor de saludar á la hija de Juan C. Gomez,

Alberto Zorrilla,
Presidente del Club «Vida Nueva».

Buenos Aires, Agosto 5 de 1906.

Señor Alberto Zorrilla, Presidente del Club «Vida Nueva».

Montevideo.

Distinguido señor:

Con gran satisfacción acuso recibo de la carta en que usted, en su nombre y en el de sus compañeros de Comisión, me hace saber los altos propósitos que tienen en vista para honrar la memoria y la personalidad de mi señor padre, sobreponiéndose á todos «los prejuicios y apasionamientos políticos» y buscando solamente la forma popular para rendirle homenaje, la única en que yo deseaba se hiciera la traslación de sus restos á su país.

Me hubiera sido sumamente doloroso que sus despojos fueran á despertar rencores, que su corazón no supo guardar jamás.

Espero que el Club «Vida Nueva» pueda, sin grandes dificultades, realizar sus nobles y elevados deseos, los que apruebo y agradezco sinceramente.

Haciendo votos para que luzcan mejores y felices días para la República Oriental, saluda á usted y compañeros con su más alta consideración, la hija de Juan Carlos Gómez,

Elisa Gómex de Livingston.

HOMENAJE DEL GOBIERNO

Montevideo, Agosto 12 de 1905.

Excmo. señor Ministro de Gobierno, doctor Claudio Williman.

Señor Ministro :

La iniciativa de repatriar los restos del eminente compatriota Juan Carlos Gómez, tomada por el Club que tengo el honor de presidir, ha tenido el éxito que es de notoriedad pública, y, á no dudarlo, cuenta con la sanción popular, por tratarse de un acto de justicia reparadora, que el país, las entidades políticas nacionales y los Poderes de la Nación le deben á la memoria de una personalidad que fué grande por su acendrado civismo y talento vigoroso.

El homenaje que prepara el Club « Vida Nueva », con motivo de trasladarse á la tierra de su nacimiento los despojos mortales de Juan Carlos Gómez, debe estar, á juicio de esta Directiva, á la altura de su preclara individualidad histórica, y al brillo y solemnidad de aquél pueden cooperar los prestigios morales de los Altos Poderes del Estado, los que unidos á la espontaneidad de las manifestaciones populares, consagrarán al tribuno de elocuencia vibrante y publicista de concepciones generales, las cuales perduran aún entre la pléyade intelectual de tres naciones sudamericanas.

Para perpetuar dignamente tan prominente personalidad, cree la Comisión Directiva del Club « Vida Nueva » que debe recurrir también en solicitud del concurso moral del Gobierno de la República, del que, en otra época de agitaciones y recias luchas políticas, formó parte el doctor Juan Carlos Gómez, y, en consecuencia, tengo el honor de dirigirme á V. E. haciéndole saber que la Directiva ha resuelto dirigirse al Poder Ejecutivo pidiéndole designe al ciudadano ó delegación que ha de representarlo en el acto de la exhumación de los restos del doctor Gómez, que descansan en la tierra argentina. Además quedó resuelto solicitar de V. E. la autorización correspondiente para inhumar en el Panteón Nacional los despojos del doctor Gó-

mez, hasta que la Junta Económica de Montevideo conceda á sus deudos el terreno apropiado en uno de nuestros cementerios, para enterrarlos definitivamente y erigirle en ese paraje un monumento que perpetúe su esclarecida memoria.

Mucho le agradecería esta Comisión á V. E. si tuviera la amabilidad de ser intérprete de estos sentimientos ante el Excmo. señor Presidente de la República, haciéndole conocer á la vez, las resoluciones adoptadas con relación al P. E., y que quedan expuestas en esta nota.

Saluda á V. E. con su mayor consideración y estima personal,

ALBERTO ZORRILLA,
Presidente.

Oscar Ferrando y Olaondo,
Secretario.

MINISTERIO DE GOBIERNO.

Montevideo, Septiembre 16 de 1905.

Vista la precedente nota del Club «Vida Nueva» solicitando la adhesión del Poder Ejecutivo al homenaje que, á la memoria del doctor Juan Carlos Gómez, en ocasión de repatriarse sus despojos mortales, prepara dicho Centro;

Considerando: Que la iniciativa del Club «Vida Nueva», que ha adquirido ya en todo el país las proporciones de un homenaje nacional, entraña un merecido tributo á una personalidad descollante en la historia patria, y siendo un deber del Gobierno alentar las acciones dictadas por el patriotismo y la justicia histórica, se resuelve: 1.º Designar á los señores Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario en la República Argentina, don Daniel Muñoz, doctor don Benigno A. Jardim y Cónsul General en aquella República, don Antonio Bachini, para que representen al Poder Ejecutivo en la ceremonia de la traslación de los restos mortales del doctor Juan C. Gómez á su tierra natal. 2.º Autorizar la inhumación de dichos despojos en el Panteón Nacional, hasta que pueda procederse á la inhumación definitiva en el terreno en que se

erigirá el monumento que á la memoria del doctor Gómez se proyecta. 3.º Diríjase mensaje á la Honorable Asamblea General solicitando la aquiescencia necesaria para rendir honores de Ministro de Estado á los despojos mortales del doctor Juan Carlos Gómez en el acto de su inhumación.

Comuníquese.

BATLLE Y ORDÓÑEZ,
CLAUDIO WILLIMAN.

CÁMARA DE REPRESENTANTES.

Montevideo, Octubre 3 de 1905.

Al Poder Ejecutivo de la República:

Tengo el honor de remitir á Vuestra Excelencia el Decreto sancionado por las Honorables Cámaras, en sesión de hoy, por el que se autoriza á Vuestra Excelencia para rendir honores de Ministro de Estado á los restos del esclarecido ciudadano don Juan Carlos Gómez, en el acto de ser inhumados en el Panteón Nacional.

Con este motivo, reitero á Vuestra Excelencia las protestas de mi más distinguida consideración.

ANTONIO M.^a RODRÍGUEZ,
Presidente.

Manuel García y Santos,
Secretario - Redactor.

PODER LEGISLATIVO.

El Senado y Cámara de Representantes de la República Oriental del Uruguay, reunidos en Asamblea General, etc., etc.,

DECRETAN:

Artículo 1.º Autorízase al Poder Ejecutivo para rendir honores de Ministro de Estado á los despojos mortales del es-

clarecido ciudadano doctor Juan Carlos Gómez, en el acto de ser inhumados en el Panteón Nacional.

Art. 2.º Comuníquese, etc.

Sala de Sesiones de la Honorable Cámara de Representantes, en Montevideo,
a 3 de Octubre de 1905.

ANTONIO M.^a RODRÍGUEZ,
Presidente.

Manuel García y Santos,
Secretario - Redactor.

MINISTERIO DE GOBIERNO.

Montevideo, Octubre 4 de 1905.

Cúmplase, acúsese recibo, comuníquese é insértese en el R. N.

BATLLE Y ORDÓÑEZ.
CLAUDIO WILLIMAN.

HOMENAJE DE LA MUNICIPALIDAD

Montevideo, Agosto 10 de 1905.

Señor Presidente de la Honorable Junta E. Administrativa de la capital, don Federico R. Vidiella.

Señor Presidente:

La manifestación de justo homenaje que tributará nuestro pueblo a la memoria de Juan Carlos Gómez, con motivo de la iniciativa del Club « Vida Nueva », asumirá las proporciones de un acontecimiento nacional, digno de los preclaros talentos y virtudes que singularizan la individualidad de aquel eminente compatriota.

La Directiva del Club « Vida Nueva » ha buscado sinceramente la forma patriótica de darle a la repatriación de los restos mortales del doctor Gómez un carácter ajeno a todo propósito político; de manera que al brillo de este tributo póstumo, rendido al hombre público de cualidades descolantes, pu-

dieran cooperar los altos Poderes del Estado, nuestras entidades políticas y sociales, y la corporación popular que usted dignamente preside, y de la cual en otra época fué el doctor Gómez su honorable Presidente.

Dentro de este orden invariable de ideas, se impone, á juicio de esta Directiva, solicitar de esa Honorable Junta, como acto de adhesión de la misma, conceda á los deudos del doctor Gómez, en el cementerio público que designe, un pedazo de tierra de la patria, donde descansen eternamente sus cenizas, y en el cual se levantará el monumento que se proyecta erigir, con el objeto de perpetuar en el tiempo su ilustre memoria.

Cree, también, la Comisión Directiva del Club « Vida Nueva » completar su pensamiento, solicitando á la vez de la Junta E. Administrativa de Montevideo denomine « Juan Carlos Gómez » á una de las calles de la ciudad natal de éste, como medio de hacer más perdurable, á través de las generaciones que se sucedan, la luminosa personalidad del pensador genial y esforzado luchador por las libertades y derechos cívicos.

Además, debo manifestar al señor Presidente que la Directiva del Club « Vida Nueva » vería complacida que esa Honorable Junta nombrara de su seno una delegación que la representara en la ciudad de Buenos Aires, en el acto de exhumarse los restos del doctor Gómez para ser trasladados al país de su nacimiento.

Con este motivo, me es grato saludar á usted y demás miembros de esa Honorable Junta con la mayor consideración,

ALBERTO ZORRILLA,
Presidente.

Oscar Ferrando y Olaondo,
Secretario.

Sebastián Puppo (hijo),
Secretario.

Juan A. Cachón,
Secretario.

JUNTA E. ADMINISTRATIVA.

Montevideo, Septiembre 7 de 1905.

Señor Presidente del Club « Vida Nueva », don Alberto Zorrilla.

La Corporación Municipal consideró debidamente la nota del señor Presidente, por la que se solicita su adhesión al acto patriótico de repatriación de los restos del doctor don Juan Carlos Gómez, acordando en esa virtud corresponder á los deseos de ese Club, en la forma al efecto solicitada.

Asimismo, cumpla con manifestar que su expresada comunicación dió mérito á los siguientes informes, cuya transcripción resolvió la Junta se llevara también al conocimiento del Club:

DIRECCIÓN DE CEMENTERIOS.

Montevideo, 16 de Agosto de 1905.

Señor Presidente:

La plausible euan feliz iniciativa del Club « Vida Nueva », inspirada en el pensamiento de dar en nuestro suelo un sitio preferente á los despojos del gran prócer y virtuoso demócrata, encuentra en el infrascripto Director, eco simpático y patriótico. Podrá así, y sin duda alguna, realizada la hermosa idea, presentarse á la contemplación de las generaciones que nos sucedan, el tributo de gratitud rendido á quien al morir en tierra extraña — por el límite que la separa de la nuestra, pero estrechamente unida por los vínculos que á ella nos ligan, — conquistó para sí la inmortalidad gloriosa y magna de sus ejemplos y de su recuerdo! Los hombres que se discuten no son aquellos que se estiman como mediocridades. Tienen sus errores, pero tienen sus virtudes, y siempre más que aquéllos pesan éstas, cuando en el libro de oro de la Historia se analizan unos y otras. Inspirado en tales consideraciones, opina, el que suscribe, que debe, dado el caso, como lo supone, de accederse á los deseos expuestos por el Club « Vida Nueva », destinar la corporación, en la que en un transcurso

breve de tiempo llegará á ser gran necrópolis, un lugar preferente para la tumba que ha de guardar los restos del ilustre muerto. El infrascripto aconseja, pues, que debiera elegirse desde ya, á tal objeto, el espacio existente en el extremo de acceso á la proyectada avenida principal del cementerio del Buceo, y que constituye por su ubicación, con frente al Este, un sitio apropiado al propósito que se persigue.

Saludo al señor Presidente con mi más distinguida consideración,

AGUSTÍN PIERA,
Receptor-secretario.

José Lois.

Honorable Junta :

La Comisión Especial de Nomenclatura, en la parte que le es pertinente de la solicitud formulada por el Club « Vida Nueva », estima que la personalidad de don Juan Carlos Gómez es digna de que se perpetúe en la memoria del pueblo, designando á una de las calles principales de la ciudad vieja con su nombre. Al efecto propone que la calle Cámaras se denomine « Juan Carlos Gómez ». La corporación rendirá con este pequeño tributo, homenaje á las virtudes y al patriotismo del eminente tribuno que ilustró con su pluma la prensa de ambas márgenes del Plata. La Junta, sin embargo, resolverá lo que conceptúe por más arreglado.

Montevideo, Agosto 21 de 1905.

F. R. VIDIELLA.

Agustín Piera. — Javier Mendivil.

Como consecuencia de la aceptación de estos dictámenes, queda donada á perpetuidad la parcela que en el cementerio del Buceo se destina al monumento proyectado, y la sustitución de la calle Cámaras por la de « Juan Carlos Gómez ».

En cuanto á la Comisión que del seno de esta Junta ha de representarla al exhumarse los restos del doctor Gómez, ella será constituida por dos de sus miembros, señores don Agustín Piera y don Rufino Gurméndez.

Al transmitir á usted estas determinaciones, me es grato saludar á usted con la expresión de mi más distinguido aprecio,

FEDERICO R. VIDIELLA.

Manuel Benxano,
Secretario.

ADHESIÓN DEL PODER JUDICIAL

Montevideo, Octubre 5 de 1905.

Señor Presidente del Club « Vida Nueva ».

En contestación á las notas de 19 de Septiembre y 1.º del corriente, el Tribunal Pleno me encarga que haga conocer al señor Presidente de ese Club el siguiente acuerdo que ha dictado en esta fecha:

« En Montevideo, á cinco de Octubre de mil novecientos cinco, estando reunidos en Acuerdo General los Tribunales de Apelaciones, compuestos de los señores Ministros doctores don Carlos A. Fein, Presidente; don Saturnino Álvarez, don Luis Piera, don Laudelino Vázquez y don Domingo González, por ante los infrascriptos Secretarios, dijeron:

« Que habiendo la H. Asamblea General acordado decretar honores de Ministro á la repatriación de los restos mortales del doctor Juan Carlos Gómez, enaltecándose la memoria del ilustre ciudadano, el Tribunal Pleno, adhiriéndose á esos honores, en atención á los méritos del extinto como jurisconsulto de grandes talentos y virtudes,

Resuelve concurrir al desembarco é inhumación de los restos del doctor Juan Carlos Gómez, invitando por medio de este Acuerdo á los señores Fiscales y Jueces de la capital.

Publíquese y comuníquese.—FEIN, ÁLVAREZ, PIERA, VÁZ-

QUEZ, GONZÁLEZ.—*Adrián Castro, Augusto Dupont, Secretarios.*»

Saluda á usted atentamente,

Adrián Castro,
Secretario.

ADHESIÓN DEL SUPREMO TRIBUNAL MILITAR

Montevideo, Septiembre 27 de 1905.

Señor Presidente del Club « Vida Nueva », ciudadano don Alberto Zorrilla.

El Supremo Tribunal que presido ha tomado en consideración la nota de esa Comisión Directiva, por la que se le invita á adherirse á la gran apoteosis nacional que, prestigiada por los Poderes públicos, se realizará en breve con motivo de la repatriación de los gloriosos restos del esclarecido ciudadano doctor don Juan Carlos Gómez.

Con este motivo se han designado á los Excmos. señores Ministros de este Supremo Tribunal Militar, Generales de Brigada don Pedro Callorda y don Benigno P. Carámbula, para representar á estos Tribunales en la delegación que se trasladará á la ciudad de Buenos Aires.

Felicitando al señor Presidente y demás miembros de esa Comisión Directiva por la patriótica iniciativa de que da cuenta en la nota que contesto, me es grato saludar á usted atentamente,

N. CASTRO,
Presidente.

Venancio Echeverry,
Secretario.

ADHESIÓN DE LA UNIVERSIDAD

Montevideo, Septiembre 26 de 1905.

Señor Presidente del Club « Vida Nueva ».

Acuso recibo de la nota en que el Club que tan dignamente

usted preside, invita al Consejo de Enseñanza Secundaria y Superior para adherir, en nombre de la Universidad, al acto de la traslación á Montevideo de los restos del doctor Juan Carlos Gómez.

En respuesta manifiesto á usted que el Consejo acepta la participación que se atribuye á la Institución Universitaria en el acto referido, y designará en breve sus representantes, considerando que, aun cuando el doctor Juan Carlos Gómez no desempeñó ningún cargo en la Universidad, ésta no puede mirar con indiferencia el homenaje á uno de nuestros primeros hombres de pensamiento, á una de las manifestaciones más vigorosas de la intelectualidad nacional.

Saludo á usted con mi consideración más distinguida,

EDUARDO ACEVEDO.

Juan Andrés Ramírez,
Secretario General.

ADHESIÓN DE LA PRENSA

Montevideo, Septiembre 26 de 1905.

Señor Presidente del Club « Vida Nueva », don Alberto Zorrilla.

Cumplimos con el deber de comunicar á ese Club, iniciador y organizador del homenaje á Juan Carlos Gómez, que los directores de diarios y periódicos de Montevideo, en reunión celebrada al efecto, resolvieron adherir á dicho homenaje y designaron para representarlos á los señores doctor Samuel Blixen (el cual hablará en nombre de la prensa), doctor Luis Alberto de Herrera y don Benjamín Fernández y Medina.

Creen los infrascriptos que al Club « Vida Nueva » corresponde, en virtud de la presente comunicación, llevar á conocimiento de los señores nombrados la designación hecha, y darles en los actos del homenaje la intervención de que considere merecedora su representación.

Con tal motivo, saludamos al señor Presidente con nuestra mayor consideración,

JULIO PIQUET.

Benjamín Fernández y Medina.

ADHESIÓN DEL ATENEO DE MONTEVIDEO

Montevideo, Septiembre 14 de 1905.

Señor Presidente del Club « Vida Nueva », don Alberto Zorrilla.

Esta Junta Directiva ha tenido el honor de recibir su nota fecha 18 del pasado, solicitando la adhesión del Ateneo al homenaje que se proyecta á los restos mortales del eminente ciudadano doctor Juan Carlos Gómez, que serán trasladados en el próximo mes de Octubre desde Buenos Aires, para que descansen en el seno de ésta su ciudad natal.

En contestación, el-Ateneo me encarga manifieste á usted que adhiere con entusiasmo al homenaje que se va á tributar á los restos de uno de los hijos más esclarecidos del Uruguay, que iluminó con los fulgores de su talento el horizonte intelectual de tres Repúblicas americanas.

El Ateneo se adhiere al homenaje colocando el retrato del ilustre patricio en su salón de actos públicos, y nombrando una delegación formada por los doctores Julio Bastos y José Salgado para que se traslade á Buenos Aires y lo represente en el acto de la exhumación de los restos y en todo lo relativo al expresado homenaje.

Dejando así contestada su nota, me hago un honor en saludarlo con mi consideración más distinguida,

PEDRO FIGARI,
Presidente.

José Salgado,
Secretario.

DESCENDIENTES DE JUAN CARLOS GÓMEZ



SRTA. MARÍA ELISA
LIVINGSTON
nieta



SRTA. ISABEL LI
VINGSTON
nieta



SEÑORA ELISA GÓMEZ DE
LIVINGSTON
hija del prócer

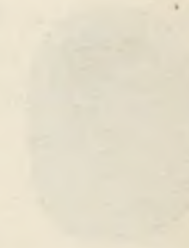


SRTA. CELIA LI-
VINGSTON
nieta



SRTA. RENÉE LI-
VINGSTON
nieta

THE UNIVERSITY OF CHICAGO



El prócer á través de la historia

POR

JULIO MARÍA SOSA

Redactor de *El Diario*

I

La patria ha reclamado, por intermedio de uno de los centros políticos más prestigiosos de nuestra juventud intelectual, los restos de una de las personalidades civiles históricas más grandes y honradas de nuestra tradición democrática. — Y esos restos, que son los del doctor Juan Carlos Gómez, llegan hoy á la ciudad natal, para ser depositados en el panteón de los servidores nacionales, bajo los auspicios de un Gobierno que ha realizado, desde distintos puntos de vista, muchos de los ideales cívicos del apóstol de la libertad y del derecho en tres Repúblicas! — El anhelo de Juan Carlos Gómez, — síntesis póstuma de su vida de luchador genial, — era que sus despojos mortales volvieran á su país el día en que la libertad y las instituciones democráticas se hallaran vigorizadas y prestigiadas por la acción de la legalidad y de la justicia. — Ese día ha llegado, y sus propias hijas lo han reconocido así, autorizando la repatriación de sus restos, como un homenaje de alta imparcialidad y de respetuosa veneración, que refleja honor sobre el virtuoso gobernante que, rompiendo los viejos moldes de las dominaciones híbridas, reconquistó para todos la integridad de las instituciones, en lucha viril con el caudillaje y con las subversiones perturbadoras, para restaurar en nuestros altares cívicos el

dogma á que Juan Carlos Gómez consagrara sus más entusiastas actividades intelectuales, de la democracia civil, igualitaria y honrada!

El pueblo de Montevideo hoy magnificará la apoteosis merecida que se tributa al tribuno elocuente de todas las buenas causas, al orador de corte ateniense, al periodista de alientos geniales, al sembrador de grandes ideas reconstructoras, al heraldo de todos los principios informativos del credo republicano.—¡El homenaje que hoy se realiza en memoria de Juan Carlos Gómez honra al país y reivindica definitivamente para nuestro pueblo la gloriosa tradición que representa el nombre del prócer eximio! El pasado es la muerte,—como se ha dicho,—cuando en el pasado se buscan elementos de regresión; cuando al pasado se piden ejemplos destructores y atavismos de sangre!—Pero el pasado es vida, es luz, es enseñanza cuando á él se dirige la mirada de la posteridad para empapar su espíritu en los hechos y en las ideas de los grandes hombres videntes, para tonificarlo con los grandes ejemplos heroicos ó para establecer una solidaridad honrosa entre los hombres ó los principios que propendieron al mejoramiento del presente y los principios y los hombres que laboran en la obra engrandecedora del porvenir!—Hoy, por eso mismo, nuestro espíritu se transporta á otras épocas,—épocas de conflictos, de tribulaciones patrióticas, de reconstrucción orgánica, de ensayos constitucionales, de prédica bravía, de éxitos y fracasos, de compleja índole social, psicológica y política,—para exhibir á las generaciones actuales el esfuerzo civilizador y democrático de una de las cabezas mejor organizadas y de uno de los corazones más puros que han vibrado en el ambiente tormentoso en que se desarrolló el proceso de nuestra vida institucional de pueblo libre.—Las páginas, amarilleadas por el tiempo, en que se transparenta la personalidad que hoy llena con sus prestigios históricos el amplio escenario del Plata, como ciertas flores bajo la influencia de ciertas sustancias químicas, reverdecen en la apoteosis para ilustrar el criterio público, para vigorizar conceptos patrióticos, para disipar errores que son fruto de la ignorancia ó del prejuicio sectario, para justificar la ini-

ciativa de un club nuestro que, alejándose un poco de las hazañas de la guerra y de los generales victoriosos, reclama el derecho y dicta el deber de honrar el civilismo intelectual de un hombre de pensamiento que, si no esgrimió el fusil ó blandió la espada en la azarosa epopeya de nuestras montoneras, sirvió á la libertad y á la justicia en todas las horas de su vida, con titánica constancia, con las armas que abren auroras y cierran crepúsculos, del pensamiento y del corazón!—A Juan Carlos Gómez se le podrá motejar de utopista, de platónico, de soñador.—Pero ¡ah! ¿quién no es platónico para la vulgaridad disciplinada, cuando se alientan en el espíritu verdades que se adelantan á su tiempo, cuando se sienten vibrar en las circunvoluciones cerebrales ideas superiores, cuando la clarovidencia del genio esculpe en las páginas infinitas de los horizontes más amplios los grandes postulados del porvenir, el verbo de los principios inmortales?

II

La vida de Juan Carlos Gómez es una enseñanza: basta reproducirla, aunque sea á grandes rasgos, ya que el espacio nos falta, para evidenciar todos los merecimientos y todas las glorias de esa personalidad.—Nació, como él mismo lo dijo, en la época de las montoneras y de las independencias: el 25 de Julio de 1820, en la ciudad de las glorias troyanas.—En 1833 ya se destacó por sus cualidades intelectuales en los cursos de la *Escuela Mercantil*, como el primer alumno laureado, recibiendo en los exámenes, de manos del propio general Rivera, los premios más altos.—Apenas adolescente, compuso su canto á *La Libertad*, que es un himno, en el cual no se hallarán las meticulosidades de las reglas poéticas aplicadas; pero, en cambio, en él se encontrarán las grandes ideas, los entusiasmos románticos, los sentimientos más ardientes, encuadrados en el marco de una forma viril, de una exposición literaria conmovedora, de estrofas enrojecidas en el fuego de una inspiración grande y patriótica.—En 1843,—al invadir las

huestes rosistas nuestro país,— emigró para Río Grande, obligado por sus graves desavenencias con algunos de los primeros prohombres militares de la Defensa.— Allá, en el hogar de una hermana suya, fué á buscar descanso y tranquilidad.— Poco tiempo pudo gozar, sin embargo, de esos beneficios, pues, con reputación ya hecha de hombre democrático y altivo, se le consideró un peligro dentro de la organización monárquica del Brasil.— Dirige su vista á Chile, y allá se encamina.— En Valparaíso hace causa común con los emigrados argentinos más célebres, como Alberdi, Sarratea, Sarmiento, López, etc.— Su voz resuena en la tribuna y en la prensa fustigando la tiranía que aherrojaba entonces á las jóvenes nacionalidades del Plata.— Su saber de jurisconsulto avanzado, su oratoria elocuente y ardorosa, sus escritos vibrantes, llenos de ideas y de emociones sentidas, su talla de luchador democrático, atraen la atención del pueblo chileno hacia su personalidad naciente, pero robusta ya.— Sucede á Alberdi en la redacción de *El Mercurio*, y se convierte en factor importante de la política trasandina, á la cual en ciertos momentos encauza y da rumbos, derribando y creando ministerios con su propaganda, y llegando hasta conquistar para Manuel Montt, la presidencia de aquella República amiga.— Siempre su pluma, su voz y su consejo se hallan de parte de los hombres de bien, de los ciudadanos íntegros, de los principios generosos que alimentaron siempre su médula éfica.— Ascendido á la más alta magistratura de su país el señor Montt, declina posiciones y honores que se le brindan á porfía, con el supremo desinterés que peculiarizó siempre la existencia del menos burocrático de nuestros políticos históricos.— Consideró terminada su misión en Chile, y, aceptando sólo una pequeña suma de dinero que le regaló el comercio de Valparaíso, con otro pretexto aparente, para los gastos de viaje, pues su pobreza era igual á su honradez, regresó al Plata, á Montevideo, su vieja ciudad nativa, en momentos críticos, en momentos difíciles de reorganización institucional.

III

Era el mes de Mayo del año 1852. — El país se reconstituía penosamente después de haber atravesado una época, — la más grande y la más gloriosa para el patriotismo de los orientales, — la más sombría y la más infamante para los turiferarios de la despótica hegemonía rosista. — La civilización y la libertad de todo el Sud del continente se habían salvado en el arca bíblica de las iliádicas ciudadelas montevidéanas; pero era necesario rebacer la nacionalidad que, aun victoriosa, estaba encharcada en sangre y mantenida en ruinas. — Juan Carlos Gómez ocupó un puesto de trabajo, de labor, de suprema abnegación patricia y de ejemplar civismo democrático. — Había que reconstruir, que reedificar sobre las glorias de los entereveros, sobre las glorias de los principios vencedores, sobre las glorias magnas de la Defensa inmortal. — Se alistó entre los hombres de la epopeya del sitio y vinculó á ellos todos sus esfuerzos laboriosos. — Dió impulsos á la *Sociedad Amigos del País*, considerando que la tranquilidad y la concordia nacional eran la base de toda obra sólida y eficiente; fundó la *Sociedad protectora de los inmigrantes*, en favor del elemento extrajero que deseaba estimular para que viniera al país á colaborar con sus iniciativas, con su trabajo, con su imparcialidad, en la empresa patriótica del progreso general. — Poco á poco, Gómez fué acrecentando su popularidad y su prestigio intelectual y moral. — La rectitud de su carácter, su consagración al bien público, su talento vidente le abrían camino ancho para desarrollar sus actividades dirigentes. — En Noviembre de 1852 resultó electo diputado por el Salto. — A ruego de sus amigos fundó después *El Orden*. — En esa hoja, destinada especialmente á combatir el fusionismo de la época, se revela, entre nosotros, el periodista de excepcional alcurnia que encarna toda una tradición homérica, — la tradición ideológica del Sitio Grande, — proclamando día á día, con estilo preciso y contundente, con exuberancia de ideas, con pureza impecable, con gran altura de miras, los postulados generosos que alimentaba, — según una frase del

doctor Pedro Bustamante,—aquel robusto espíritu de libertad civil! Derrocado Giró, por sus propias faltas, como consecuencia lógica de los sucesos que se entroncan con la lucha ciclópea de los nueve años, surgió el triunvirato de 1853, en el cual Gómez tuvo un rol gubernativo como Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores. — Va á hacer práctica de ideas, y no á lucrar con el cargo. — ¡El vértigo de las altas posiciones no adormeció su cerebro ni aletargó su corazón! — ¡Abajo, como arriba, Gómez era siempre el mismo! — Como lo dijo en una ocasión solemne el doctor José Pedro Ramírez, «siempre fué un gran hombre de bien!» — Todos sus actos de Secretario de Estado armonizan con las ideas de toda su vida. — ¡Y eso que era difícil adoptar programas en aquella época de discordia, de conflagración, de antagonismos resurgentes! — Propendió á que se reformase nuestro Código Fundamental, bastante estrecho para su espíritu amplio; pero entonces, como ahora, la Constitución permaneció inmune. — Acéfalos luego dos puestos en el triunvirato, por la enfermedad de Rivera y la muerte de Lavalleja, quedó solo en el poder el general Flores. — Y no hallándose de acuerdo con la nueva política radical iniciada por el único triunviro en ejercicio, dimitió el doctor Gómez el Ministerio el 9 de Noviembre de 1853, casi conjuntamente con don Lorenzo Batlle. — Al año siguiente, fué nombrado para desempeñar las funciones de miembro del Tribunal Superior de Justicia; pero declinó ese honor con fecha 8 de Mayo de 1854, «por no reconocer en su persona las cualidades que el artículo 102 de la Constitución del Estado exige para desempeñar tan elevado puesto.» — ¡El doctor Gómez, siempre recto, siempre desinteresado, hacía sólo dos años que se hallaba en su capital nativa, y no poseyendo los cuatro años de ejercicio de su carrera para ser magistrado nacional, declinaba el honor del nombramiento *ya hecho*, aun cuando la miseria golpeaba, con mano fatídica, las puertas de su modestísimo hogar de ciudadano!

IV

Después de un corto viaje por Europa, pasó á Buenos Aires, donde fijó su residencia. — Pero el espíritu luchador del ilustre periodista, no le dejó descansar mucho tiempo. — ¡Sentía la obsesión del bien ajeno, y á conquistarlo en la Argentina dedicó también sus preclaras cualidades! — Si en su país no pudo hacer primar sus principios, y los sucesos de 1854 y 1855 le obligaron á alejarse de nuestro ambiente político para no contraer responsabilidades de futuro, no por eso desmayó ese atleta del pensamiento. — Se alistó, como entre nosotros, en las filas de los hombres que aspiraban á la libertad, al reinado exclusivo del derecho y de la ley, contra toda influencia nociva y perturbadora, y contribuyó al triunfo de la candidatura Alsina, que representaba una tradición de honor y de justicia, después de haber sido relegado Urquiza al dominio agreste de las provincias interiores.

En Abril de 1857, la ciudad de Montevideo se sentía invadida por la epidemia de la fiebre amarilla. — La población angustiada, envuelta en las intensas alarmas de la muerte, necesitaba hombres de corazón para recoger los enfermos y los muertos, para tratar de salvar á los unos, para enterrar á los otros. — ¡Todo el mundo huía de la ciudad apestada, aun aquellos que más deber tenían de correr la mala suerte! — Era entonces cuando Juan Carlos Gómez, — modelado en el carácter ejemplar de un varón de Plutarco, — que se hallaba gozando de todos los atractivos de la gran metrópoli argentina, al frente del diario *La Tribuna*, exclamaba con todo el altruismo de su alma selecta: «yo no estoy bien al lado de mis amigos afortunados, cuando me llaman mis compatriotas desgraciados;» «voy á Montevideo á recoger los cadáveres de las calles y á compartir el dolor de mis conciudadanos;» «cúmpleme estar al lado de los que sufren y de los que mueren!» — Y aquel grande hombre, calumniado hoy mismo por los que no le conocen ó por los que no le comprenden, vino á Montevideo en horas trágicas de deso-

lación pública, con una abnegación sin ejemplo, que contrastaba con las cobardías de los que le habían detractado intentando empuqueñecer la grandeza moral de su carácter acrisolado en un alma diamantina!—Y el primer acto de ese ciudadano ejemplar que demostraba su amor al país en los momentos de tristeza y de desgracia colectiva, fué presentarse á la Comisión de Beneficencia Pública para compartir con ella las peligrosas contingencias de la obra generosísima en que se hallaba empeñada tan benemérita institución de caridad!—Terminada su misión filantrópica, asumió, á pedido de sus amigos, la dirección de *El Nacional*, el 15 de Mayo de 1857.—En su primer editorial decía: «Hemos vuelto al país á tomar parte en el común sufrimiento... Toda nuestra ambición se reduce á ver feliz y próspera la patria por la realidad de las instituciones que aseguren á todos los habitantes, cualesquiera que sean sus opiniones ó disidencias políticas, las garantías de la ley, de la justicia y de la moral, que hace fecundo el trabajo y da dignidad á la existencia del hombre.» ¡He ahí la generosa, la amplia portada de su memorable propaganda en *El Nacional*,—breve, casi fugaz, pero tan sólida, tan brillante, tan patriótica, fundamentalmente, que señala la nota culminante de la vida de luchador y de periodista del doctor Gómez!—En sus artículos diarios se admira, á la vez, la concisión sentenciosa de sus párrafos, breves y contundentes, como los de Tácito, y la pureza y la probidad de sus ideas siempre altas y siempre rectas como las de Niebuhr!—Todas sus producciones de esa época son cánones de democracia honrada.

«Radical é intransigente en punto á principios,—dice uno de sus admiradores,—era complaciente y benévolo siempre que juzgara los errores de los hombres.»—No sólo prestigió la autoridad de don Gabriel Antonio Pereira, como había prestigiado la de Giró, teniendo en cuenta sus merecimientos tradicionales, para alentarle en la obra de una regeneración política indispensable, sino que hasta aprobó la integración del gobierno con hombres honestos que no se habían embanderado, en 1843, en la causa de los héroes de Montevideo.—Su alteza moral le impedía hacer política menuda de hombres ó de nom-

bres. — Alistado en las filas de un gran partido liberal, como el nuestro, no desechaba, sin embargo, la colaboración de los elementos de valer, fueren cuales fueren sus divisas y sus afectos sectarios. — Pensaba hondo y soñaba alto. — ¡Era un paladín caballeresco de los principios, no un detractor personalísimo de los hombres, como muchos de sus enemigos de antes y de ahora! — ¡Recuérdese cómo perdonó la vida al doctor Calvo en un duelo que tuvo con él, exclamando noblemente al disparar al aire su pistola: *yo no he venido á matar, sino á morir!* — Proclamó desde *El Nacional* la verdad como base de toda política sana; combatió los pactos artificiosos de los partidos que relajan el músculo democrático de las energías colectivas; propendió á la unificación de su partido para disputar en una lucha electoral honesta el puesto que sus glorias y sus derechos le asignaban en el juego de las instituciones nacionales; defendió elocuente y fogosamente las tradiciones de la Defensa y estigmatizó á los verdugos de las libertades del Plata, y se opuso, con una energía de espíritu admirable, con una constancia digna de ejemplo, influenciado por un sentimiento patriótico pujante, que muchos no superarán jamás, á pesar de todos sus lirismos grandilocuentes, á la sanción de aquel misérrimo tratado de revisión de comercio y navegación con el Brasil que se pretendía aprobar clandestinamente en 1857, como un atentado sin nombre á la integridad moral de la República y á la dignidad colectiva de los orientales!

Pereyra se había entregado de lleno á la influencia única de los adversarios del partido de la Defensa. — La propaganda de *El Nacional* fué acentuando la nota crítica y recalcando la necesidad de la unión entre los colorados. — Los hombres del gobierno consideraron muy pronto á Gómez un enemigo temible, un factor capaz de dar rumbo eficiente á los sucesos. — «Todos estuvieron contra él y él contra todos.» — Luchaba con un estoicismo incomparable por la libertad, por el derecho, por la verdad electoral. — Sus frases, candentes como una llama, herían; sus ideas prestigiadas por la rectitud de su carácter y por la immaculada honradez de su nombre, provocaban amenazas sombrías, ya que no era posible desvirtuarlas. — Se acer-

caba la fecha de las elecciones generales de 1857. — El doctor Gómez congregaba alrededor de su propaganda todos los elementos valiosos de su partido, con el propósito de lanzarse á la brega comicial, confiado en las promesas de libertad eleccionaria que el gobierno, por intermedio del Ministro Requena, hiciera el 10 de Julio. — Cuando apenas faltaban unos días para el acto del comicio, llegaron los tratados negociados por don Andrés Lamas. — Se produjo una intensa agitación popular, y Gómez, como ya hemos dicho, se manifestó enérgicamente hostil á esos tratados vergonzosos, siendo acompañado en su prédica bravía por el doctor Miguel Cané. — *El Nacional* fué acusado criminalmente. — Poco después, tranquilizados un poco los ánimos, el partido colorado resolvió reunirse en el teatro San Felipe. — Juan Carlos Gómez y otros ciudadanos se responsabilizaron del orden con que se celebraría esa asamblea democrática. — Se prohibió, sin embargo, arbitrariamente. — *El Nacional* condenó severamente tal hecho atentatorio. — Y el 1.º de Noviembre, su director, el doctor Gómez, fué aprehendido en su domicilio de la calle Zabala número 89, por un comisario de policía que le condujo á *un inmundo calabozo*, según las crónicas de la época, sin darle mayores explicaciones. — Y horas más tarde, el doctor Gómez, el publicista eminente, fué desterrado á Buenos Aires por el único delito de haber proclamado la unificación de su partido, de haber solicitado el cumplimiento de una promesa de libertad electoral, por haber contribuído á salvar el honor de la patria, amenazada con la celebración de un tratado internacional vejatorio y burocrático! — Otra vez el ilustre, el integérrimo ciudadano trasponía las aguas del Plata, con el corazón atribulado por las desgracias de su pueblo; otra vez vencido en sus nobles empeños de consolidar la libertad y el derecho en la tierra en que abriera los ojos á la luz del sol, en la patria que siempre soñara grande por su destino y por su gloria!

V

Los vejámenes del gobierno de Pereyra, coronados por la grotesca parodia electoral de 1857, en que los votos del par-

tido de la Defensa no jugaron ningún rol eficaz, por haberseles anulado fraudulentamente, hasta el punto de que habiendo sido electo el doctor Gómez diputado por Minas, el comicio fué invalidado, obligaron á los más esclarecidos jefes de la República, que no participaban de las ideas predominantes, á recurrir á la demanda por las armas, de la libertad política y civil escamoteada sin escrúpulo alguno á toda una comunidad de sacrificios históricos.—Todos conocen el trágico y el horrible desenlace que tuvo esa empresa reivindicadora en Quinteros.—Pero no nos toca á nosotros la tarea de revolver osarios y provocar recuerdos que reavivan viejas inculpaciones y baldones de fuego.—Es sabido que al doctor Juan Carlos Gómez se le ha hecho responsable del desastre de la revolución de 1858.—¡Nada más calumnioso, sin embargo!—El doctor Gómez fué contrario á dicho movimiento desde el principio, entendiendo, con su clara visión de las cosas por venir, que « los atentados del Poder Ejecutivo traen grandes reacciones de la opinión pública que dan los triunfos completos. » — Pero eso no es todo: el doctor Gómez consideró siempre que la expedición de César Díaz, con la cual nada tuvo que ver, fracasaría por falta de elementos personales y de recursos pecuniarios.—En una publicación que hizo el ilustre desterrado, que, como Cincinnati, sólo vivía de su trabajo y de su virtud, en *La Tribuna* de Buenos Aires, el 7 de Febrero de 1858, explicaba cómo y por qué se produjo el movimiento.—Empezaba diciendo que cuando el general Díaz llegó á Buenos Aires desterrado por el gobierno oriental, considerándolo comprometido en la revolución, le aseguró que él se hallaba, así como el coronel Tajés, ajeno á toda combinación en los sucesos de armas.—Producido el alzamiento del coronel Silveira en Minas, secundado por otros jefes colorados, y solicitado el concurso del general Díaz, después de algunos fracasos parciales de aquéllos, los emigrados orientales en Buenos Aires se sintieron obligados á cooperar.—« Comprometido así el partido de la Libertad — dice el doctor Gómez — en una lucha que la improvisación, el desquicio y la defección hacían tan desigual, los emigrados orientales trataron de secundar los esfuerzos de sus compañeros para

salvar al menos el honor de la lucha.» —Seguía diciendo que entonces se trató de ver con qué elementos se contaba, conviniéndose en que sólo podía contarse con el personal de doscientos emigrados, y «eso solamente para un golpe militar, de ninguna manera para una campaña.» —Además, el doctor Gómez, en una carta que dirigió al doctor Mariano Varela, también en los primeros meses de 1858, aclaraba más contundentemente sus ideas. —Empezaba por decir que entre él y el general Díaz no hubo ninguna disidencia y ninguna combinación. —«No nos vimos más que tres veces con el general —agregaba— mientras estuvo en Buenos Aires: el día que llegó desterrado, en una visita de cortesía; el día que vino á pagarme esa visita, y en la víspera de su partida, en que me invitó á una reunión de amigos políticos que tenía en su casa. En esta reunión, que se componía solamente del general José M. Muñoz, el coronel Labandera, el comandante Abella y yo, fué que nos comunicó su resolución de pasar al Estado Oriental con una pequeña fuerza que había reunido, á ponerse al frente de los sucesos. En esta reunión fué que le manifesté mi opinión contra toda expedición armada que partiese de Buenos Aires; que á mi juicio no haría sino dar armas á los enemigos de nuestra causa, sin añadir un ápice de fuerza moral ni material á nuestro partido. El general Díaz me reveló que era un plan combinado con nuestros compañeros del Estado Oriental, que debían venir sobre Montevideo á proteger su desembarque en la costa del Cerro... Siendo así —dije al general— ya no hay remedio, el mal está hecho y no puede usted dejar colgados á nuestros amigos; *pero lo que hay que hacer es ir á las calles de Montevideo, para lo cual estoy pronto á acompañarlo*, en prueba de la sinceridad de mi opinión, pues desembarcar en el Cerro es dejar al partido de Oribe al lado de la pared, abandonarle la defensa de Montevideo y sacrificar á los amigos que salgan de allí arrastrados por nuestra presencia, cuya responsabilidad no acepto.» —¿Se pretende mayor claridad y mayor abundamiento de prueba? —El doctor Gómez, con la clarividencia penetrante de su espíritu superior, dió la más alta nota de cordura y de previsión en el desarrollo del proceso

gestatorio de la revolución trágicamente exterminada en Quinteros. — Él aceptaba un golpe militar; pero no una revolución, y menos una campaña. — Él quería á toda costa venir á Montevideo «á resolver la cuestión ó quedar sobre el empedrado,» como lo dijo en otros de sus escritos, probando así que se anticipaba á los sucesos, á través de su espíritu vidente, y desafiaba el peligro inmediato para batirse cuerpo á cuerpo, en una jornada sola, con las tropas de la autoridad, sobre las calles de la ciudad invicta, bajo el dosel troyano del pedazo de tierra que él amó con toda la ternura de un alma que Michelet envidiara para engarzar en sus poemas de intensidades emotivas!

VI

El doctor Juan Carlos Gómez era enemigo de los caudillos; pero no era enemigo de las ideas y de los hombres que las alimentaban. — De una amplia tolerancia de criterio, respetaba la opinión ajena, exigiendo el respeto de la propia. — Nunca hizo cuestión personal por odio, por rencor personal. — Para él los principios estaban sobre las individualidades. — Y discutía principios. — Sólo discutía hombres cuando estos hombres representaban ideas. — Su propia generosidad ingénita, diríamos innata si la psicología moderna nos lo permitiera, le ponía al abrigo de antagonismos y bajezas de índole personalista. — Y hacemos esta pequeña digresión para poder decir que el doctor Gómez no fué adversario de aquella histórica *Cruzada Libertadora* que inició el general Flores con tres compañeros, el 19 de Abril de 1863. — Vamos á probar que si el doctor Gómez discrepó con el general Flores en la oportunidad de la revolución, no fué nunca su enemigo, como se ha querido sostener por quienes, no tan altruistas y generosos como el doctor Gómez, recogen de los bajos fondos de la historia las intrigas para mistificar los sucesos y los hombres. — Y vamos á probar, en cambio, que aquél fué partidario de la acción reivindicatoria de 1863, y que, sin compartir responsabilidades anteriores, tuvo una opinión favorabilísima del único de nuestros caudillos que puede hon-

brearse, como entidad prestigiosa, en las relaciones de la historia, con el primer jefe de la patria: el general Rivera! — En una carta dirigida por el doctor Gómez al señor José Cándido Bustamante, el 31 de Octubre de 1863, dice el ilustre publicista: «El general Flores y yo (me personalizo por responder á su carta, en que usted me personaliza) teníamos el mismo convencimiento de que una revolución era inevitable y necesaria en este año; el general Flores y yo teníamos la misma resolución: iniciarla. Sólo hemos divergido en la oportunidad, en el momento preciso, tal vez porque no nos comunicamos nuestra idéntica convicción, tal vez por la misma diversidad de elementos que cada uno de nosotros, en su escala, representábamos. Yo creía que ahora, en Noviembre, en la proximidad de las elecciones que iban á hacer los blancos, debia producirse la revolución que no estaba en poder de ningún hombre, por prestigioso que fuese, y, por acertado que anduviese, producir la antes. Creía que tentar cualquier cosa antes, era obligar al país y al partido á sacrificios inútiles, y más exponer al partido á contrastes, mientras que en Noviembre el triunfo de la revolución era seguro y pronto, por la completa disolución en que la lucha electoral tendría al partido Blanco. Los sucesos dirán á usted si preveía bien ó mal, si estaba ó no equivocado. El general Flores se anticipó á esa época, tomó la iniciativa de los sucesos. ¿Qué debíamos hacer nosotros? ¿Disputársela? ¿Dejársela? Por mi parte, preferí lo último, resistiendo al torrente de reproches que me han culpado de inacción, los de usted mismo: ¿recuerda usted? El general Flores había tenido fe en producir antes el resultado. Lejos de reprochárselo, encuentro que hizo lo que debía. Cuando un hombre de partido tiene fe en producir una revolución y hacerla triunfar, haría mal, hasta sería culpable en no lanzarse. Sólo sí, que debe aceptar la responsabilidad, por lo mismo que toma la iniciativa, y sobrellevar con paciencia los cargos que se le hagan si no ven los demás satisfechas las expectativas que hizo nacer. Mi prédica á todos los amigos, desde el primer momento de la iniciativa del general Flores, ha sido que no debíamos coartar en lo más mínimo su dirección, que no de-

bíamos asumir dirección ni iniciativa de ningún género, *sino ayudar al general Flores con lo que él creyese conveniente, dejándole á él, que había aceptado la responsabilidad, la más completa plenitud de dirección* . . . El general Flores ha combatido seis meses con innegable heroísmo y con un respeto á los derechos de los ciudadanos y á la dignidad del país, que hace honor á nuestro partido y al general Flores. » ¿Podía ser enemigo de la Cruzada y del general Flores un ciudadano que así se expresaba y cuya característica fué siempre una sinceridad convertida en íntimo culto de su espíritu superior? — Pero, no fué sólo en ese documento que Juan Carlos Gómez exteriorizó juicios favorables al general Flores. — En sus conversaciones particulares, muchas veces, antes y después de la Cruzada, Gómez hizo elogios de la gallarda figura histórica del caudillo de gran corazón. — ¡Es que Gómez sabía apreciar íntimamente, á pesar de las disidencias políticas que los alejaban, á los hombres que, como él, alimentaban el fuego sagrado de las grandes sinceridades en el alma! — Un día, después de la batalla de Pavón — el 18 de Septiembre de 1861 — se hallaban cenando en distintas mesas, en un hotel de Buenos Aires, entre otros, el doctor Juan Carlos Gómez, el doctor Ángel Floro Costa, su hermano don Jaime, el doctor Jardim y el señor Manuel M. de la Bandera. — De pronto llegó el coronel Allende y dijo que el general Gelly había recibido una carta del general Flores anunciándole que la infantería y la artillería enemigas habían sido tomadas en Pavón; que le mandara munición, pues volvía al campo de batalla. — Esto último hacía suponer que Flores había huido del combate y alguien insinuó la extrañeza que le causaba el hecho de que aquel jefe anunciara la noticia transmitida, habiendo salido del campo. — Sin embargo, otro de los presentes contestó: « Si el general Flores ha disparado, habrá sido el último en hacerlo! » — Entonces, Juan Carlos Gómez, irguiendo su gallarda cabeza de pensador, dijo: « *Lo creo, porque se trata de don Venancio Flores. Planta más honrada no ha pisado territorio argentino!* »

VII

Juan Carlos Gómez, en la Argentina, desde 1858 hasta 1878, no hizo otra cosa que coadyuvar con los primeros hombres del patriciado porteño á la reconstrucción y á la reorganización de la República vecina, acompañando en su propaganda al general Mitre en todos los azares de la guerra contra Urquiza, contra la hegemonía provincialista que tuvo su coronamiento victorioso en Pavón. — Redactó, entre otros, los diarios *La Tribuna*, *El Nacional* y *Los Debates*, siempre con el estilo vigoroso, la conceptuosidad de pensamiento y la brillantez imaginativa que caracterizaron sus producciones. — En esa época tuvo varias polémicas ruidosas con hombres de nuestro país y con hombres argentinos, sobre cuestiones fundamentales relacionadas con la historia del Plata. — En 1859, el gobierno presidido por don Valentín Alsina tomó medidas contra un periodista que, según aquél, abusaba de la libertad de escribir. — En el Senado se produjo una interpelación. — Sarmiento pronunció un discurso en favor del gobierno, esto es, de la disposición que éste había adoptado. — Entonces Juan Carlos Gómez dirigió una brillante y valiente carta á Sarmiento—que fué contestada por el notable hombre público,—en la que le decía: « Á ningún principio hemos consagrado más adhesión que al de la libertad de la prensa; la sostuvimos en Chile contra don Manuel Montt, nuestro candidato á la presidencia; la sostuvimos en favor de nuestros enemigos políticos en Montevideo, y nos toca sostenerla en Buenos Aires contra nuestros antiguos compañeros. » — En 1869, con motivo de su nombramiento de presidente de una comisión de periodistas designada para recibir á la guardia nacional argentina que regresaba del Paraguay, el doctor Gómez insistió en sus ideas, ya manifestadas anteriormente, contrarias á la triple alianza, aunque no á la guerra contra el tirano López. — Y estas declaraciones del doctor Gómez promovieron una de las polémicas más ruidosas del Plata, entre ese eximio publicista y el no menos ilustre escritor é historiógrafo, general Bartolomé Mitre. — Con don Alejandro y con don Ma-

teo Magariños Cervantes también el doctor Gómez mantuvo polémicas de gran interés histórico, en que hizo conocer ampliamente ideas fundamentales sobre el origen institucional de nuestro país. — Más adelante tendremos ocasión de volver sobre ello. — Entretanto, hagamos notar que el doctor Gómez, en Buenos Aires, era considerado entonces el primer polemista del Río de la Plata. — Don Francisco Bauzá, que en uno de sus estudios literarios fustigó severamente á Gómez, dice á su respecto: « El continuado debate que sostuvo en la prensa argentina, casi solo contra todos y arriesgando la vida, perfeccionó su estilo de tal modo, dió tal convicción á su frase, una precisión tan exacta á sus determinaciones, un corte tan elegante y una contundencia tan temible á su modo de exponer, que llegó á hacerle el primer periodista del Plata por común asenso de amigos y adversarios. Era implacable en la polémica hasta desesperar á sus contendores por lo atinado de sus golpes, y es fama que cuando Urquiza guerreaba contra Buenos Aires, se sintió tan hondamente herido por uno de sus artículos, que estrujando el diario entre las manos, prometió colgar á Gómez en cuanto tomase la ciudad. »

El último cargo desempeñado en la República Argentina por el prócer, poco antes de morir, fué el de catedrático de Filosofía del Derecho en la Universidad de Buenos Aires.

VIII

Juan Carlos Gómez ha sido calumniado torpemente por los adversarios de sus ideas, en vida del grande hombre, y hoy mismo todavía. — No hace muchos días asistimos á un debate legislativo, en que se reprodujeron las calumnias de que, en otra época, se había hecho arma para sombrear la aureola de alto civilismo democrático y de alto sentimiento patriótico que resplandecía en la frente ancha y venerable del maestro de la palabra y de la idea en todo el Plata. — ¡Juan Carlos Gómez era anexionista!, se dice adustamente. — ¡Era un traidor á la patria: nególe hasta el hecho de su independencia! — ¡Qué pro-

fundo error!—Nosotros debemos repetirlo claramente: no participamos de sus ideas sobre la unión de las nacionalidades del Plata, en primer término por considerarlas utópicas y, después, por considerarlas inconvenientes desde varios puntos de vista.—¿Pero acaso esto quiere decir que debamos negar al doctor Juan Carlos Gómez patriotismo y sinceridad, grandeza de alma y grandeza de pensamiento, porque propendió á que la República Argentina y la República nuestra formaran una sola y gran República, con la capital en Montevideo, en esta ciudad de los íntimos amores del ilustre estadista?—No: Gómez no era anexionista, en el sentido estricto que se le da á esa palabra.—Anexionistas fueron los Treinta y Tres orientales de 1825; fueron los diputados de la asamblea de la Florida, los uruguayos que, mandados por Rosas, sitiaron á Montevideo en 1843 para entregarla en patrimonio al « héroe americano ».—Gómez no pensó nunca en subordinar su país á otro país más grande y poderoso, por simple prurito de abdicación de una soberanía consagrada y consolidada en el tiempo y en el espacio.—No; en el pensamiento de Gómez había mucho de utópico, de quimérico, porque ese prócer tenía el defecto, si así puede calificarse, de soñar un poco en perspectivas muy amplias, atado á la roca prometeana de las realidades de la vida. « Quizás — como lo ha dicho el doctor Jacinto Larraín — Gómez tenía una fórmula preparada de antemano para amoldar á ella los acontecimientos, en vez de tener la alta previsión de las circunstancias que encaminan éstos y los dirigen lógicamente á su finalidad. » — Pero lo que no debe dudarse, lo que no puede discutirse siquiera, es que en el pensamiento unionista de Gómez hubiera algo estrecho, algo egóista que rebajase su portentosa talla de moralista, de sociólogo, de político, de economista, de ciudadano de la patria nuestra!— En esa concentración de nacionalidades afines, él perseguía un propósito altamente honroso y altamente simpático para nuestro país: el de colocarnos en primera fila, el de hacernos cabeza de una gran nación, quitando de nuestra vecindad un factor poderosísimo de rivalidad económica y política que nos alejaría de las grandes conquistas del progreso, que absorbería mucha de nues-

tra savia, que impediría nuestra expansión, que se agigantaría mientras permaneceríamos estacionarios: ¡Buenos Aires! — El tiempo dirá si Gómez acertaba, si era un soñador romántico ó un estadista previsor. — Mas, es necesario decirlo y repetirlo muchas veces: un hombre que jamás lucró con su talento; que siempre dictó leyes á los sucesos sin otro propósito que el de contribuir al éxito del bien; que siempre proclamó ideas y principios y nunca sacrificó uno solo de esds principios ó una sola de esas ideas á la satisfacción de ambiciones personales; que nació y vivió pobre por no ser dócil con los de arriba ni instrumento de los de abajo; que ni en su país ni en la Argentina aceptó puestos remuneradores, sino en momentos difíciles en que su actuación se consideraba necesaria é indispensable; — un hombre así, ¿puede ser sospechado, como hasta llegó á decirse en 1857, de que era *un vendido al oro porteño*, de que era un traidor á la patria porque pretendía anexarla á Buenos Aires? — ¡Mal ciudadano — se le dice — mal patriota! — ¡Qué extravismos lamentables! — Bastarán pocos hechos, pocas palabras del propio doctor Gómez para probar esos extravismos. — En 1877 se le designó, con el asentimiento de los claustros, del gobierno y de la opinión argentina, sustituto del doctor Lucio Vicente López en el Rectorado de la Universidad de Buenos Aires. — ¿Qué aspiración más legítima hubiera sido para el gran maestro que ser útil á la juventud estudiosa que tanto amaba? — Pero era, como dijo el doctor Palomeque, un carácter y un corazón! — Y renunció el Rectorado diciendo más ó menos: « El que se me ofrece es un empleo público que exige ciudadanía, y no simple ejercicio de profesión como el de catedrático, y las cobardías de la política argentina me hicieron extranjero en la patria en que nací, arrojado fuera de ella al Estado Oriental, cuya suerte correré hasta el fin con todos los dolores y todos los infortunios que impone á sus hijos. » — En una célebre carta dirigida á un diario de Montevideo, con motivo de la erección del monumento á la independencia, en la Florida, el doctor Gómez demostró con la claridad de exposición y con la lógica de acero que era característica de su intelectualidad y de su estilo, que esa independencia, *como hecho*, « sin conexión alguna

con la tradición de los Treinta y Tres y de la Florida, » podría aceptarla; pero como creación espontánea de la Banda Oriental, era una superchería, una mentira histórica, á la cual no podía asociarse sin traicionar el culto inalterable á la verdad, que había profesado durante toda su vida. » — Y en otra carta, también memorable, del 15 de Mayo de 1879, dirigida al doctor Alejandro Magariños Cervantes, á propósito del mismo asunto, estampaba párrafos tan tiernos y tan patrióticos como los que van á leerse. — El doctor Gómez empezaba agradeciendo un volumen de poesías con que el doctor Magariños le obsequiaba, y seguía diciendo: « ¡Cuánto agradece el sentimiento delicado con que derramaba usted sobre mi cabeza encanecida, en una fecha de amarga tristeza, las flores de la infancia y de la juventud, aljofaradas con el rocío de la atmósfera de la patria! Sentí refrescado mi espíritu por las brisas perfumadas de la tierra natal, de la tierra natal de mis dulces recuerdos, aquella que ha desaparecido bajo los golpes ciclópeos de la industria y la civilización; aquella de los años en que yo, sin barba todavía, penetraba sin anunciarme en su casa, detrás del viejo *Fuerte*, y con el tono pretencioso de un maestro, lo estimulaba á seguir las huellas de Byron y de Hugo, en que ha alcanzado usted merecida guirnalda. » — Luego agregaba: « Nací el año veinte, el año de las montoneras y de las independencias. No había entonces nacionalidad oriental. El Estado Oriental era una provincia argentina. Era, pues, ciudadano natural de la República Argentina. He podido hacerme reconocer tal, y calcule usted el camino que hubieran hecho mis ambiciones, si las hubiera abrigado, desde 1825, en este ancho campo en que podía aspirar á la posición encumbrada y á la fortuna deslumbradora. Los hijos de los emigrados, nacidos bajo la bandera oriental, se han hecho declarar argentinos, y han sido diputados, senadores, ministros, y tal vez llegue alguno á calzarse la presidencia. Yo preferí, á esa tentación de la montaña, correr la suerte adversa de mi provincia natal, por falta de corazón, no abandonando á la madre en sus horas de tribulaciones, sufriendo su mala fortuna, corriendo sus tempestades, zozobrando en sus naufragios, hasta encontrarme solo en la playa, aterido y des-

nudo. Yo preferí, por falta de patriotismo, ser el ciudadano de una pobre provincia, asolada por la guerra, descuartizada por los caudillos, á ser prócer de una grande y próspera república ó magnate de un opulento y vasto imperio.» — ¡Ése era el traidor, el apóstata, el tráfuga de la religión de la patria! — Pero hay algo más aún que deben saberlo las generaciones que se levantan, para que aquilaten en todo su valer la talla moral del prócer cuyos restos desde hoy descansarán en la ciudad nativa. — En el último período de su vida, retirado en su hogar, lejos de las agitaciones políticas, escribía á don Pedro Bustamante: «Cuántas veces la nostalgia me ha tenido con el pie en el estribo para una corta excursión por la patria, que me aflige morir sin volverla á ver, y he tenido que hacer un esfuerzo sobre mí mismo para no dejarme vencer por esa debilidad del corazón! Si está escrito que he de terminar mis días sin volverlos á abrazar, sepan al menos que no es por falta de amor á los seres y á las cosas que fueron el embellezo de mi juventud y que son el más dulce recuerdo de mi solitaria vejez!» — ¡Y dígame todavía que Juan Carlos Gómez no amaba á la patria! — ¡Aberraciones del criterio patriótico! — Grítese muy fuerte que el doctor Gómez soñó un error al pensar y proclamar la conveniencia de la reconstrucción del virreinato del Plata; grítese muy fuerte que era un utopista, un imaginativo, un platónico! — Pero no se blasfeme del hombre que amó á la patria toda su vida con cariños predilectos y constantes; que en su prosa galana y delicada, que en sus versos melodiosos y ardientes, no hizo otra cosa que entonar himnos de amor al trozo del terruño en que mecióse su cuna y en el cual deseó siempre que reposaran sus despojos cuando la aurora «de la paz y de la libertad» iluminara el día venturoso y eterno de sus grandes destinos democráticos! — ¡No! — ¡Que la impiedad no estremezca la tumba del prócer abnegado en esta hora de reparaciones y de apoteosis! — El que fué publicista de médula; periodista de sugestivo empuje; orador de frase ateniense y de ideas espartanas; estadista de corte moderno; pensador de alientos geniales; patriota de sinceridades estoicas; ciudadano de la libertad; jurisconsulto de insólita

erudición; mártir de las vulgaridades de su tiempo; víctima de sus propias virtudes catonianas; poeta romántico, de la escuela de Echevarría, tierno y melodioso, revolucionario y precursor; el «último gentilhombre»; «el tipo moral más perfecto», al decir de López, — el que fué todo eso, el que fué más que todo eso — un corazón honrado y un cerebro honrado — merece de la patria el más digno de los recuerdos y de la posteridad la más gigantesca de las reparaciones póstumas! — Es tiempo ya de que la religión de los grandes hombres civiles de nuestra historia sea la religión de todos los ciudadanos, sin odiosos distingos partidarios. — ¡Abandonemos por un momento al menos, el cintillo que destiñe en nuestras frentes! El charruismo nos ahoga. — Alcemos el punto de mira. — Levantemos la mirada al cielo para empapar en sus grandezas infinitas el corazón que la pasión agosta y malogra. — Juan Carlos Gómez al morir irguió sus ojos — aquellos ojos de expresión dulce y tranquila que acariciaban como el acento melodioso de una queja — escudriñando el *cenit*. — Como decía Chateaubriand, hay una virtud hasta en la mirada de un grande hombre! — Nosotros, como él, no miremos los bajos antagonismos que nos laceran. — Levantemos y amplifiquemos el radio de nuestras miradas. — ¡Los grandes hombres de la historia son enseñanzas, son ejemplos! — Aprendamos á vivir y á ser útiles admirándoles! — La patria ha tenido pocos hijos que, como Juan Carlos Gómez, — á la par de Wáshington — todo lo sacrificaran por ella y nada le demandaran por su gloria!



JULIO MARÍA SOSA

EN BUENOS AIRES

HOMENAJE DEL GOBIERNO ARGENTINO

ADHESIÓN DE LA PRENSA

EN EL PUERTO — EN EL CLUB ORIENTAL

LAS DELEGACIONES URUGUAYA Y ARGENTINA

EN LA RECOLETA — LOS DISCURSOS

DIVERSAS INFORMACIONES



LA «MAIPÚ»

HOMENAJE DEL GOBIERNO ARGENTINO

A Presidente Club «Vida Nueva», señor Alberto Zorrilla.

Montevideo.

Gobierno argentino ha ofrecido buque escuadra «Maipú» para transportar restos de Juan Carlos Gómez. Mañana comunicaré capacidad para Comisiones.

Saludo,

DANIEL MUÑOZ.

Juan Carlos Gómez

Hace más de veinte años, al despedirnos, en estas mismas columnas, del doctor Juan Carlos Gómez, en su día de tránsito al infinito, compendiábamos su vida y nuestro epitafio, en dos versos endecasílabos:

« Cayó en la tumba, como caen los astros,
« En el sudario de su luz envuelto. »

Hoy, cuando la posteridad se ha pronunciado ya sobre la obra de aquel hombre ilustre, no podemos sino repetir lo que entonces pensamos: « El nombre solo de Juan Carlos Gómez basta para llenar la página inmensa de una lápida! »

Juan Carlos — como se le llamaba en la intimidad de los grandes y de los pequeños — fué más que un guerrero. No militó con la espada, pero batalló con la palabra y con la pluma.

No hubo ideal generoso y grande que no le tuviera por apóstol.

Aun cuando la tierra argentina le haya abrigado hasta ahora — con el cariño acendrado con que las madres guardan á sus hijos, — reclama la República Oriental sus despojos.

Acaso tendríamos razones para sostener que era nuestro, porque su cuna de niño la agitaron las turbulencias del año XX, y su lecho de muerte se vió rodeado por nuestros próceres é intelectuales.

Pero, el alma de Juan Carlos Gómez era demasiado grande para caber dentro de las fronteras de una sola patria.

Combatía la tiranía y defendía la libertad, no con el egoísmo estrecho del patriota, sino con la sublime convicción del filósofo griego: « Soy hombre y nada existe en la humanidad que me sea indiferente. »

No hizo prosélitos durante su vida, porque la vulgaridad no le comprendía; pero hoy, sobre su tumba, se levantará la estatua de ese pensador y de ese apóstol, que encarnaba el último ejemplar fundido en el molde roto que nos legó al hombre antiguo.

La vida de Juan Carlos Gómez puede ser presentada como ejemplo de austeridad y de abnegación á todos los que quieran aprender las virtudes fuertes y la honradez sin tacha.

No tuvo de reposo un solo instante. Como él mismo lo decía, en una de sus composiciones más íntimas y sentidas,

« ... Dios no lo quiere!
« Me niega un día de descanso; un día!
« Fuerza es seguir la dolorosa vía!
« A mi Calvario con la Cruz llegar! »

Y así fué su vida errante. Perseguido en la patria y en el extranjero, en el extranjero y en la patria fué siempre el apóstol sereno de su credo. Y su credo era el Evangelio de la humanidad, que comprende todas las ternuras infinitas, todas las

grandezas inmortales, á impulsos de las cuales se defienden todas las libertades y se combaten todos los despotismos.

No se preocupó jamás del éxito. Habría predicado, como Juan, en el desierto, convencido de que la verdad tiene siempre quien la escuche.

Atravesó, luchando, pero imperturbable, el largo intervalo que media entre la anarquía y la libertad del Río de la Plata; pero, su palabra y su acción brillaron, en medio de la noche de la tiranía, como aquel faro que se alzaba en la pobre Corinto, en medio de la desaparición de la Grecia antigua.

Más que en su propia patria — donde el caudillismo le persiguió siempre — la obra de don Juan Carlos Gómez tiene que buscarse en Chile y en la República Argentina. Ni allende ni aquende los Andes, fué nunca un extranjero. Él sentía nuestros dolores y nuestras esperanzas, y las palpitaciones de nuestro pueblo en los días de la derrota ó de la victoria, repercutían en aquel corazón de gigante.

Se mezcló siempre al movimiento político del Plata, y, más de una vez, la idea inicial de una obra generosa, salió armada y perfecta, como la Minerva pagana, de aquel cerebro poderoso.

Cuando hablaba, había en el timbre de su voz, en la modulación de su frase, y, sobre todo, en la energía de su acción, tanta sinceridad y tanta pureza, que producía en el auditorio la contagiosa convicción que á él le animaba.

Austero y probo sin mancha, todos sus actos tenían ese sello de honradez que forma aureola alrededor del hombre.

Su mirada de sonámbulo parecía iluminarse al encontrar enfrente las dificultades. En la lucha, en ese eterno elemento de su vida, se multiplicaban sus fuerzas de orador y de publicista.

Cuando escribía, ponía tanta inspiración en sus ideas, tanta verdad en sus doctrinas y tanta lealtad en sus intenciones, que, aquellos que no compartían sus opiniones, sentían respeto por su austeridad.

Cuando vió definitivamente organizada la República — después de la federalización de Buenos Aires — dejó la prensa

para siempre, « con esa vaga tristeza del obrero que, después de una tarea en los campos abiertos del pensamiento, torna al encierro del taller, al trabajo sin descanso y sin término para el pan de cada día. »

Desde entonces, apenas si á largos intervalos se vió reaparecer en la escena la austera figura del doctor Gómez, siempre para tributar un homenaje de justicia ó para defender algún derecho conculcado.

Vivió en el mundo de sus fantasías poderosas, pugnando por salvar el arte antiguo, que hoy se hunde entre las bacanales del realismo moderno. El ideal, que formaba para él el tipo, la belleza suprema, le seducía, haciendo que fuesen menos tristes los últimos tiempos de su ostracismo espartano.

Y pensando siempre en la patria — en « la patria grande » de todas sus ternuras y aspiraciones infinitas — y amando siempre á la libertad y condenando siempre á los tiranos, Juan Carlos Gómez vivió sus últimos años como un filósofo estoico, indiferente y frío en la apariencia, pero profundamente conmovido ante el espectáculo de los sucesos que se desarrollaban á sus ojos.

Alcanzó á saludar, en su último día, el sol del 25 de Mayo de 1884, y sonriendo, como sólo hacen los justos, se tendió en su lecho,

« Para morir, al declinar la tarde,

« Con un rayo de luz sobre la frente! »

Sus restos mortales han reposado hasta ahora en esta tierra argentina, á la que tanto amó y defendió en su vida. Le han rodeado en la tumba el cariño de todos los que le reconocían como maestro y el respeto de todos los que le tomaron como modelo.

Hoy nos reclaman ese puñado de cenizas queridas nuestros hermanos los orientales, que quieren fecundar la tierra de su suelo con la savia que aun conservan esos despojos.

La prensa entera de la República seguirá el convoy desde uno hasta otro cementerio, mostrando así que, si las tradiciones y las glorias históricas han vinculado fraternalmente á las

Repúblicas del Plata, Juan Carlos Gómez fué uno de los eslabones más fuertes y perdurables de esa cadena de afectos que no destruirán ni el tiempo ni los acontecimientos.

(De *El Diario*.)

EN EL PUERTO

A las 9 de la mañana atracó el « San Martín » al muelle de la dársena Sud, en donde esperaban á los delegados el cónsul general señor Antonio Bachini, el canciller del Consulado y crecida concurrencia de orientales. Los delegados que han llegado son: doctor José Pedro Ramírez, senador por Flores; doctor Julio Bastos, juez de Comercio; Agustín Ferrando y Olaondo, diputado por Canelones; doctor José Salgado, catedrático de historia en la Universidad; Pedro Manini y Ríos, diputado por el Durazno; Julio María Sosa, diputado por Maldonado; teniente coronel León Muñoz, jefe de sección del Estado Mayor General del Ejército; señor Alberto Zorrilla, presidente del Club « Vida Nueva », iniciador de la repatriación; mayor Jaime F. Bravo, segundo jefe de la Academia Militar; Héctor R. Gómez, secretario de la Dirección de Correos y Telégrafos; teniente coronel Venancio Ruiz, jefe de la sección Intendencia de Guerra; señor Carlos F. Muñoz, periodista; teniente de navío Manuel Calveyra, ingeniero naval y asesor técnico de la Comandancia de Marina; José L. Gomensoro, escritor; señores Sebastián Puppo (hijo), Rodolfo Mezzera, Leonardo M. Torterolo, delegados del Comité de Estudiantes; Ricardo García Fuentes, abogado; Guillermo Büsch, Carlos A. Boutón, Enrique Crosa y Benito Montaldo, delegados del Club « Vida Nueva »; Carlos E. Castellanos, periodista; Luis Scazzolo Travieso, secretario de la Comisión de Instrucción Primaria; L. Odín y Benjamín Fernández y Medina, periodistas, el último director de *El Uruguay*.

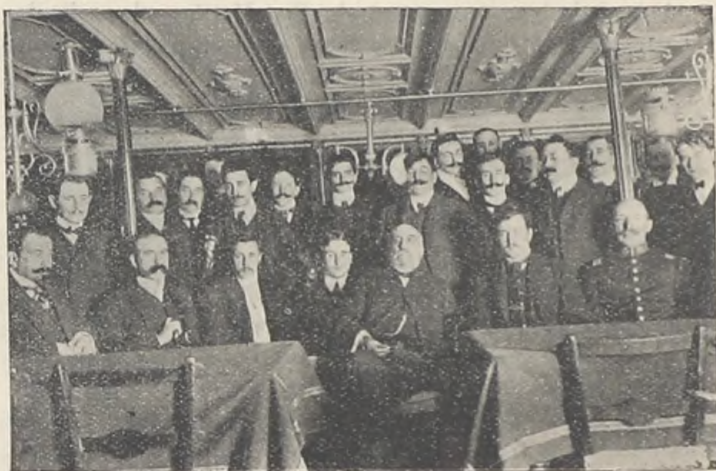


ANTONIO BACHINI
Cónsul General del
Uruguay y dele-
gado del Gobierno.

Los viajeros han tenido un feliz viaje, sin contratiempos de ninguna clase.

Del puerto se trasladaron al local del Club Oriental, en donde la Comisión Directiva y el Ministro señor Muñoz les esperaban para darles la bienvenida y poner á disposición de ellos la casa.

En el puerto, mientras se cambiaban los primeros saludos, hablamos cuatro palabras con uno de los viajeros respecto al



LA DELEGACIÓN DEL CLUB « VIDA NUEVA » Á BORDO DEL « SAN MARTÍN »

ambiente formado en Montevideo por el debate hecho en torno de la ceremonia de hoy.

« Eso, nos dijo nuestro interlocutor, ha tenido realmente alguna significación, pero no ha ido más allá de la discusión de la Cámara y tal cual artículo de diario. En general, todo Montevideo ha visto con desagrado que se suscitara tal cuestión en estos momentos, y la magnitud del homenaje que prepara el pueblo del Uruguay al gran publicista, apagará el eco de la ingrata controversia, que quedará reducida á lo que fué, sin mayor trascendencia en el momento de la ceremonia. En Montevideo reina mucho entusiasmo por este acto, y á él se han asociado pueblo y gobierno; de modo que puede decirse

que mañana, cuando volvamos con los sagrados despojos, estará toda la población en la calle. Las ceremonias que se preparan tendrán toda la magnificencia é importancia que deben tener, dada la enorme concurrencia que asistirá al muelle, al cementerio Central más tarde y á Solís por la noche. En el cementerio se han tenido que tomar medidas en previsión de las aglomeraciones, y así los discursos serán dichos á la entrada.»

EN EL CLUB ORIENTAL

En el Club se conversó un rato, y se bebió luego una copa de champagne. No se pronunciaron discursos.



EL LUNCH EN EL CLUB ORIENTAL

Los delegados poco después salieron del Club Oriental para visitar la ciudad y cumplir atenciones sociales con miembros de sus familias y personas de sus amistades. En todos ellos, viejos y jóvenes, se nota entusiasmo.

EN LA RECOLETA

El panteón en que se encuentran los restos del doctor Juan Carlos Gómez ha sido adornado con banderas argentinas y orientales y cubierto de flores. Ha sido muy visitado esta mañana por familias orientales.

A las dos de la tarde los delegados se encontraron en la Recoleta, en la tumba en que reposan los restos del ilustre publicista, los que serán exhumados y entregados por el Ministro Muñoz al doctor Jardim, presidente de la Comisión encargada de recibirlos.



SEPULCRO DE JUAN CARLOS GÓMEZ
EN LA RECOLETA

En esta ceremonia usarán de la palabra el Ministro Muñoz, el doctor Jardim, el señor Zorrilla, presidente del Club «Vida Nueva», el doctor José Salgado delegado del Ateneo de Montevideo y el doctor Juan Ángel Golfarini, á nombre del Club Oriental de esta ciudad. Terminados los discursos y colocados los restos en la urna, la que será

envuelta en banderas argentina y oriental, para trasladarla al convoy, éste se pondrá en marcha con dirección á la dársena, en donde espera la cañonera «Maipú» para conducirlos á Montevideo.

EL CONVOY

El convoy estará formado por el coche en que se colocarán los despojos, y las carrozas de gala en que irán las flores y coronas que se han depositado hoy á la mañana en el panteón de la Recoleta.

Los carruajes para conducir la comitiva se colocarán llevando á la cabeza el que conducirá al Ministro del Uruguay,

señor Daniel Muñoz, y al Cónsul general, señor Bachini, el doctor Jardim, presidente de la Comisión de recepción, y el presidente del Club Oriental, doctor Golfarini.

En seguida se distribuirán las delegaciones orientales en los demás carruajes que formarán el cortejo.

EL VIAJE Á MONTEVIDEO

Las Comisiones harán el viaje á Montevideo en la siguiente forma :

En la « Maipú » irán el Ministro señor Muñoz, el Cónsul señor Bachini, el señor Zorrilla, presidente del Club « Vida Nueva », el doctor José Pedro Ramírez, dos miembros de la familia del doctor Gómez, los señores Juan Carlos Gómez y Livingston, sobrino y nieto, respectivamente; el teniente coronel León Muñoz, mayor Jaime Bravo, teniente de navío Calveyra, teniente coronel Venancio Ruiz y doctor José Salgado.

En el « Helios », que hará la escolta, irán el doctor Esteban Lamadrid, el doctor Britos, y toda la comitiva que llegó esta mañana en el « San Martín ».

LOS HUÉSPEDES

Excepción hecha del doctor José Pedro Ramírez, senador por el departamento de Flores, — personalidad consular por todos conceptos eminente y de histórica figuración en el Uruguay, — predomina en la Comisión el elemento joven, en su mayor parte llevado á la actuación política por los acontecimientos desarrollados en aquel país desde el ingreso al poder del señor José Batlle y Ordóñez.

Encabezan este grupo los señores Julio M.^a Sosa, diputado por Maldonado, redactor de *El Diario* de Montevideo, y Pedro Manini y Ríos, diputado por el Durazno, redactor de *El Día*, órgano del Presidente de la República, ambos representantes natos del joven coloradismo radical, muy estrechamente vinculados al señor Batlle, al cual han acompañado desde su primera juventud en las tareas periodísticas, pasando luego

que éste ocupó la Presidencia á ocupar los puestos que desempeñan en la legislatura. Completan este grupo los señores Agustín Ferrando y Olaondo, diputado por Canelones; doctor Ricardo García Fuentes, Benito J. Montaldo, Leogardo M. Torterolo, Guillermo P. Büsch y demás elementos del Club colorado « Vida Nueva », iniciador de la repatriación de los restos de Juan Carlos Gómez, Club fundado por el señor Alberto Zorrilla, per-



LA DELEGACIÓN URUGUAYA EN EL CLUB ORIENTAL

sonalidad de tradición más asentada dentro de las características de la generación todavía joven; ex diputado, ex jefe político del departamento de la Florida, ex director de *La Tribuna Popular* y de *La Tarde*, de actuación constante en el campo de las actividades partidistas, donde hace tiempo desempeña siempre papel principal.

En representación del Ateneo del Uruguay, el antiguo gran foco de la intelectualidad montevideana, que tuvo su época de extraordinaria brillantez, vienen el doctor Julio Bastos, juez de Comercio, también figura todavía joven, que goza de un favorable concepto de integridad y buena preparación en la magistratura uruguaya, y el doctor José Salgado, catedrático de Historia Americana en la Universidad de Montevideo.

La delegación del ejército é institutos militares la constituyen los señores tenientes coroneles León E. Muñoz, Venancio Ruiz y sargentos mayores Jaime Bravo y Manuel Calveira, todos ellos jefes de la nueva generación militar, oficiales de escuela, que ocupan, ya por la significación social de sus apellidos, ya por sus merecimientos profesionales, distinguido puesto en su campo de actuación.

En el núcleo de periodistas, también compuesto en mucha parte de elementos «de última conscripción», figuran el señor Benjamín Fernández y Medina, director de *El Uruguay*, escritor y gran amigo de los libros, cuyo nombre no es desconocido para Buenos Aires; Luis Scarzolo Travieso, de *La Razón*, joven poeta y dibujante distinguido; Enrique Crosa, Carlos F. Muñoz, Carlos E. Castellanos, etc.

Como al principio lo decimos, impone el sello de su alta caracterización á este florido grupo de gente nueva, el doctor José Pedro Ramírez, la personalidad más popular del vecino país, á quien una larga y descollante actuación en todos los sucesos importantes de la historia uruguaya en los últimos cuarenta años, han dado una base de tradición, un prestigio y una permanente función arbitral que recuerdan un poco las características de la actuación del general Mitre en nuestro país.

El doctor Ramírez ha desempeñado, y más de una vez, todos los puestos de mayor importancia á que un ciudadano puede aspirar en el Uruguay, excepto el de Presidente de la República, para el cual cuenta hace ya años con el mayor número de votos en la opinión, siendo su candidatura una de aquellas que están siempre de pie por la propia virtualidad de su excelencia; pero que no ha podido convertirse en anhelo público en realidad, por haberse el doctor Ramírez desligado de los partidos tradicionales primero, cuando con su hermano Carlos María fundó el partido Constitucional, y de todos los partidos después, cuando abandonó las filas de este último, considerando ineficaz su acción, dadas las circunstancias del momento.

Después de sus memorables campañas periodísticas en *El Siglo*, no menos memorables que sus campañas parlamentarias

que lo revelaron orador de gran fuerza, los episodios principales de su vida cívica son el muy célebre de la conciliación de 1886, como jefe del Ministerio que encarnó y consumó la revolución pacífica con que terminó el gobierno de Santos,— después de vencida en el Quebracho la revolución armada,— y sus intervenciones como pacificador de la República en 1897 y en el primer alzamiento de Saravia, en 1903; hechos que le conquistaron la suma de la gratitud popular.

Tal es, delineada en sus rasgos más salientes, la personalidad que viene presidiendo el grupo de distinguidos huéspedes á quienes deseamos todos los halagos de nuestra mejor hospitalidad durante su breve estadía en Buenos Aires.

(*El Diario.*)

Justicia póstuma

HOMBRE-IDEA

La repatriación de los restos de Juan Carlos Gómez, iniciada por el Club montevideano « Vida Nueva », y acogida con un sentimiento de unánime simpatía por el pueblo uruguayo, importa al mismo tiempo que un testimonio de justicia póstuma, una consagración de las tradiciones fraternales con que los dos países han marchado siempre unidos al través de su evolución histórica. Era Gómez un exponente tangible de la solidaridad que vincula á las Repúblicas Argentina y Uruguay, y su memoria, rodeada por la misma aureola de simpatía en las dos márgenes del Plata, constituye un lazo moral, tanto más firme cuanto que está arraigado en el sentimiento íntimo de todos los que saben medir el valor de su personalidad y la magnitud de su obra.

Nuestro país, que ha guardado con amor los restos de Gómez, no puede rehusarlos, cuando los pide su patria nativa. Junto con ellos van los votos de estrecha unión, que simbo-

liza su memoria. El transcurso del tiempo no ha hecho más que robustecer los lazos creados por la comunidad de aspiraciones y de ideales. Al unirse hoy argentinos y orientales para esta ceremonia de elevada significación patriótica, rinden al nombre del ilustre luchador, un homenaje que lleva por parte de unos y otros el calor de la misma sinceridad.

Porque, no son los restos de un extranjero los que abandonan el país para ir á encontrar el reposo eterno en el seno de los suyos, sino de un hombre-idea, que levantando su pensamiento sobre los límites fronterizos, tuvo suficiente corazón para extender sobre dos patrias la generosidad de sus afectos y la pureza de sus aspiraciones.

Deja mucho entre nosotros la personalidad de Juan Carlos Gómez, para que su nombre no quede grabado en el libro de oro de los anales argentinos.

Vivió nuestra vida, compartió nuestros sinsabores y nuestros sacrificios, puso su esclarecido talento al servicio de los problemas que agitaban á la nacionalidad en sus angustiosos balbuceos. La gratitud que le debemos es doblemente merecida, porque sus afectos para la República, nacidos como el fruto espontáneo de un sentimiento, no eran la consecuencia de una sugestión patriótica, sino el testimonio de una inclinación voluntaria. Nuestro pueblo lo recuerda, y sabrá sin duda demostrarlo al tomar su parte en el piadoso tributo que se apresta á tributarle el Uruguay.

(De *La Nación*.)

Doctor Juan Carlos Gómez

TRASLACIÓN DE SUS RESTOS. — LA CEREMONIA DE AYER. —
LOS DISCURSOS

EN LA RECOLETA

A las 3 de la tarde, una numerosa concurrencia había acudido al Cementerio del Norte, á fin de asociarse á la ceremonia que debía realizarse. Se encontraban allí los representantes

de la Municipalidad, del Círculo de la Prensa y Asociación de Periodistas, miembros del Club del Progreso, del Club Oriental, del Centro Republicano Italiano, y los delegados llegados de Montevideo.

La concurrencia se trasladó á la bóveda donde se encontraban los restos del doctor Gómez, y de allí fueron conducidos al pórtico del Cementerio, donde se pronunciaron los discursos. En esos momentos se desencadenó un fuerte viento y constituía una verdadera proeza permanecer allí con la cabeza descubierta, mientras se pronunciaban los discursos. Sin embargo nadie se movió, porque todos deseaban tributar un último homenaje á la memoria del doctor Gómez.

Los discursos

DE DANIEL MUÑOZ

Señores:

Encargado por el Gobierno de la República Oriental del Uruguay, en unión de los señores doctor Benigno A. Jardim y Cónsul General Antonio Bachini, de representarlo en este acto de la exhumación de los restos del doctor Juan Carlos Gómez para trasladarlos al suelo de la patria, considero como primordial deber expresar nuestra gratitud al Gobierno argentino por su adhesión al homenaje en memoria de nuestro ilustre compatriota, y nuestro reconocimiento á esta tierra hermana, que en vida le brindó todos los halagos de la hospitalidad y que en la hora triste de la muerte le abrió su regazo para abrigar cariñosamente sus despojos hasta que llegase la hora en que la familia oriental los reclamase para que fuesen á dormir el sueño de la inmortalidad en el seno de su tierra madre.

Sé que contrariamos el sentimiento íntimo del pueblo de Buenos Aires al reclamarle el depósito que tan amorosamente ha custodiado y que ve ahora partir con la afectuosa tristeza con que se ve alejarse un huésped bien querido, pero por mu-

cho que nos duela mortificar las íntimas afecciones de este pueblo hermano, no podemos abandonarle estos restos venerandos de aquella gran personalidad que fué luz para los espíritus y fuego para templar los caracteres en las fraguas de la adversidad y de la abnegación. La muerte ha podido destruir el organismo de nuestro ilustre pensador y apóstol, como las balas y los rigores de la intemperie destrozan y descoloran la



EL MINISTRO DANIEL MUÑOZ PRONUNCIANDO SU DISCURSO

bandera flameante á las brisas de la victoria, pero el simbolismo perdura siempre, como perdura la idea, y es ésta la que hoy restituimos á la patria como emblema de redención, demostrando así que, más fuerte que el eco del estampido de las armas de las estériles luchas fraticidas, es la voz de la conciencia pública que se levanta para proclamar la excelsitud de las virtudes y del talento de los que soñaron la patria engrandecida, no por el ensanche territorial, sino por el esfuerzo dignificante de sus hijos.

No es mi misión la de trazar los lineamientos de la personalidad del doctor Gómez. Otros ciudadanos mejor preparados y que estuvieron más en su intimidad, podrán dar más alto relieve á los perfiles de aquel gran carácter, y entre éstos se

encuentra el doctor Jardim, ligado al doctor Gómez por vínculos de una amistad estrechísima, á quien cedo la palabra para que haga entrega de los restos de su ilustrado conciudadano y amigo á las Comisiones venidas de Montevideo para cumplir el patriótico deber de restituirlos á la tierra nativa.

Así como en el seno de la inquieta y revuelta familia la llegada de uno de sus mayores, venerable por los años y por las virtudes, impone con su sola presencia la debida compostura y sosiego, haciendo acallar todas las discordias y rencillas, como tributo de respeto y cariño al huésped bien venido, así también debemos creer que estos restos venerandos, á su llegada al hogar en que van á buscar su eterno descanso, verán congregados en torno suyo á todos los miembros de la gran familia de la patria, acallados en homenaje á su presencia los odios y los agravios que los dividen, para vincularse en una demostración unánime á la memoria de la excelsa personalidad del doctor Gómez, ejemplo de austeridad, modelo de cultura, espejo de caballeresca hidalguía, exaltado por sus tendencias distinguidas y por su esmerada educación social á la cúspide sólo accesible para los hombres de su estirpe moral é intelectual.

Reuniendo en un solo haz los fulgores de las múltiples facetas de su brillante personalidad, puede decirse del doctor Juan Carlos Gómez que era un hombre eminentemente civilizado y civilizador. Honrar su memoria en una grande apoteosis pública, es un acto que hace honor á la juventud iniciadora de tan noble pensamiento y que dignifica al pueblo que se congrega para rendirle ese póstumo homenaje.

DISCURSO DEL DOCTOR BENIGNO A. JARDIM

Señores:

Solemne compromiso contrajo la juventud uruguaya en Mayo de 1884, al pedir en nombre de la patria, á la hija del doctor Juan Carlos Gómez, que consintiera la traslación de sus restos mortales á la ciudad de Montevideo, para ser allí inhumados;— y esa deuda sagrada se paga hoy dignamente con el imponente homenaje que realza la memoria y la personalidad de tan ilustre ciudadano, por iniciativa del Club « Vida Nueva ».



DR. BENIGNO A. JARDIM, DELEGADO DEL GOBIERNO Y ALBACEA TESTAMENTARIO DEL DOCTOR GÓMEZ

Nuestro distinguido compatriota el doctor don Manuel Herrero y Espinosa, representando á la prensa de nuestro país, sin distinción de partidos políticos ni de nacionalidades, al depositar á nombre de aquella su ofrenda de dolor ante la tumba provisoria del doctor Gómez, se hizo eco del *inmenso grito que del lejano oriente lanzaba el pueblo natal, reclamando el derecho de guardar sus cenizas, porque para todos los orientales, decía, sean cuales fueren sus ideas ó sus errores, hay tierra en que dormir, desde el Océano hasta el Cuareim y desde el Uruguay al Yaguarón*, concluyendo su hermoso discurso con estas patrióticas y conceptuosas frases: « ¡Tierra argentina, tierra hospitalaria que siempre has recibido con cariño á los que llegaban á tus playas en sus orfandades políticas, guarda por breve tiempo las heladas cenizas de nuestro gran compatriota! — En el seno de la patria caben todas las disidencias;— ella no distingue á unos de otros de sus hijos, sino por la gloria que le dieron ó la virtud que practicaron. — Juan Carlos Gómez, la tierra oriental, en el porvenir, te espera! »

Y era justo, señores, que así se hiciera, ya porque el doctor Gómez no hizo nunca en ninguna forma manifestación en

sentido contrario, como erróneamente lo han creído algunos, sino también, porque es allá donde sus restos mortales deben alcanzar el descanso eterno: en la patria que aprendió á amar en el regazo materno; á la que dedicó los primeros cantos de su lira, y enaltecíó más tarde con el brillo de su talento y la austeridad de sus virtudes cívicas; sí, allá, al arrullo del Océano que bate nuestras playas, cerca de los sitios que recorrió en su infancia, donde duermen en paz sus mayores.

Y á pesar de haber sido tan espontánea y majestuosa la cariñosa acogida con que nuestros compatriotas reclamaron desde entonces la repatriación de los restos de tan preclaro publicista, han debido transcurrir más de cuatro lustros de nuestra agitada vida democrática para que llegara una oportunidad propicia para la ejecución de tan laudables deseos.

Fué necesario esperar á que estuvieran acalladas las pasiones partidarias, extinguido el eco de las contiendas fratricidas; levantada la ley sobre todas las cabezas; y al frente del gobierno del país, un ciudadano liberal y probo como el que actualmente lo dirige, que también ha batallado en la prensa con energía y brillo, sin excusar sacrificios ni esfuerzos por los severos principios que profesó el maestro.

Cruel ha sido el destino, señores, con el doctor don Juan Carlos Gómez, al hacer sentir así su airada saña, aun después de sus días, sobre sus fríos despojos, como si no hubiera quedado satisfecho con haberlo condenado á arrastrar su vida entre extraños, en el ostracismo y el destierro, sin los halagos de la patria y del hogar.

De los sesenta y cuatro años que duró su existencia, sólo alcanzó á vivir tranquilo en su patria los primeros de su juventud.

Después, un suceso inesperado hirió de muerte su corazón de adolescente, y lo precipitó por nuevos rumbos.

Una pasión profunda que él idealizaba con las armonías de su lira, unía su alma de poeta á la de una hermosa y gentil joven, la elegida para ser su compañera; y cuando ya creían

inmediato el ansiado momento de realizar sus dorados ensueños, influencias poderosas interponiéndose entre ambos, los destruyeron sin piedad.

Su permanencia en Montevideo se le hizo entonces imposible. Emigró primero al Brasil, después á Chile, más tarde á Europa, y rechazando allí un fuerte capital que dos amigos chilenos pusieron á su disposición para que adquiriera una imprenta y fundara un diario — lo que le aseguraba una cuantiosa fortuna en Chile, — optó por dirigirse, solo y sin recursos, al Plata, *para sufrir y morir por su causa*, según sus propias palabras. Regresó con ese objeto en 1852, estableciéndose en su patria; ocupó en la prensa un puesto de combate; actuó en política como diputado y como ministro; y en 1857, en medio de una ardiente contienda electoral, que dirigía, fué violentamente desterrado á esta ciudad, donde permaneció hasta su fallecimiento, velado siempre su rostro por la sombra de tristeza que dejó en él su primer desencanto.

Transcurrió así en el destierro la mayor parte de su vida, pero durante ese largo y pesado tiempo, nunca fué indiferente á los infortunios de su patria, ni á los sucesos políticos que en ella se desarrollaron.

En todas las situaciones difíciles que se produjeron, no faltó una palabra suya, de aliento ó de consejo, estimulando á sus conciudadanos á mantenerse fieles á la sana doctrina que había enseñado y sancionado con su ejemplo.

Verdad es que su palabra austera no fué siempre bien apreciada, y que se tergiversaron ó calumniaron muchos de sus conceptos más patrióticos y sinceros; y es oportuno levantar esos cargos injustos en el solemne momento en que se repatrian sus restos.

La idea que emitió un día, al correr de la pluma, en artículos de periódico, acerca de la creación de una confederación de Estados libres en el Plata, fué tomada por algunos como una ofensa á nuestra soberanía nacional, ó como prueba de desapego para con la patria nativa.

¡Y cuán distante estaba el doctor Gómez de pensar así, de abrigar tan abominables propósitos

La confederación de Estados Unidos del Plata, con que soñaba, respondía á una idea que ya había surgido también en otras cabezas de pensadores ilustres. Con ella creyóse que se constituiría una extensa y poderosa República que, afirmando en el continente Sudamericano el predominio de la raza latina, opondría insalvable valla á las tendencias de expansión territorial que acarician de mucho tiempo atrás algunas potencias europeas y aún no han abandonado.

¿Fué una concepción previsorá de estadista ó simple fantasía de poeta?

Problema tan delicado, no puede dilucidarse, como se inició, con el lenguaje de la polémica, que es siempre hiriente, ni alcanza á resolverlo el solo empeño de un publicista.

La independéncia de las naciones, ya sean pequeñas ó grandes las agrupaciones que las formen, no se produce por el capricho inconsciente de las masas, ni se perpetúa en los tiempos por la sola voluntad de sus caudillos.

Es efecto de causas complejas, la resultante de esfuerzos y tendencias latentes que se van abriendo paso á través de las generaciones que se suceden, la solución inevitable que se impone en un momento dado, á despecho de los que intenten contenerla ó contrariarla.

La de ese pedazo de tierra querida donde hemos nacido, surgió del choque rudo de las armas en las batallas libradas contra el imperio que quería mantenerlo uncido á su corona, y las provincias argentinas que denonadadamente corrieron en su auxilio para libertar con su sacrificio y su sangre á la hermana esclavizada.

Sirvió entonces para cerrar el abismo que se abría entre dos naciones limítrofes.

Más tarde, aun sin haberse podido constituir con estabilidad, en plena lucha para organizarse, destrozada por los partidos políticos, el estrecho recinto de su capital histórica sirvió de baluarte inexpugnable para la defensa y salvación de

las libertades en el Río de la Plata; y hoy, á pesar de no haber alcanzado todavía el perfeccionamiento institucional que satisfaga la noble aspiración de todos sus hijos, es, sin embargo, prenda segura de paz y de equilibrio en el continente Sudamericano, no por su fuerza ó su poder, pero sí por su posición geográfica y el valor legendario de sus huestes.

Pero ya sea que se aprecie en uno ú otro sentido, la verdad es que en forma alguna tuvo nunca el doctor Gómez el propósito de herir nuestra susceptibilidad nacional, ni el de desconocer la autonomía del Estado uruguayo.

Nunca habría él consentido una absorción humillante como la que se produjo contra la voluntad de los orientales con la denominación de Provincia Cisplatina, ni tampoco una anexión deprimente.

Si soñó con una gran confederación de Estados en el Plata, hay que reconocer con lealtad, que en ese sueño, con patriótica fruición, se complacía en ver á su patria nativa engrandecida, ocupando el puesto culminante que tenía que corresponderle, ya por su posición geográfica, ya por la ubicación de sus puertos naturales fácilmente adaptables para la defensa del Estuario y dar amplia acogida al comercio marítimo.

La ciudad de Montevideo habría sido la más indicada para la capital nacional, como indirectamente lo insinuó el general Artigas en las instrucciones que dió á los diputados elegidos para representar á la provincia del Uruguay en el Congreso Constituyente del año 13, en el que no fueron admitidos.

Tampoco es cierto que en el corazón del doctor Gómez se debilitaron durante su alejamiento los vínculos sagrados que lo unían á su patria, ni que por eso se resistiera á regresar á ella, como no lo es tampoco que hubiera perdido la fe en la grandiosidad de su destino.

En apoyo de estas afirmaciones que hago, y he podido corroborar por mí mismo durante la intimidad con que me distinguió el doctor Gómez, podría citar muchas de las expansiones que en tal sentido consignó en cartas políticas dirigidas á correligionarios ó amigos; pero para no abusar de la bene-

volencia con que se me escucha, me limitaré á transcribir lo que expresó en dos de ellas.

Contestando en una á un alto funcionario público, que lo invitaba á volver á la patria, le decía:

«El consejo de usted de regresar á la patria, responde á uno de los más ardientes deseos de mi vida, que he expresado al señor Silveyra, como á muchos de nuestros compatriotas. Pero no me sería dado vivir tranquilo sino en una situación en que la dignidad del hombre no tuviese motivos para rebelarse contra los medios imperantes, *y comprendiendo que el estado de nuestro país no soporta agitaciones extrañas, antes que contribuir á producirlas, prefiero verme privado de los halagos de la patria.*»

En otra, haciendo referencia á una feliz ocurrencia que en esos días había tenido un notable publicista argentino, en conversación de amigos, al decir: «que era lástima que la virgen libertad no hubiera encontrado todavía en América el pueblo viril que debía fecundarla y hacerla dar preciosos frutos,» agregaba el doctor Gómez:

«En mi orgullo de aldeano, tengo para mis adentros, que ese pueblo oriental, encerrado en el estrecho límite de una pequeña República, escasa de habitantes, y azotada por las rudas tormentas, está llamada á grandes hechos, y á grandes resultados, y tiene en sus músculos de acero y en sus nervios electrizados, la virilidad necesaria para fecundar á la virgen libertad, y llenar la esperanza de mi viejo amigo de colegio.

«Todo apostolado, toda prédica, todo trabajo que tienda á debilitar su carácter, á amenguar su vigor y su energía, y á destemplan los resortes de su índole y de su genio, me parece, por consiguiente, una traición á sus destinos, una defecación del patriotismo, una cobardía del corazón.

«Por el contrario, todo esfuerzo para conservar y robustecer el tono homérico de su fibra, lo saludo como bien venido, como á un presentimiento de la tierra prometida que señala su camino.»

El doctor Gómez condenó siempre la mentira con sentida indignación y rindió culto á la verdad.

Nadie tiene el derecho de poner en duda la sinceridad de las manifestaciones que hizo así, espontáneamente, en documentos meditados, dando expansión á los sentimientos patrióticos que lo alentaban en su esforzado alejamiento de la patria.

Fué leal con ésta, y consecuente con los deberes y sacrificios que la ciudadanía impone. — Y porque lo fué y quiso serlo, nunca aceptó fuera de su país cargos públicos que le hubieran exigido un cambio de nacionalidad. — Mantuvo deliberadamente su carácter de uruguayo y de emigrado, con dignidad y altura, — despreció riquezas y posiciones que procediendo de otro modo, fácilmente habría alcanzado, — y prefirió afrontar con su trabajo profesional las duras exigencias de cada día, en la lucha por la vida; — después de una larga y brillante figuración política como publicista, en tres repúblicas, murió pobre, en edad avanzada, en el modesto retiro en que plantó por última vez su tienda de proscrito, sin más halagos para su corazón que los dulces consuelos que encontró siempre en el cariño inagotable de su hija, y en el afecto sincero de sus amigos.

Pero, al fin, señores, ha llegado el día de la repatriación anhelada, y con ella el de la merecida apoteosis con que se enaltece ante propios y extraños una de nuestras personalidades más culminantes, concurriendo á ese acto justiciero, por iniciativa de la asociación de jóvenes que forman el Club «Vida Nueva», los hombres más espectables de la sociedad uruguaya, sin distinción de partidos políticos, las instituciones científicas y literarias más caracterizadas, bajo los auspicios del gobierno y demás poderes públicos de nuestro país, y con la adhesión del pueblo y de las autoridades argentinas.

Señores delegados uruguayos: En nombre de la digna hija del doctor Juan Carlos Gómez, señora Elisa Gómez de Livingston, y como ejecutor testamentario, tengo la honra de entregaros en este solemne momento el féretro que guarda sus cenizas, después de un largo y provisorio descanso en esta

hospitalaria tierra argentina, que él amó tanto como á la suya propia.

Si un gobernante arbitrario arrojó violentamente de su país al tribuno y al publicista altivo, cuya varonil cabeza no pudo doblegar, las generaciones que se han sucedido abren hoy con mano generosa, las puertas de la patria á sus restos mortales, y un surco en la tierra natal para que alcancen allí el sueño eterno, «y puestos en contacto con aquélla, entren sin tardanza en la vida universal, cumpliéndose las leyes de la naturaleza,» como lo deseó el doctor Gómez.

¡Quiera el cielo, señores, que ellos sean una nueva prenda de confraternidad y de concordia entre argentinos y orientales, en los días felices como en las horas de infortunio, en la vida y en la muerte!

DISCURSO DEL SEÑOR ALBERTO ZORRILLA, PRESIDENTE DEL
CLUB «VIDA NUEVA»

Señores:

La circunstancia de ejercer la presidencia del Club «Vida Nueva», bajo cuyos auspicios morales se restituyen al suelo de la patria los restos del eminente repúblico Juan Carlos Gómez, me impone el grato deber de expresar en esta solemne ceremonia cuán grande y sincera es la gratitud del pueblo uruguayo hacia el pueblo argentino, que ha sabido velar por tantos años con admiración y profundo respeto, la tumba que ha guardado los despojos del «marmóreo prócer», según la frase bellísima del épico cantor de nuestra leyenda nacional, y cuya personalidad histórica se mantiene luminosa, á pesar de su complejidad y de lo accidentada que fué su larga vida pública en las épocas brumosas en que le cupo actuar con la lucidez y atracción seductora de sus singulares y brillantes cualidades.

Es á esa personalidad, que fué luz guiadora en las borrascas de nuestra turbulenta democracia, que, si no dominó, le señalaba con las concepciones de su espíritu vidente lo funesto

que serían para las sociedades políticas en formación, las desviaciones de los principios de la moral, de la virtud cívica y del régimen republicano; es á esa personalidad, repito, que tuvo la «estatura de las grandes cosas», como decía Víctor Hugo de los hombres superiores, á la que rinden homenaje reverente su pueblo, los Poderes de la nación uruguaya, instituciones políticas y literarias, individualidades representativas y la juventud ilustrada de su país, los que han delegado en los compatriotas aquí presentes, la alta y honrosa misión de recoger de la hospitalaria tierra argentina, los despojos de Juan Carlos Gómez, para conducirlos hasta la que es la suya,



ALBERTO ZORRILLA PRONUNCIANDO SU DISCURSO

con los honores, con la suntuosa solemnidad á que son merecedores aquellos que él otrora animara con las vibraciones intensivas de su cerebro poderoso.

Más felices que el proscripto agitador francés, que al trasladarse de Bélgica el cadáver de su caudillo exclamaba al transponer la frontera extranjera y arrojar un puñado de tierra sobre su féretro: «tierra de la patria, mi general», somos nosotros, que consideramos que la tierra argentina, por comunidad de vínculos históricos, es nuestra sincera amiga, y que, por lo tanto, al transponer sus fronteras los despojos del gran caudillo de ideas, no debemos imitar la acción piadosa del desterrado aludido, porque Juan Carlos Gómez empezó el eterno sueño de la muerte reclinando su cabeza pensadora en este suelo, que amó con verdadero afecto, y desde el cual conduciremos sus restos mortales al de su nacimiento, en donde sus conciudadanos le tributarán un justiciero homenaje póstumo que, por su

espontaneidad y, sobre todo, por lo que éste significa como demostración nacional, será la esplendente glorificación de las virtudes y esclarecidos talentos de Juan Carlos Gómez, el recuerdo de los cuales aun perdura y se agiganta en el concepto de tres naciones americanas, donde su figuración fué prominentemente entre los hombres de elevado nivel intelectual y selecta cultura literaria.

En estas piadosas ceremonias no cabe hacer la psicología del ser interno, aunque se imponga la semblanza, á grandes rasgos, de las cualidades intrínsecas que le dieron originalidad y relieve propios, y por mi parte juzgo que sería incurrir en una ligereza inexcusable analizar en este acto su personalidad, de fases complejas, cuyo análisis requiere la meditación serena y fría imparcialidad del crítico que la rehaga, con sus errores y virtudes, sus caídas y sus éxitos; y mucho más exige ese profundo estudio, la agitada actuación de Juan Carlos Gómez, que fué polemista ardiente, de tersa y elegante frase, político inflexible, enamorado romántico de los ideales de la revolución filosófica y literaria de 1830, y opulento soñador á veces de magnificencias intangibles.

Y es á la memoria de ese grande y eminente intelectual, que esparcía ideas, delineaba rumbos y en sus nervosismos patrióticos, como Florencio Varela, otro espíritu superior de afinidades congéneres, flagelaba con intrepidez cívica indomable á los tiranos, á los políticos utilitarios y adocenados, al vicio y á la inmoralidad; es á ese ático publicista, que tenía en sus críticas amargas de Catón, en sus idealidades de apóstol concepciones hegelianas, cuya escuela filosófica era su predilecta; es al ciudadano abnegado y probo y al liberal de convicciones inalterables, al poeta, que, en sus visiones de grandeza, de tolerancia y de ventura para la patria, entona un himno inmortal á la Libertad, cuyas rítmicas estrofas las repiten con entusiasmo varonil las generaciones universitarias de su país; es al tribuno de elocuencia vergnoniana á quien el Club «Vida Nueva» y la juventud del Uruguay quieren levantar como un símbolo de esperanzas futuras para los que ven en la resurrección de sus ponderadas virtudes una tendencia reaccionaria contra la prepotencia de entidades anacrónicas, que

las subversiones institucionales suelen erigirlas en árbitros poderosos y temidos en las caóticas democracias de los pueblos americanos.

Yo sé, señores, que infligimos al cariño acendrado de los deudos de Juan Carlos Gómez y á los sentimientos altruistas de la sociedad argentina, á la cual vinculó una parte de su vida «el último gentleman», como lo llamara Lucio López, dolores comprimidos por el convencimiento de que los restos del ilustre desterrado deben restituirse á la tierra de la patria que ansiosa los reclama, y es por eso, señores, que, al recibirlos en nombre de la Comisión Directiva del Club «Vida Nueva» para trasladarlos al Panteón Nacional, expreso de nuevo la gratitud inmensa que sienten por la hidalguía de este país mis compatriotas, que no tiene la envidiable dicha de venerar con admiración indiscutida una personalidad consular como la de Bartolomé Mitre, cuyos prestigios intelectuales se han extendido por la América latina con la resonancia del libro histórico y los éxitos de su talento de experimentado estadista.

Pero en cambio debéis quedar persuadidos, señores, de que los despojos de Juan Carlos Gómez arrancados al cariño filial y al efecto público argentino serán motivo de la apoteosis que le ha preparado la nobleza ingénita de su pueblo, que está seguro de la grandeza de su porvenir por la potencialidad de su capacidad económica, por la importancia cada día creciente de sus riquezas comerciales, por su prodigiosa situación geográfica en el Río de la Plata y por sus anhelos evolutivos en la política, la ciencia y la literatura, y el que, no obstante las agitaciones de su temperamento pasional, revelador de las cualidades hereditarias de su raza, es suficientemente grande é inteligente para ponerse arriba de los prejuicios y abrir su corazón para recibir con respeto los restos de un compatriota ilustre que fué un ateniense de la época de Pericles en la cultura de la forma y aticismo del estilo, un apóstol del pórtico de la época de Zenón por la rigidez de su postulado filosófico y un girondino con impetuosidades dantonianas por la abnegación cívica con que amaba la libertad y la justicia, pero jamás hubiera sido un robesperiano, porque su alma nítida como

un beso de la inocencia, habríase resistido á triunfar valiéndose del arte de la simulación ó de las argucias convencionales de la mentira.

DISCURSO DEL DOCTOR JOSÉ SALGADO

Delegado del Ateneo de Montevideo

Señores:



DOCTOR JOSÉ SALGADO

Cuando hace ya algunos años los restos mortales del doctor Juan Carlos Gómez fueron depositados en el seno de esta noble tierra argentina, entre las lágrimas y congostas de todo un pueblo, los oradores orientales que estremecieron este recinto con los ecos del gran dolor de la patria, manifestaron que los restos del doctor Gómez quedaban por el momento aquí hasta que la gratitud y la admiración de sus compatriotas los llevaran á dormir el sueño de la muerte en aquella tierra querida, que fué la suya como es la nuestra, y que él amó con todos sus entusiasmos de estadista y con todos los deliciosos arrebatos de su alma de soñador y de poeta.

Hoy venimos en nombre del pueblo uruguayo á cumplir con esa deuda sagrada.

Y no trasladamos los restos del doctor Gómez porque aquí descansaran en tierra extraña. No. Si todo es igual en vuestra patria y la nuestra: los mismos nombres gloriosos fulguran en nuestros anales, el mismo azul ostentan nuestros cielos, iguales colores lucen en las banderas, la misma brisa susurra entre las flores, iguales ideas brotan del cerebro y los mismos sentimientos hacen palpitar el corazón.

Los llevamos porque había nacido allá, porque nunca dejó de ser uruguayo, porque hablaba con unción de nuestra patria llamándola su madre, porque, como él mismo decía, no la abandonó en sus horas de tribulaciones, sufrió su mala for-

tuna, corrió sus tempestades y zozobró en sus naufragios, hasta encontrarse en la playa solo, aterido y desnudo!

Por eso lo llevamos para tenerlo allí, junto á nosotros, en el regazo de la patria que se enorgullece de proclamarlo uno de sus hijos predilectos.

Bien merece, señores, la memoria del doctor Juan Carlos Gómez el homenaje que hoy le tributan tres Repúblicas americanas.

Nacido el año 1820, que él proclamó el año de las montañas y de las independencias, puso su gran talento y su noble corazón al servicio de la libertad, luchando por esa engendradora de sus ensueños con todo el entusiasmo de un cruzado y con toda la clarovidencia de los elegidos.

Historiando su actuación de publicista en Chile, escribía el doctor Gómez á Olegario V. Andrade estas palabras, que pueden considerarse como el lema de su escudo de luchador: «Amaba la libertad para Chile como la amaba para el Río de la Plata y para el mundo entero. La servía allí, como la serviré hasta el último aliento en cualquier latitud á que me arrojen los sucesos.»

El doctor Gómez perteneció á la más notable generación del Río de la Plata, la que, después de alcanzada la independencia, con las arengas de sus tribunos, con la pluma de sus estadistas, con las imprecaciones que brotaron de las liras de sus poetas, consiguió evitar que medio continente fuera la víctima inmolada á los furores de la anarquía, de la demagogia y de la barbarie.

Generación que tronó por boca de Mármol para fulminar al tirano con los más viriles apóstrofes; que tuvo en Olegario V. Andrade al profeta anunciador del porvenir de nuestra raza y al sublime viajero de las cumbres que adivinó el origen de la febril inquietud del «viejo morador de la montaña»; que nos dió en el doctor don Manuel Herrera y Obes al estadista de grandes inspiraciones que labró el pedestal eterno de su estatua con la célebre fórmula de *no hay vencidos ni vencedores*; que forjó al talentoso investigador de nuestra historia en el doctor don Andrés Lamas; que mostró en Sarmiento admira-

blemente reunidos al genio de acción y al genio de ideas, y que encarnó en el general Mitre, el más puro civismo y los más altos ideales; en Mitre, que aun vive indicando á su patria el camino esplendoroso de sus progresos y siendo la admiración de sus compatriotas y la gloria de nuestra América.

Junto á esos videntes luchó con brillo Juan Carlos Gómez, arrojando á las tierras devastadas por el paso de la anarquía y de las montoneras la siembra de donde debían surgir con el tiempo, en espléndida floración, el respeto á la ley, la consagración de los principios y el culto del derecho.

Sus errores de publicista se atenúan si se tiene en cuenta que, como se ha dicho de Lamartine, fué poeta antes que todo, y que en él el poeta venció algunas veces al político y al hombre de Estado.

Señores: En nombre del Ateneo de Montevideo rindo tributo á los restos del doctor Juan Carlos Gómez, que murió feliz un 25 de Mayo sintiendo llegar hasta su lecho de muerte los tibios rayos del sol de la revolución, y que vuelve á la patria el 8 de Octubre, aniversario del término de la más cruenta de sus luchas, unidos así los dos actos por la majestad y los fulgores radiantes de dos glorias.

DISCURSO DEL DOCTOR JUAN A. GOL FARINI

Presidente del Club Oriental de Buenos Aires

Señores:

Es indudable que asistimos á una época en que el sentimiento de la fraternidad prima sobre toda consideración de política militante, ya que nos encontramos reunidos en este acto numerosos orientales de distinto credo partidario, para realizar esta justiciera consagración póstuma de Juan Carlos Gómez, luchador incansable por sus ideales, que la fama difundió por los ámbitos de la América como el exponente de un talento selecto y de un carácter que hicieron inquebrantable la fe en el porvenir de estos pueblos y la esperanza de próximos días de ventura, que él no llegó á alcanzar.

Juan Carlos Gómez fué el más ilustre representante de aquella generación de románticos pensadores que templaban sus armas de combate al ritmo de sus caballerescas justas; y cualquiera fuera la forma de exposición de sus ideas, se revelaban la potencia de su privilegiado talento y la exquisitez de sus sentimientos.

Poeta de armonía seductora, tribuno de cálida expresión, escritor correcto y profundo, — á veces tranquilo doctrinario y á veces vehemente polemista, — reunió todos los prestigios de aquella memorable época cuyos esplendores geniales se imponen al espíritu, sobreponiéndose á las momentáneas exigencias de la actualidad.

No he de ser yo quien juzgue la obra de Juan Carlos Gómez, porque es tan grande y compleja, que requiere cualidades de inteligencia é ilustración que no poseo; pero de mí sé decir que siento verdadero orgullo de que sus ojos hayan visto la luz primera en aquella tierra oriental que guardará con amor sus restos mortales, ofreciendo eterno asilo en la muerte á quien en vida mantuvo en constante peregrinación.

En nombre del Club Oriental, del que fué uno de sus iniciadores y su primer presidente electo, cumplo con el patriótico deber de deshojar sobre los restos mortales de Juan Carlos Gómez las flores del recuerdo y la admiración de los que fueron sus consocios! — He dicho.

DISCURSO DEL DOCTOR CARLOS VEGA BELGRANO

Director de *El Tiempo* y delegado del Círculo de la Prensa

Señores:

Escucho con recogimiento sobrenatural: quiero oír de nuevo la voz desconsolada, amorosa, grave, y á las veces colérica, de Juan Carlos Gómez; quiero percibir una vez más su discurso humano, que inflama la libertad, le presta trascendencia el pensamiento del derecho y su magnificencia la visión del progreso social.

Miro su féretro en el mismo estado de alma; quiero vol-

ver á contemplar sus ojos, que, por lo claros, tenían la expresión de los que en mármol la posteridad esculpirá algún día y estaban bañados en la luz mortecina que sobrevive á los grandes ideales irrealizados; seguir quiero, como en mi juventud, las amplias y elevadas líneas de su frente, las arrugas de su tez entibiadas por tonos ambarinos, su paso señorial.

Pero todo es en vano: al conjuro de las potencias de mi ser, nada oigo, nada percibo, nada contemplo de su figura terrenal.

Entonces ¿se extinguió para siempre aquel hombre que fué prez de su tiempo?

No, señores.

Vive en sus versos que, si no son ornados engarces, los levantan siempre nobilísimos pensamientos y el dolor les da toda su melopea; vive en su prosa clara, de movimiento, ya ledó, ora agitado, siempre medurado, que nunca perdía del todo sus amplios pliegues, para hablar como un griego del tiempo de Pericles, — en su prosa, que es polémica intrépida, crítica aguda, apología de los grandes ciudadanos por el rasgo moral, que diría Renán, y sinfonía de los ideales de la civilización; en su prosa, señores, de emoción llena, que la imaginación colora, el pensamiento fortifica, y la honestidad le otorga una gran finalidad moral; pero vive sobre todo por sus acciones, que fueron buenas; y para la República Argentina vive y vivirá siempre por el espectáculo que la ofreciera en los días que pasara dentro de sus límites — el de un emigrado que sobrelleva su triste destino con dignidad; que pudo decir al presidente Mitre, en una célebre polémica:

« Yo no era argentino, ni soldado argentino, y he estado en sus más rudos sucesos, corriendo la buena ó mala suerte de mis compañeros; como *simple voluntario ó aficionado, nunca me he retirado del puesto que he tomado y tenido en las luchas, sino al otro día del triunfo de mis amigos ó de la paz ajustada por ellos;* » y estas otras palabras, que grabaremos en la estela que debemos colocar donde yacieron hasta estos momentos sus restos: *Trabajemos por que cese en*

todos nuestros estados y provincias el reinado de los caudillos irresponsables — Urquiza ó Tuboada — y de los gobiernillos de explotación y fraude, y por que sean efectivas en cada provincia la libertad y la soberanía; y el de una vida consagrada á la bondad, al afecto, á la moral, á las especulaciones de la inteligencia y á la cultura.

Por eso, en esta hora el alma argentina se lamenta y siente lo que nunca experimentara: ira por la República Oriental del Uruguay. Es que lo que nos arrebatáis, descendientes de los Treinta y Tres que no habéis degenerado, es un cadáver tutelar; es que arrancáis de nuestro seno restos familiares. Montevideo la bella los abrigará en breve al rumor de sus olas, bajo sus follajes de verde tan vivo, entre las lamentaciones de sus hermosas mujeres, que él tanto amó; pero su sombra, pero sus manes, no estarán allí, no.

¿Sabéis dónde, uruguayos y argentinos?

En esa región en que las aguas que bañan nuestros territorios, al decir de los navegantes, se dividen, para confundirse, y hacer que sus olas canten eternamente al unísono un himno á la humanidad, á la libertad y al derecho!

¡Adiós, Juan Carlos Gómez!

Recibid de mis labios, que se estremecieron de entusiasmo en los claustros de la Universidad de Buenos Aires, otrora, con una de vuestras oraciones, la despedida melancólica de los hombres del Círculo de la Prensa de la República, que os cuentan entre sus patronos y entre sus modelos!

DISCURSO DEL DOCTOR JUAN B. ROLLERI

Representante del Centro Republicano Italiano

Señores:

Hablo en nombre del Centro Republicano Italiano, cuyos miembros quisieron confiarme — á mí, argentino — el encargo de hacerme intérprete de sus ideas, porque profeso sus principios y porque, como á ellos, me son caras las glorias italianas.

Juan Carlos Gómez amó á Italia con vivo é intenso amor; fué gran admirador de José Mazzini, y se complacía, á la par de sus secuaces, en llamarlo Maestro; fué amigo y compañero de Garibaldi entre los muros de la Nueva Troya, en aquellas memorables luchas por la libertad, que es la más fresca página juvenil de la epopeya garibaldina, como la aurora es la más pura y fresca hora del día, cuyo nacimiento anuncia, prometiendo la alegría y los fulgores del pleno meridiano.

Cuando Juan Carlos Gómez, tribuno y publicista, combatía con ardor de apóstol, con entusiasmo de soldado seguro en su conciencia de hombre libre, creyente en los destinos infaltables de la democracia, con firme y verdadera fe, buscaba la compañía de los italianos que se habían educado en la escuela de Mazzini y en las filas de Garibaldi, y en los dos Grandes veneraban á los precursores y factores máximos de la redención de Italia, — y creían en el triunfo de su apostolado, de la fe republicana.

Francini, Pezzi y Leopoldo Rocchi, aquí presente, le fueron caros; y todas las veces que las asociaciones republicanas italianas, que aquellos valientes — ¡ah! también desaparecidos! — dirigían, se reunían para recordar las fechas de las glorias patrias, gustaban oír la ardiente, la fascinadora, la poderosa palabra del tribuno oriental, encendida en el fuego de comunes é idénticos principios.

Si yo supiese presentar el tipo del desinteresado apóstol de los principios de igualdad, fraternidad y libertad, diría que en Italia se llama Mazzini, Cattaneo, Saffi, Mario; en Francia, Michelet, Víctor Hugo, Quinet; en España, Castelar, y que en el Plata fué de una manera perfecta encarnado por Juan Carlos Gómez, y se llamó Moreno, Sarmiento, Rawson, Alberdi, Del Valle.

Grandes y nobles almas que el vigor de su fuerza consagran á la causa de la democracia, teniendo fe, á pesar de los desengaños, derisiones y calumnias, en su triunfo final.

No recordaré cómo vivió y sintió Gómez entre los italianos: me bastará decir que fué vicepresidente del Comité para el monumento á Mazzini; que presidió, teniendo como secretario

á Bartolito Mitre, el de la prensa, que, en 1882, tan grande é importante participación tomó en los funerales civiles de José Garibaldi, cuando tan intenso dolor produjo en ambas márgenes del Plata el anuncio de su muerte. — Su elocuente palabra, en 1860, al recibirse la noticia del desembarco en Marsala, en un imponente banquete popular dado por la Sociedad Unione e Benevolenza, al que asistían Mitre, Sarmiento, Elizalde, Costa, Gelly y Obes y Vélez Sarsfield, su palabra saludando las banderas de Venecia y de Roma, todavía separadas de la madre común, llegó á las más altas cimas de la elocuencia, penetró en todos los corazones, hizo verter lágrimas, y detrás suyo, por centenares y centenares, á los acordes del himno nacional argentino, del de Mamelli y de Garibaldi y de la Marsellesa, aquellos que festejaban la heroica empresa de los Mil, fueron á augurar el triunfo auspicioso de la redención total de Italia ante la blanca pirámide de Mayo, símbolo de redención y de libertad.

Gómez, en Montevideo, fué fútimo de Cuneo y de Anzani, y, por éstos iniciado, perteneció á la Joven Italia, y más tarde se inscribió en la «Associazione Universale Repubblicana», fundada por Mazzini. — La más antigua asociación italiana lo tuvo como socio honorario, y oyó su palabra llena de afecto por las glorias y memorias itálicas, cuando el 20 de Marzo de 1864 ella colocaba la primera piedra de su edificio y las bases de sus futuros progresos.

Aludiendo á los héroes de Italia, repetía en aquel discurso los versos del divino poeta, que nosotros podemos repetir para él:

. sempre mai
l'opre di voi e gli onorati nomi
con affezion retrassi ed ascoltai;

y terminaba así su discurso:

« Estamos en la lucha. Nosotros en América, como vosotros en Europa, podemos decir, con otro de vuestros grandes poetas, que perseguimos una Italia que nos huye y andamos rodando por los mares. *Italiam persequimur fugientem et volvitur unidis.*

— Pero hemos de pisar la tierra santa de esa prometida Italia, y como acaba de decirnoslo con su calurosa palabra nuestro secretario Pezzi, hemos de plantar en el Capitolio la bandera de la libertad del mundo. »

Sería largo evocar otros recuerdos y con ellos la imaginación pensadora, la palabra fulgente, el alma llena de amor por Italia de Juan Carlos Gómez, á cuya venerada, inolvidable memoria, hoy que, al llamado del *afectuoso grito* de la patria, él vuelve á cruzar el Río de la Plata, que une y unirá cada vez más las dos tierras hermanas que baña y fecunda, ambas no extrañas para el corazón italiano desde el principio de su vida de naciones libres, — no le debía faltar hoy nuestro saludo de republicanos, ya que él encarnó todas las virtudes del hombre republicano, y de los italianos, ya que todo lo que es italiano y pertenece por eso á la civilización, él tanto amó: idioma, historia, idea, y los hombres que, como los dos de quienes sobre todo fué admirador del pensamiento y de las obras, Mazzini y Garibaldi, y que representan las facces más fulgurantes del alma italiana, y el gran corazón de Italia, lleno de humanidad y de las más generosas palpitaciones.

En los nombres santos de República y de Italia acepta, ¡oh Juan Carlos Gómez! en el idioma que sonó dulce y gratamente á tu oído, por lo que fuiste y amaste, un reverente, afectuoso, reconocido saludo. — Que la nave, cuyo nombre recuerda una victoria de la independencia, lleve, ¡oh Carlos Gómez! tus cenizas á la tierra oriental, que fué tu cuna; que tu nueva tumba sea florecida por el afecto perenne y reverente de tus hermanos; pero que quede en esta augusta y silenciosa morada de la muerte, donde reposaste durante tantos años junto á otros buenos que fueron tus queridos compañeros de lucha y de esperanzas; que quede esculpida tu imagen, tu nombre, para recuerdo y enseñanza, como quedará inolvidado y envidiado en el corazón de los argentinos!

Pueda el nombre de Maipú — victoria de la Independencia — ser para tus hermanos el augurio de que — apaciguados los ánimos, libres é independientes de los prejuicios del pasado y unidos en una sola aspiración, como hijos de una sola y bella

patria, el Uruguay, y como miembros de la gran familia del Plata — echarán las bases de una era nueva, en que se harán carne los ideales de libertad, de fraternidad y de igualdad, que fueron sagrados para ti.

Vale o Gian Carlo Gómez!

Iba á terminar la ceremonia en el Cementerio, cuando don Rufino Varela, muy impresionado, pronunció algunas palabras, recordando la vieja amistad que lo ligaba con el doctor Gómez el antiguo redactor de *Tribuna*, de cuya redacción ya nadie existía. «Fuí depositario de muchas intimidades del doctor Gómez, dijo, y recuerdo que un día, antes de acudir á un duelo, me entregó como expresión de su última voluntad, los siguientes versos, que quedaron siempre grabados en mi memoria:

Te asusta mi existencia, el mar en que navego,
La tempestad continua que agita mi bajel,
Y elevas por mi vida desconsolado ruego,
Perdida la esperanza de que me salve en él.
No temas, tierna amiga; dentro del pecho siento
Mi corazón entero más alto que esa mar,
Y aunque la barca es frágil, la vela ciño al viento
Y, en el timón batido, la mano firme va.
Si el huracán arrecia y aligerar el leño
Me es fuerza á cada instante para poder bogar,
Iré arrojando al agua, ya una ambición, un sueño,
Una afección querida, una esperanza más.
Y he de llegar al puerto, he de pisar la orilla,
Al templo de la patria he de llevar honor,
¿Qué importa que en la playa deje la rota quilla,
Si llevo á sus altares la vela y el timón?

Los restos fueron conducidos en un lujoso convoy de la casa de Volpi hnos., cubierto de coronas enviadas por la hija, señora Elisa G. de Livingston, *El Mercurio* de Chile, Magdalena Villegas de Martínez, y otras.

EN MARCHA

El coche fúnebre, tirado por seis caballos, seguido de un gran número de carruajes, siguió por la Avenida República



CARROZA FÚNEBRE AL EMPRENDER LA MARCHA EL CORTEJO

hasta Callao, para tomar Santa Fe hasta Florida, y de ésta á Rivadavia y Paseo Colón, hasta la dársena Sur.

EN LA DÁRSENA

Antes de trasladar los restos á bordo de la « Maipú », el doctor José Pedro Ramírez, senador uruguayo, pronunció el siguiente discurso, que explica la actuación y las ideas que profesó el doctor Gómez:

DISCURSO DEL DOCTOR JOSÉ P. RAMÍREZ

Señores:

Acabamos de recibir, de tierra argentina, las cenizas para nosotros tan queridas de Juan Carlos Gómez, nuestro gran tribuno, y en cambio entregaremos mañana, ó cualquier día, las de Esteban Echeverría, vuestro gran poeta, ó de cualquier otro de vuestros grandes próceres, que terminaron su existencia en

la proscripción durante la larga noche de la tiranía en el suelo de nuestra patria, canje piadoso de gloriosos despojos mortales que aviva y fortifica una solidaridad histórica y gloriosa, que ha de perdurar por los siglos de los siglos, y que ha de traducirse, en tiempo no lejano, en frutos de bendición para la América y para el mundo.

Los cruzados de la idea y de la acción no conocían fronteras cuando se incubaba la emancipación de estos pueblos, y se luchaba por emanciparlos para realizar los grandes ideales de la democracia, abriendo nuevos horizontes de paz y libertad para los hombres de todas las latitudes de la tierra que gemían bajo la opresión de las instituciones exóticas de las viejas civilizaciones.

Á Juan Carlos Gómez deslumbraba, sin duda, el brillo de las glorias argentinas, revestidas de todas la grandeza del Océano, la tumba de Moreno, y de la majestad de los Andes, que incrustaban en su pupila la visión de San Martín sobre la cumbre helada, trazando con su fúlgida espada el derrotero de Ayacucho, en que había de sellarse definitivamente la inmortal victoria; y tenía otra visión, más clara, más sugere, más en armonía con su alma soñadora, sencillamente profética: la de que de allí mismo, sobre la cumbre helada, donde San Martín trazara el itinerario de la gloria, había de levantarse con los albores del nuevo siglo la imagen del Cristo Redentor enseñando al mundo la gran nación del porvenir, y demostrando cómo se realizaron las visiones apocalípticas del poeta y del apóstol.

Pero conste, señores, que si por sus ideales y sus ensueños y por sus vastas concepciones de una patria común, nuestro ilustre muerto os pertenece en cierto modo y ha reposado bien durante un cuarto de siglo en tierra argentina y bajo su gloriosa bandera, es nuestro por las vinculaciones del amor y de los infortunios que compartió con nosotros en las horas amargas de la



DOCTOR JOSÉ P. RAMÍREZ

adversidad, y sobre todo por la abnegación con que inmoló sus idealidades y sus ensueños en aras del sentimiento nacional, ante el cual concluía siempre por inclinarse reverente y magnánimo.

En los ensueños utópicos de una patria grande, de renombre y de gloria, solía decirnos, es verdad, que la patria no es el terruño, y que debíamos buscar más aire, más luz, más bienestar, más dilatadas fronteras; pero cuando dejaba hablar su corazón, sentía, como nosotros, que la patria es y no es el terruño; que la patria es el suelo, sin que importe que sus fronteras sean estrechas como las de mi patria ó las de Suiza, ó dilatadas como las de Rusia ó Alemania; que la patria es la luz, el aire, la justicia, el derecho, la libertad, conjunto indefinible de sentimientos misteriosos, un culto de amor, con todo el ardor, con todas las supersticiones, con todo el fanatismo de una religión; y por eso, cuando se le acusaba cruelmente de traición á la patria, porque discutía los precedentes históricos de la nacionalidad con el criterio elevado del filósofo y del publicista, contestaba con la serenidad inalterable de su espíritu superior:

«Nací el año de las montoneras y de las independencias. El Estado Oriental era una provincia argentina: era, pues, ciudadano argentino. He podido optar por esa ciudadanía, y calcúlese el camino que habrían hecho mis ambiciones, si las hubiese abrigado, en ese vasto campo en que podía aspirar á la posición encumbrada y á la fortuna deslumbradora. Los hijos de los emigrados nacidos bajo la bandera oriental se han hecho declarar argentinos, y han sido diputados, senadores, ministros, y tal vez alguno llegue á la presidencia. Yo he preferido, á la tentación de la montaña, correr la suerte adversa de mi provincia natal, no abandonando á la madre en las horas de tribulación, sufriendo su mala fortuna, zozobrando en sus naufragios, hasta encontrarme en la playa solo y aterido... » Y cuando veía aproximarse el término de su vida, proscrito de su patria, que gobernaban y deshonoraban los dictadores de cuartel, escribía á uno de sus mejores amigos:

«Deben ustedes de vivir desesperados. Cuántas veces la nostal-

gia me ha tenido con el pie en el estribo para una corta excursión por la patria, que me aflige morir sin volver á verla, y he tenido que hacer un esfuerzo sobre mí mismo para no dejarme vencer por esa debilidad del corazón! Si está escrito que he de terminar mi vida sin volverla á verla, sépase, al menos, que no es por falta de amor á los seres y á las cosas que fueron el embeleso de mi juventud y son el más dulce recuerdo de mi solitaria vejez.»

He ahí el pergamino con que hemos actuado en esta jornada piadosa y justiciera los conciudadanos de Juan Carlos Gómez: he ahí la expresión inequívoca de su voluntad que hemos invocado para pedir y recoger sus restos mortales, que llevamos ufanos á reposar en tierra santa de la patria, para que evoquen el recuerdo é impongan el ejemplo de sus grandes virtudes cívicas y de su fe inquebrantable en los principios que inspiraron la revolución que incubó la independencia y la organización de las Repúblicas del Plata, dejando consignado una vez más el testimonio de nuestra gratitud al pueblo argentino por la hospitalidad que dispensó á nuestro gran conciudadano y por el homenaje póstumo que acaba de rendir á su memoria.

Á BORDO DE LA « MAIPÚ »

El comandante y la oficialidad del buque recibieron el ataúd y lo depositaron en la capilla ardiente levantada á popa. Una guardia de marineros permanecerá allí hasta la llegada á Montevideo.

Varios de los miembros de la Comisión uruguaya acompañarán hasta la vecina orilla los restos del doctor Gómez. En Montevideo se le tributarán, al tiempo de desembarcar, honores oficiales.

La « Maipú » salió á las 9 de la noche, y seguramente hará un penoso viaje, á causa de la tormenta que había en el río.

(*La Nación*)

Juan Carlos Gómez

REPATRIACIÓN DE SUS RESTOS. — EL ACTO DE HOY

Un movimiento de opinión prestigió en la República vecina la idea de repatriar los restos de este eminente ciudadano uruguayo, que vivió en Buenos Aires la mejor y la mayor parte de su vida, ilustrando el foro y las letras, colaborando en la prensa y ejerciendo eficaz influencia muchas veces en la marcha de las instituciones y de los gobiernos, con sus inspiraciones y sus consejos.

La idea de llevar á su tierra natal las cenizas del antiguo luchador, no es idea nueva: surgió en el acto de su muerte, ocurrida en esta capital, en día clásico, el 25 de Mayo de 1884, y eso que estaba entonces fresca todavía la tinta de los artículos en que había sostenido su quimera de restablecer la antigua unión de los pueblos del Plata: tendencia condenada por un sentimiento exagerado de patriotismo que se opone á que sus despojos descansen en el suelo de su nacimiento y de sus primeras y más grandes afecciones.

Se ha considerado siempre como un grande honor para un ciudadano, que también enaltece á las naciones, el hecho de que varias se disputen contarle entre los suyos. Ese lote le ha cabido á Juan Carlos Gómez, que ha gozado en su país natal, en Chile, donde residió algún tiempo, y en Buenos Aires, de las mayores simpatías y de la más marcada estimación pública.

Algunos de sus compatriotas se han negado á prestigiar la idea de reclamar sus despojos, en la errónea creencia de que, por el hecho de ser partidario de la patria grande, carecía de amor á la patria chica. Nada más falso que ese concepto, tratándose sobre todo de un hombre que afrontó todas las desventajas y no gozó ninguno de los beneficios que hubieran podido aportarle sus ideas en favor de la reunión de las antiguas Provincias del Plata.

La publicación poética que aparece hoy en la *Tribuna* pro-

bará además que Juan Carlos Gómez amó entrañablemente á su país nativo: sentimiento á que se conservó siempre fiel, hasta el momento de su muerte, no obstante la quimera que llevó á la tumba; quimera que, como decía Sarmiento, es alejada por la política y la historia, aunque sea llamada y acariciada por el corazón de los patriotas en ambos lados del río.

Como una curiosidad, publicamos á continuación dos poesías, casi desconocidas, del ilustre escritor uruguayo en cuyo homenaje póstumo se celebra hoy una hermosa fiesta.

AL MAR

Dedicado á José Mármol.

En el aire del mar el desgraciado
Va á respirar consuelos al dolor,
Y en el aire del mar el desterrado
Recuerdos de la patria y de su amor.

Mar que duermes arrullado
Por el aura de la noche,
Tan tranquilo, tan callado,
Tan exento de pesar,
¿Es que nada te amedrenta
De los golpes de la suerte,
Que no temes la tormenta,
Ni ese viento seco y fuerte
Que tu seno ha de agotar?
¿Ó es que tienes como el hombre
Un dormir para tu alma
Y esos éxtasis sin nombre
Y esa agitación sin calma
Del delirio y ansiedad?
Sí, tú vives una vida
Como un hombre, como un pueblo:
Ya brillante, ya florida,
Ya agitada, ya de horror,
Una vida de pasiones,

Con sus crímenes, sus glorias,
Sus brillantes ilusiones,
Y sus éxtasis de amor.
Unas veces tan tranquilo
Tu redonda espalda rizas,
Ya esmaltado pavimento
Ó ya piélago de luz,
Cuando al mismo sol obligas
Á mirarse en tus cristales.
Junto á nubes fugitivas
Y á los dombos celestiales
Robas el hermoso azul
Con turbias ondas veloces,
Después, las playas lamiendo,
Nueva vida, nuevos goces
Pareces querer buscar.
Besas el peñasco hueco,
Besas las algas marinas,
La arena, cuanto imaginas
Que pueda tener un eco
Para murmurarte amar.
Te muestras triste en la tarde
Cuando el sol nos abandona;
Como los hombres, cobarde,
No quieres la oscuridad.
El horizonte encendido
Refleja en ti sus colores,
Pero te alumbra dormido,
Soñando con los horrores
De la primer tempestad.
La luna luego riela
Tu faz empalideciendo,
Y mientras tu sueño vela,
Te va haciendo sonreír.
¡Qué bello, qué majestuoso
Entonces te me presentas,
En un profundo reposo,

Sin temor á las tormentas
Que te van á sacudir!
Esa senda diamantina
Que hace el brillo de la luna
Y que á mis plantas termina
Cual si yo fuese á cruzar,
Es la senda que á la entrada
Mira el joven de la vida:
Blanca, bella, nacarada;
Mas debajo está escondida
La amargura de la mar.

Mañana querrás el suelo
Tragar en tu frenesí,
Pero una voz desde el cielo
Tronará: mar, hasta aquí!

Cuando á bullir empiezan las pasiones
Del joven en el puro corazón,
Ávido de violentas sensaciones
Recorre de tus playas la extensión,
Porque domina su alma la tristeza
Y quiere su letargo sacudir,
Y busca en todas partes la belleza
Que su mente llegara á concebir.
En el bramar sublime de tus olas,
En el triste callar de tu dormir,
En tus costas estériles y solas,
Procura una ilusión á su vivir.
Fijo en tu movimiento convulsivo,
Colmado de deseos sin amor,
Cuántas veces derrama sin motivo
Lágrimas silenciosas de dolor!
Cuántas veces maldice su existencia
Antes de la desgracia conocer,
Y se le ve mirar con complacencia
El abismo que muestras á sus pies!

Tú le hablas entonces á su alma
Que sabe tu lenguaje comprender,
Y encuentra en sus delirios y en su calma
Consuelos á su vago padecer.
Tú hablas también al pensador profundo
Cuando al mirarte se levanta á Dios,
Cuando concede una mirada al mundo
Ó sigue al tiempo en su correr veloz.
Tú le recuerdas hombres que existieron,
Miriadas de sucesos que él no vió,
Que las generaciones transmitieron
Porque el mundo con ellos se llenó.
Tú abres ante Moisés, y pasa enjuto
El pueblo que á dudar fué de su Dios,
Y á una simple señal es tu tributo
La riqueza y poder de Faraón.
Llevaste hasta la tumba esas cruzadas
Que ultrajaban el nombre del Señor,
Y la cruz á enseñar, de sus espadas,
En dos mundos, á Gama y á Colón.
Colmado de sus nombres y sus guerras,
Quizá también el orbe abarcarás :
Inmensa sepultura, poco encierras,
Y una víctima inmensa buscarás ;
Pero no, que Dios dijo al patriarca
Cuando un mundo perverso castigó
Y todo el porvenir guardó en una arca :
« No más diluvio, lo prometo yo. »

Bordado de glorias, flamear altaero
Has visto ya el blanco y azul pabellón,
Y supo en sus lares el mundo extranjero
Que somos ya libres, que somos nación.
¡ Oh ! Siempre lo mires tan bello, tan puro,
Sin manchas que puedan tu sol empañar ;
Los odios pasados encubra el futuro,
Y alegre el Ibero lo mire en su hogar.

Si altiva quisiese la audacia extranjera
La ley á mi patria del fuerte imponer,
Si hostil pretendiese flamear su bandera,
Si un punto dudase que sabe vencer,
Subleva tus olas, arrójate, arruina
Y estrella en las rocas su vano poder;
Y obliga á esa Europa que á todos domina,
Que humilde á mi patria la bese los pies;
Y yo que á tu lado soñé la belleza,
Soñé la mentira, la gloria, el amor,
Iré á contemplarte, tan libre, tan bravo,
Tirar del cadáver de fiero opresor;
Sabré allí ser libre, jamás será esclavo
Quien goza admirando tu orgullo y valor!

EN UN ALBUM

Tengo del peregrino el santo voto,
La trabajosa vida, el fin incierto,
El viaje remoto,
El hambre y sed en árido desierto.
Cual él, á toda hora,
Pendiente de un cabello,
Está amenazadora
La cimitarra infiel sobre mi cuello!
Permite, pues, que un paria te bendiga,
Hija gentil de una querida amiga,
De mi inocente infancia compañera,
Deja que te bendiga y que te quiera.
Bella flor de mi patria desgraciada,
Por la sangre de mártires regada!

Juan Carlos Gómez.

(Tribuna.)

Nací en Montevideo a 25 de Julio de 1840.
mi madre Da Petronila Segunda Sierra me
dida hoy en este mismo lugar — mi padre
Don Antonio Candido Gomes da Silva resi-
de en Porto Alegre, Capital de la Provincia
de San Pedro, Rio Grande del Sud, del
Imperio del Brasil, y es Comisario Gene-
ral del Ejercito del mismo Imperio — e Pa-
siden en la misma Provincia mis herma-
nos José Candido Gomes da Silva, Luis Ban-
dido Gomes da Silva y Eduardo Candido Go-
mes da Silva —
e Abordo de la Escuela Elementaria a 24
de Abril de 1845.

Juan Carlos Gómez

EN MONTEVIDEO

REPATRIACIÓN DE LOS RESTOS DE JUAN CARLOS GÓMEZ

LA APOTEOSIS NACIONAL

LOS DISCURSOS

EL PUEBLO Y EL EJÉRCITO

EN MONTEVIDEO

REPRESENTACIÓN DE LOS SEÑORES DE SAN CARLOS Y SAN JUAN

DE MONTEVIDEO

LOS SEÑORES

DE SAN CARLOS Y SAN JUAN

Juan Carlos Gómez

LA APOTEOSIS

Como era de suponerse, asumió todas las proporciones de un gran acontecimiento nacional, el homenaje tributado por el pueblo á la memoria del esclarecido prócer Juan Carlos Gómez, con motivo de la traslación de sus restos al panteón de la patria, después de veinte años de reposo en suelo argentino.

La iniciativa del Club «Vida Nueva», á la cual se asociaron los Poderes públicos del país, la intelectualidad de Chile y el gobierno y pueblo argentinos, ha ofrecido una oportunidad propicia para la reivindicación histórica de la encumbrada personalidad del gran publicista que tan brillante figuración dió en toda América al intelecto de la República.

En seguida van todos los detalles del acto cívico:

ESPERANDO Á LA «MAIPÚ»

Un pequeño desperfecto que se produjo en la máquina de la «Maipú», en cuya reparación se emplearon algunas horas, retardó el viaje del ariete argentino, que debió llegar junto con el «Helios», y que sólo pudo anclar en el puerto después de mediodía, postergándose para la tarde, por esta causa, la ceremonia que debía realizarse á la mañana.

El numeroso público, y los distinguidos miembros de la Comi-



LA CONCURRENCIA Y MIEMBROS DE LA COMISIÓN NACIONAL EN EL MUELLE DE LA
ADUANA AL LLEGAR LA «MAIPÚ»

sión Nacional, compuesta de todos los partidos políticos, que desde las primeras horas concurrieron á los muelles, deseosos de concurrir al homenaje, volvieron, sin embargo, á la tarde, no desluciéndose, por lo tanto, en lo más mínimo, el brillo de la gran apoteosis.

LOS HONORES MILITARES

Las tropas se encontraban formadas, á la hora del desembarco, en las calles 25 de Mayo y Colón, apoyando la cabeza de la línea sobre la de 25 de Agosto.

Formaban ésta los batallones de infantería números 3.º, 4.º, 5.º y 6.º, y una batería de la artillería de campaña. Mandaba la línea el coronel don Segundo Bazzano, jefe del Estado Mayor del Ejército.

Una vez iniciada la marcha del cortejo, tomaron los cuerpos su respectiva colocación, efectuando el desfile hasta la

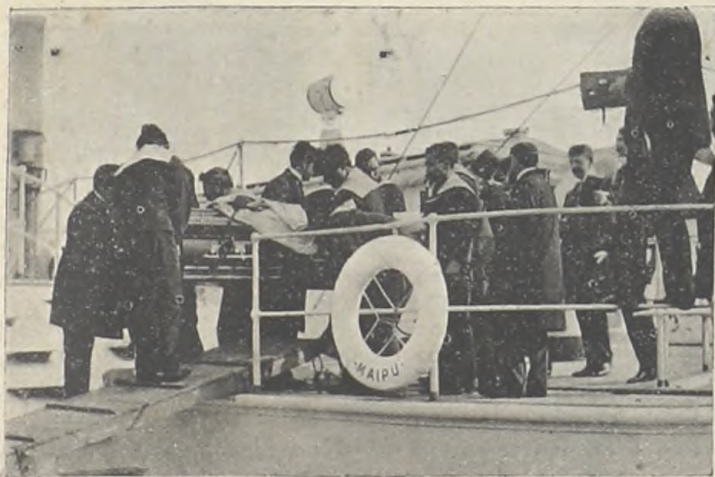
necrópolis por las calles 25 de Mayo, Juan Carlos Gómez, Sarandí, 18 de Julio y Yaguarón.

Ya en el Cementerio, pasó la artillería á los fondos de éste con frente al mar, ocupando la infantería la calle Estanzuela, en línea de batalla, desde cuyo punto se hicieron las descargas correspondientes.

Durante todo el desfile, fué objeto de favorables comentarios la corrección de todos los cuerpos que figuraban en la formación.

EL FÉRETRO EN EL MUELLE

Á las dos de la tarde, y con los honores de ordenanza, fué sacado el féretro de la cubierta de la « Maipú », atracada al muelle de la calle Maciel, y llevado entre la multitud, escoltado



TRASLADANDO DE LA « MAIPÚ » EL FÉRETRO AL MUELLE

por los cadetes de la Academia, hasta la explanada, donde debía pronunciar el doctor Zorrilla de San Martín su magnífico discurso.

Como el público se oprimiera en el afán de oír al orador,

dificultando la conducción del féretro, la policía á duras penas pudo despejar un poco el espacio, y en cuanto fué posible, el doctor Zorrilla subió á una mesa para decir:

DISCURSO DEL DOCTOR ZORRILLA DE SAN MARTÍN

Señores:

Tengo que ser la voz humana en que se prolongue por algún tiempo el largo sonido que acaba de producir la cabeza muerta de Juan Carlos Gómez al caer, por fin, para descansar, en el suelo de la patria; tengo que dar forma articulada á la



EL DOCTOR ZORRILLA DE SAN MARTÍN PRONUNCIANDO SU DISCURSO EN LA EXPLANADA DEL PUERTO, ANTE EL FÉRETRO DEL DOCTOR GÓMEZ

repercusión de ese choque conmovedor en el alma de todos mis conciudadanos; tengo, por consiguiente, que ajustar mi voz al diapason de una solemne armonía: á la que, poniendo el oído en ese féretro cerrado que nos agrupa en su torno, sube desde el puñado de polvo que en él está; á la que baja de ese cielo de la patria que nos envuelve á todos en su gloria azul; á la que brota de todos nuestros corazones, arrodillados ante la más augusta de las majestades de la tierra: ante la majestad de la muerte.

No vengo, sin embargo, señores, á llorar á un muerto: vengo á saludar á un inmortal; vengo á entonar el himno matinal

de la liturgia cívica, al abrir á ese muerto que regresa, las puertas de bronce del panteón en que la patria hospeda las cenizas memorables.

Aunque es mi voz la primera que, en los umbrales de su tierra, se dirige á ese hombre que duerme su aparente sueño, señores, no es mi misión la de pedirle las credenciales que lo acreditan ante la patria como enviado de la gloria; no es siquiera la de alegar ó proclamar sus títulos, como paso previo á su entrada triunfal en el panteón: esa sentencia está ya dictada y confirmada hace mucho tiempo. Yo no vengo á defender un derecho: vengo sólo á proclamar, en nombre del pueblo que me ha confiado su voz, un hecho inconmovible.

Las patrias, señores, se forman, más aún que del conjunto de sus hijos vivos, del de sus grandes hijos muertos; y es indudable que la nuestra, cuando ha sentido ó siente esa necesidad imperiosa que experimentan todos los pueblos de mostrar su abolengo y sus riquezas de gloria heredada, ha pronunciado y pronuncia, al lado de otros nombres luminosos, el nombre de Juan Carlos Gómez.

Bien lo recordamos, señores, los hombres de mi generación: el día en que él murió en su voluntario ostracismo, se hizo un largo silencio en nuestra tierra; hubo sensación de pánico y de vacío en muchas almas; pareció que, en aquel día, había menos luz en el cielo de la patria.

Y sin embargo, hacía ya mucho tiempo que Juan Carlos Gómez vivía lejos de éste su país natal; vivía pobre... tan pobre, que, según lo dijo Sarmiento al arrojar tierra argentina en su sepulcro, el pan era para él tan caro en sus últimos años, en medio á la prosperidad de Buenos Aires, como en 1846 en el destierro de Chile; tan pobre, que, según él mismo lo afirmaba, sólo conocía el valor de una onza de oro por el trabajo que le costaba el ganarla; vivía olvidado como hombre político: nadie contaba con él; su voz vigorosa de tribuno se había extinguido á lo lejos en una queja melancólica; se dijera que, de tiempo atrás, se sentía con sueño de morir; que su sangre se marchitaba en el árbol de su vida; que su corazón, que era tan grande, estaba muerto ya por algunas partes.

Pero vino la muerte, señores, la última, y quizás la única grande amiga de los grandes; vino la muerte, y, al dar su golpe en el corazón del luchador cansado, del prócer olvidado, produjo un extraño restallido, como si su maza hubiera dado sobre un escudo, como si su aliento gélido, al penetrar en las arterias exangües del prócer mudo, hubiera hecho sonar un largo toque de atención en un clarín invisible y sacro.

Se despertaron entonces los hombres y las memorias; se encendieron en el aire las estrofas casi olvidadas del bardo; se oyeron resonar sus antiguos gritos de combate; se animaron las frases melodiosas llenas de gérmenes que había sembrado por el viento; y, como si el fondo negro de la muerte nos revelara lo que estaba en primer término y que mirábamos sin ver, vimos proyectarse sobre ese fondo oscuro, como una aparición del pasado, una noble y pálida figura que nos miraba desde lo infinito con sus grandes ojos azules, inmóviles, llenos de pensamientos y de recuerdos. Todos reconocieron entonces en esa forma melancólica, envuelta en una clámide blanca y coronada de mirto, una de esas creaciones graúficas, perfecta y definitivamente modeladas por la historia, y hechas expresamente para ocupar el escabel y el doselete de piedra que les está reservado en los marmóreos intercolumnios del templo élvico; todos proclamaron al gran ciudadano.

Comenzó entonces, señores, la apoteosis que hoy termina. Sarmiento y Mitre, los viejos compañeros sobrevivientes, fueron al sepulcro á mostrar, en la frente helada del hermano, la herida no cicatrizada del ideal que le produjo la muerte; Lucio Vicente López llevó á aquella tumba el himno melodioso de la tradición paterna; el coro unísono, que es la voz sinfónica de la posteridad, hizo sonar vigorosos sus primeros acordes. Los orientales, señores, atravesamos entonces el Plata, que nos separaba de aquel sepulcro; pero es de hacer notar una circunstancia fundamental: no fuimos á él solamente á unir nuestra aclamación á la aclamación de los demás: fuimos, sin acuerdo previo, intuitivamente, á iniciar, en nombre de la patria, una reivindicación: la reivindicación de esos restos que están ahí, dentro de ese féretro cerrado. Todos nuestros oradores, sin una

sola excepción, sintieron instintivamente que esa era la misión tácita que recibieron de su patria. «Tierra argentina, dijo Herrero y Espinosa, guarda por breve tiempo las cenizas de nuestro gran compatriota.» «Huéspedes de la fraternal morada que os vió caer en su regazo, dijo Juan Carlos Blanco, os dejamos bajo la bandera de Mayo, y os decimos adiós hasta el suelo de la patria.» «Reclamo de la hija de Juan Carlos Gómez, decía José Pedro Ramírez, una promesa formal de consentir en que sus restos vayan un día á reposar al pie de los cipreses que plantaron sus mayores, recordándole que, consintiendo en ello, colmará los votos íntimos del alma de su padre.» «Manes de Juan Carlos Gómez, dijo Sienra Carranza, adiós, hasta el día de regreso á la patria y de las grandes reparaciones póstumas, que deben llevar á la tierra natal á toda personalidad que la enaltece, para que presida los tiempos de ventura que predijo la lira del poeta:

« Yo sé que vendrá un tiempo, para la patria mía,
De paz y de ventura, de gloria y de hermandad. »

«Todos nuestros representantes, señores, todos á una reclamaron de la patria argentina esos restos para la patria oriental; la buena patria argentina, la buena, la generosa hermana, no ha querido desconocer ese derecho del corazón de este pueblo: nos ha dado la llave del sepulcro que custodió piadosa hasta el momento en que se la pedimos; ha honrado una vez más la memoria del prócer uruguayo; ha besado por última vez sus despojos; y, como nueva prenda de amor y fraternidad, envueltos en su propia bandera, en la gloriosa bandera de Mayo, los ha puesto ella misma en nuestra tierra, ella misma los ha puesto en nuestras manos... ahí están.

Recojamos, señores, con veneración, ese patrio tesoro de las manos de nuestros hermanos; llevémoslo en triunfo á nuestra gran caja de caudales: á nuestro panteón nacional; no es necesario que separemos la bandera argentina, para colocar sobre ese féretro la oriental; no es la primera vez, ni puede ser la última, en que esos símbolos sagrados y soberanos se han estrechado en los momentos de gloria y de esperanza; recojamos,

señores, á nuestro muerto reivindicado; vamos á darle tierra uruguaya en que descanse . . . pero démosle ante todo, señores, démosle corazón uruguayo en que palpite.

Y bien pueden dárselo todos los orientales, señores; bien ha podido imprimirse, como se ha impreso, á esta repatriación, todo el carácter de una apoteosis nacional.

Esa figura, señores, esa forma melódica que había pasado del olvido y aun de la reprobación de muchos á la glorificación de todos con sólo morir; ese hombre cuyo espíritu fué tan discutido en vida, y cuyo cuerpo fué tan reclamado en muerte por personalidades discrepantes entre sí, debía tener un rasgo propio, común á todas ellas, superior á todas ellas, y de una energía tal, que se sobrepusiese á todos los otros rasgos que pudieran enajenarle voluntades ó proyectar sombras sobre su memoria. Dejaría de ser hombre superior, señores, si no hubiera sido objeto de contradicción: sólo los grandes corazones tienen derecho á los grandes infortunios; dejaría de ser montaña, si no tuviera sombras, ó si no las proyectase al recibir el sol de la inmortalidad sobre el hielo de su frente.

Ahora bien, señores; creo que mi misión en este momento consiste en descubrir, en la figura histórica de Juan Carlos Gómez, ese rasgo predominante é imperioso que distingue á los elegidos. Yo lo he visto, yo lo veo, señores, con inconfundible intensidad; y yo os lo presentaría en forma capaz de haceros palpar de respeto, y aun de amor, si yo fuera dueño de esas palabras que se estremecen, que son sustancia musical en sí mismas, que brotan de las entrañas y con las entrañas de las cosas y de las armoniosas ideas, y son la irradiación de su intensa claridad; yo os presentaría á Juan Carlos Gómez, tal cual se me ha aparecido al evocar su espíritu para animar con él esos despojos, como la encarnación del caballero de una idea, como el tipo del prócer honesto, del prócer honrado, que, enamorado de una estrella intangible que vió brillar á lo lejos en los albores grises de nuestra tempestuosa infancia política, caminó con los ojos fijos en ella, siempre empapados en su temblorosa claridad,

y sin mirar muchas veces la senda que pisaba, y en la que tropezaban y se desgarraban y se ensangrentaban sus pies; yo os lo presentaría como el hombre del ideal, de la fe en un principio, en un algo eterno, inmutable, superior á la voluntad del hombre; en un tipo de perfección para la patria, concebido por la razón en forma de idea, visto por la fantasía en forma de imagen, y amado por la voluntad en forma de pasión, y al cual el hombre bueno sacrifica su felicidad, su reposo, su vida, y, lo que es más que la vida, el respeto y la amistad de los contemporáneos.

En esos hombres, señores, se ama y se glorifica, no tanto el ideal subjetivo y concreto, del que podemos discrepar, cuanto la sinceridad y la integridad en profesarlo, el valor y la energía en perseguirlo, la grandiosidad en promulgar ese mensaje interior de que el grande hombre se cree depositario, y del que debe dar cuenta á los demás hombres, so pena de traicionar su misión sobre la tierra, é impulsado por una fuerza ó dinamismo superior á la propia voluntad. Esa es, precisamente, la etimología de la palabra *entusiasmo*, *en theos*, un Dios interior que nos habita y nos posee, una voz interna que nos ordena, que resuena en nuestra cabeza, que esplende en nuestros ojos, que vibra melodiosa en nuestros labios.

Y eso fué Juan Carlos Gómez, señores: un vidente sincero y generoso; el vate, el profeta, el sacerdote ó, como queráis llamarle, de una divinidad entrevista, inmaculada é impecable, que pasó por sus ensueños, que lo ungió en la frente y en la boca, y que le mostraba en el horizonte una patria grande, grande, no tanto por su estructura geográfica ó por sus detalles políticos, que él juzgaba medios y no fines, cuanto porque en ella eran una verdad resplandeciente los dogmas de la revolución de Mayo, cuanto porque en ella eran una realidad la virtud, la justicia, la libertad, la fraternidad, la paz, la felicidad del hombre, en una palabra, que es el verdadero fin de la sociedad civil y política, el verdadero fin de la formación de los distintos estados soberanos.

Podía ser esa, señores, una visión engañosa en alguna de sus sugerencias: lo era indudablemente, si ella hubiera llegado

á hacer vacilar en su honrado mensajero la fe en la existencia incommovible de esta patria atlántica subtropical, no antagónica, pero sí distinta de otras patrias; pero esa visión era una verdad en su esencia; era la misma que todos amamos al amar la patria intangible y soberana, la misma que hoy vive y vivirá siempre en la plenitud de su ser y de su gloria. Juan Carlos Gómez la vió y la amó, la vió, con su espíritu de artista y de poeta, cual una divinidad de líneas puras y rígidas como la diosa griega; sí, era el cuerpo marmóreo de la visión helénica, pero animado por el cálido espíritu de los tiempos modernos: por el alma de una democracia olímpica, en cinta de libertades y de justicias inauditas, de progresos inefables, de fecundas selecciones intelectuales y morales dentro de la más perfecta igualdad civil, madre de pueblos que aniquilan los tiranos sin convertirse ellos mismos en opresores; madre de autoridades constituídas por los más aptos y los más buenos, obedecida sin temor ni humillación por los hombres honrados, temida sólo por los perversos, ungida por el óleo de la voluntad popular, y sostenida por el amor y la gratitud de los pueblos; madre de todos los hombres libres, de todos los pensamientos sinceros, de todos los anhelos y de todas las pasiones generosas.

Juan Carlos Gómez, señores, rindió culto á esa divinidad entrevista que bajó del cielo á posarse en sus ensueños; el fuego que quemó en sus aras fué la combustión de su propio cerebro privilegiado, de ese cerebro humano que, como la vela al arder, alumbró á la humanidad quemándose, consumiéndose y derramando lágrimas; el holocausto fué su propio corazón siempre lacerado por las congojas de los anhelos y los amores imposibles; los salmos litúrgicos eran aquellas inspiraciones del romanticismo francés, que difundieron por el mundo el ideal melodioso, melodioso como la voz de un niño, las *Meditaciones* de Lamartine, los *Cantos del crepúsculo*, *Las Orientales*, las *Odas y Baladas*, de Víctor Hugo, las *Noches* melancólicas de Alfredo de Musset, y la transfusión de todo eso á nuestra infancia nacional, que templaba las décimas de Echeverría, rimaba las nemorosas despedidas de Balcarce, y distendía, hasta ha-

cerlos reventar, los nervios de acero de los alejandrinos de Mármol, el poeta dé las proféticas imprecaciones.

En aras de esa divinidad, señores, inmoló Juan Carlos Gómez su vida entera; levantó esos altares en su tierra, y los perfumó con el incienso de sus primeros cantos; huyó con ellos á Chile, y allí continuó su rito cívico con la fe del creyente, con la pasión del apóstol, con la grandilocuencia del profeta; volvió con ellos á cuestras á su patria, al creer que rayaba el día que esperaba en la aurora de Caseros; y cuando vió, señores, que la estrella que lo guiaba estaba lejos, demasiado lejos, y que á veces se perdía, al parecer para siempre, en los horizontes tempestuosos; cuando se convenció de que había nacido él mismo demasiado temprano ó demasiado tarde; cuando creyó á su diosa ofendida por la dureza de los tiempos en que le tocó vivir, se limitó á la misión de desagraviarla y de ofrecerle, con su culto individual, el incruento sacrificio expiatorio y propiciatorio de su propio corazón. Entonces huyó al ostracismo, como hufan al desierto los antiguos penitentes; allí vivió pensando en la patria, soñando con la patria, permaneciendo fiel á la patria en que había nacido; en esta patria oriental, señores, que fué siempre el núcleo y habitación de su ensueño generoso; en esta patria oriental á la que nada había pedido, ni siquiera el pan de sus últimos años, y á la que todo lo había dado: su culto, sus congojas, sus esperanzas, los reflejos de su estrella. — En su expatriación lloraba, sentía la soledad, se asfixiaba en el vacío. « Si está escrito, decía á uno de sus amigos, que he de terminar mis días sin volverlos á abrazar, sepan al menos que no es por falta de amor á los seres y á las cosas que fueron el embeleso de mi juventud, y son el más dulce recuerdo de mi solitaria vejez... »

En esa actitud dolorosa, señores, cerró los ojos, y la boca y los oídos, para no volver á abrirlos, el viejo cantor de la libertad, por quien y en quien nuestra patria uruguaya se incorporó con gloria al gran período idealista de la revolución americana, por quien y en quien el nombre de un poeta oriental, de un pensador oriental, de un tribuno oriental figurará, sin ser el segundo, entre los grandes poetas y pensadores y tri-

bunos de ese glorioso período de la historia del continente.

Un escritor argentino nos ha dado un símbolo conmovedor de esas caídas de los seres alados desde las cumbres luminosas. En las costumbres de los gauchos montañeses, dice, existe lo que ellos llaman *remontar el cóndor*. Al cóndor prisionero le vacian los ojos con una punta de hierro ardiente, y luego lo sueltan. Con majestuosos aletazos, el cóndor ciego se levanta en una línea recta, perpendicular al suelo, y vuela, vuela hasta perderse de vista, siempre derecho, como temiendo chocar con invisibles montañas, siempre derecho, buscando la luz... Y cuando llega á alturas irrespirables, no pudiendo vencer las tinieblas que lo rodean, pliega las alas, baja la cabeza, y se desploma... Va á caer sobre el punto de partida.

Así ha caído, señores, Juan Carlos Gómez, en nuestros brazos, en brazos de todos sus conciudadanos, desde la altura de su ideal. Y es precisamente una gran parte de ese ideal generoso de paz, de fraternidad, de luz celeste, el que hoy realiza el pueblo oriental, al recibir unido, y en forma de apoteosis, ese puñado de polvo sacro. Hemos glorificado hasta ahora, como hemos debido hacerlo, á nuestros guerreros heroicos: hoy abrimos el panteón para dar entrada en él al héroe del pensamiento; hemos puesto otras veces sobre la urna cineraria de nuestros grandes, la bandera nacional que soportaba el peso de la espada circundada de laureles calcinados por el rayo; hoy, señores, colocamos también sobre ese féretro la bandera, pero sólo para recibir lo que no pesa, porque tiene alas: una pluma, una toga, una lira, una rama de mirto fresca todavía, resonante todavía de los armoniosos acordes del bosque sagrado de que fué arrancada. Es la segunda grada, señores, en la escala ascendente del culto de los héroes.

Vamos, señores, vamos, no en actitud de duelo, sino á paso de vencedores, á llevar esos despojos al Panteón Nacional, cuyas puertas están abiertas ya; vamos á dar tierra oriental á este muerto que ha dormido en paz en la piadosa tierra argentina. Él casi no sentirá, señores, el cambio de almohada, y su glorioso sueño continuará á la luz de nuestras lámparas, encendidas y alimentadas por la gratitud nacional: los mis-

mos árboles arrullarán su sueño con la canción materna de sus hojas suplicantes; el mismo paterno río hará sonar en la cercana playa el monólogo eterno de sus olas; las mismas palabras ó las mismas plegarias de pasantes silenciosos ó de cortejos enlutados, interrumpirán de vez en cuando aquel silencio sepulcral. Y si bien sentirá, señores, en la misma naturaleza de la tierra en que repose, la razón de por qué tienen que formarse muchas veces dos patrias allí donde puede decirse que no existe sino una alma sola, también ha de sentir en eso una nota del misterio de la universal armonía, según la cual esa formación de las patrias diferentes, lejos de obstar á la felicidad de los humanos, es el gran agente providencial de la fraternidad de los hombres y de los pueblos; santa fraternidad de que ese glorioso pensador dormido fué el sacerdote incorruptible, fué el apóstol abnegado, fué la víctima propiciatoria.

LA COLUMNA EN MARCHA

Terminada la hermosa oración del inspirado autor de « La Leyenda Patria », que el público todo escuchó religiosamente, la columna se puso en camino detrás del lujoso carro fúnebre, llevando los cordones del féretro el doctor Claudio Williman,



EL COCHE FÚNEBRE AL SALIR DE LA ADUANA

Ministro de Gobierno; el doctor José P. Ramírez, el doctor Juan Zorrilla de San Martín, el rector de la Universidad, doctor Eduardo Acevedo; doctor José María Castellanos, general Nicomedes Castro, presidente de los Tribunales Militares; cónsul general de la Argentina, señor Antonio Bachini; señor Rufino Gurméndez, miembro de la Municipalidad, y doctor Carlos A. Fein, presidente del Supremo Tribunal de Justicia. Escoltaba al cortejo la compañía de cadetes de la Academia Militar, en traje de gala.

En seguida del carro fúnebre formaban la Comisión Directiva del Club « Vida Nueva », las delegaciones de las distintas instituciones y corporaciones que se adhirieron al homenaje,

los Ministros de Guerra y Hacienda, Ministro en la Argentina, senadores, diputados, el doctor Ernesto Frías, sobrevivientes de la Defensa, altos funcionarios, miembros de la familia del prócer y una inmensa columna popular.

Los balcones de la calle Rampla, Colón, 25 de Mayo, Juan Carlos Gómez, Sarandí, 18 de Julio y Yaguarón, por donde



LA COLUMNA POPULAR EN LA CALLE 18 DE JULIO

desfiló el cortejo, estaban repletos de damas, y en las veredas de las mismas calles, numerosa concurrencia presenció el pasaje de la columna.

De muchos balcones se arrojaron flores sobre el cortejo.

Una gran masa de gente se había aglomerado en el Cementerio Central, en cuyo atrio — luego de disponerse las tropas convenientemente y de efectuarse la primera descarga — empezaron los discursos.

Hizo uso de la palabra, en primer término, y á nombre del Club « Vida Nueva », el Diputado por Montevideo doctor Antonio Cabral, que pronunció el siguiente discurso:

DISCURSO DEL DOCTOR ANTONIO CABRAL

Señores:

El Club «Vida Nueva»,—siguiendo la trayectoria luminosa que recorre desde su fundación, procurando dar arraigo definitivo en los espíritus á la simiente fecunda y poderosa del concepto ecuaní-



EL DOCTOR ANTONIO CABRAL PRONUNCIANDO LA ORACIÓN FÚNEBRE EN NOMBRE DEL CLUB «VIDA NUEVA».

nime de la verdadera libertad, procurando proyectar entre los pliegues y las reconditeces del alma popular las irradiaciones deslumbrantes de esa ética superior que formula sus enseñanzas en el ambiente sereno de la suprema justicia y de la suprema verdad,— escribe en estos momentos, sin duda alguna, la más hermosa página de su historia,—página reparadora, página justiciera, página de amor y de consuelo que reconforta el ánimo, indicándonos que todavía vibran las cuerdas rotas, en esta tierra tan trabajada por el sufrimiento, tan sacudida por el dolor. Página justiciera en la que las generaciones de hoy mitigan el error incomprensible cometido por las generaciones de ayer; página reparadora que nos reconcilia con la memoria de un gran muerto querido; página de amor y de consuelo que á todos nos acerca en la común admiración del talento vigoroso y potente, porque su cerebro brilló en las cumbres del intelectualismo rioplatense; página de amor y de consuelo que á todos nos acerca en la común veneración de una virtud indomable, nunca vencida, que fué para sus hijos el más rico patrimonio y que es para nosotros un ejemplo y un reproche; página de amor y de consuelo que á todos nos congrega en la común aspiración de vengar en su memoria las tremendas derrotas del civismo, encarnado en horas difíciles de nuestra vida nacional, en la personalidad ciclópica de este gigante, cuyo cuerpo palpita todavía y palpará

por siempre en la posteridad, con las vibraciones armónicas y los destellos convulsivos con los que el genio imprime el sello de su nombre en la portada de un gran siglo ó en el desarrollo evolutivo de una raza superior.

Para todos los que amamos sinceramente la verdad de las instituciones democráticas, para todos los que tenemos fe profunda en la eficacia triunfal de las ideas sobre los hechos, para todos los que admiramos la rudeza fiera de un carácter, fundido en ese viejo molde hace ya tiempo roto, — que se bate con denuedo contra todas las hostilidades, que lucha sin doblegarse contra todos los odios implacables, contra todas las iras vengadoras, y que muere sosteniendo con su mano inmaculada, que nunca fué mano de verdugo, la bandera de la civilización — para todos esos, Juan Carlos Gómez es nuestro padre intelectual; él es el maestro afectuoso y venerable que á través de medio siglo nos señala todavía con la expresión elegíaca de sus ojos soñadores, el faro que brilla luminoso hacia donde convergieron todas sus aspiraciones, hacia donde deben ir las nuestras, porque allí está la salvación.

Él fué el iniciador, él escribió las tablas de la ley; y las escribió en medio de la borrasca rugiente, entre la furia loca y desordenada de la tempestad que despertara pasiones formidables en casi todos los hombres de su tiempo; las escribió en el furor del combate, pero con tal clarovidencia del porvenir, con tal adivinación de la marcha futura de la nacionalidad, que esas tablas de la ley, ahí están . . . casi en su totalidad irrealizadas, casi en su totalidad incomprendidas; pero . . . ahí están incólumes en toda su resistencia indestructible de mole granítica, en todo el esplendor de esas estrellas, que brillan desde la eternidad; nadie ha dicho después de él, más de lo que él dijera; no hay un dogma republicano, no hay un principio democrático, que él no lo hubiese proclamado como principio y como dogma.

Y ese hombre cuya vida fué un perpetuo desencanto y un eterno martirio, cuya vida fué toda una abnegación; ese luchador único de fibra irreductible, que soportó todas las miserias antes que abdicar uno solo de sus principios; ese visionario de

la grandeza nacional, que lloró con todas nuestras desgracias, que sufrió con todos nuestros dolores, que golpeó incesantemente á las puertas de nuestro corazón, sin ser oído, llamándonos al sosiego, á la piedad, á otros destinos de gloria y á otra vida feliz; esa alma pura, ese hombre bueno, murió en la proscripción, lejos de la tierra que amara tanto, negado por los más, escarnecido por la ignorancia que no comprende, por los rencores que no perdonan; mientras la patria que le debía una apoteosis como á uno de sus hijos más preclaros, sin escucharlo, desgarrada por el predominio de los viejos instintos, envenenada por las viejas pasiones, seguía su marcha fatigosa y vacilante entre la lobreguez de las sombras, iluminada á ratos por un relámpago consolador.

El Club «Vida Nueva», en este día memorable, que marca una fecha jubilosa entre los fastos de la libertad del continente, amurallada durante dos lustros en el recinto de esta invicta Montevideo, ha tenido la feliz inspiración de reivindicar su memoria sacándola del injusto olvido en que vivía, pagando de ese modo una deuda sagrada que todos sus hijos teníamos para con él; trayéndole — y fué ése su deseo más vehemente — para que duerma su sueño arrullado por el gorjeo de nuestros pájaros y respirando el perfume de nuestras flores. Y digo esto, señores, porque, ya lo veis, la muerte que todo lo destruye y todo lo aniquila, no ha podido en veinte años de dominio quebrar uno solo de sus huesos; porque la podredumbre y la carroña lo han respetado en la muerte, tanto como su espíritu selecto los despreciara en la vida. Y digo esto, señores, porque, para nosotros, Juan Carlos Gómez no puede haber muerto, no; permitidme que os repita aquellas palabras del resucitado á las piadosas mujeres de Jerusalén: «no busquéis entre los muertos al que vive;» no busquéis entre los muertos á Juan Carlos Gómez, porque, como dijera Mitre de Rivadavia, él vive en sus obras, él vive en nosotros que le amamos, y él vivirá inmortal en nuestros hijos, mientras en esta tierra se rinda culto al patriotismo, á la inteligencia y á la virtud.

Señores: Juan Carlos Gómez llega á nuestras playas en una mañana iluminada por el sol de la libertad; juremos — todos

los aquí reunidos bajo el conjuro prestigioso de su intelectualidad—hacer todo lo posible para que esta aurora auspiciosa, llegue á ser mediodía; para que ese sol que despunta en el horizonte de la tierra, evaporando el rocío sangriento que todavía recubre los campos feraces de la patria querida, para que ese sol de la libertad, que es en la vida moral de los pueblos lo que ese otro en su vida material, que es fuerza, energía, luz, calor, movimiento, vida, llegue á su orto y derrame las reverberaciones esplendorosas de su potencia meridiana sobre el Uruguay, como él lo quería, feliz, grande, fecundo y glorioso.

No nos separemos llevando como único fruto en el espíritu la extenuación y el aburrimiento de haber concurrido á un formulismo banal, ¡no! Desparramaos y llevad á todos los hogares la buena nueva; desparramaos á predicar el evangelio del bien y de la verdad; marchemos siguiendo cada uno la senda que nos marque el destino, con la más enérgica decisión de sublimar las ideas y los principios que esculpieron en el mármol de los siglos la personalidad simbólica de este apóstol de la democracia americana; marchemos á difundir y á divulgar en todas partes, que tenemos el anhelo vehemente de sustituir ese ideal negativo de muerte, ese huracán secular con que el hado implacable azota las cuchillas y los llanos sembrando la ruína y la desolación, por un ideal de vida, pero de vida intensa, de vida superior; esa vida en que la cópula feliz de las ideas engendra la nobleza viril de las acciones; esa vida trascendente que en rauda y vertiginoso vuelo nos eleve hacia la cumbre donde llamea el fuego inmortal de la grandeza humana, hacia la cumbre donde fulgura la chispa genial que marca las jornadas triunfales del progreso, las etapas gloriosas de la civilización. ¡Sólo así seremos grandes, sólo así seremos fuertes, sólo así haremos obra proficua y perdurable! ¡Desparramaos á llevar la paz á todos los espíritus; desparramaos á predicar el evangelio del amor, el amor que es fuente de toda vida, de toda grandeza y de todo poderío; sólo así consagraremos para siempre la realeza de nuestra nacionalidad en el continente americano, esta pobre nacionalidad que el ex-

travfo de sus hijos mantiene todavía en equilibrio inestable y que el poeta de Agua Dormida soñaba robusta, vigorosa y potente; sólo así lograremos para las generaciones que vendrán, ese poco de bienestar y de esperanza que tenemos el deber de propiciarles; sólo así lograremos que ellas contemplen tranquilas y sonrientes la realidad magnificante de ese día, que este profeta esperaba con tristeza melancólica, pero con fe profunda, de paz y de ventura, de gloria y hermandad!

¡Ah! yo sé bien que la lucha es áspera, que la lucha es cruel! Contra nosotros se levantarán iracundos y violentos, como se levantaron contra él, como se levantan siempre el Atavismo y el Prejuicio. Pero no importa! Si la lucha es áspera, si la lucha es cruel, la lucha es también el deleite supremo de las almas superiores; en las gallardías de la lucha se forja la robustez del músculo, se magnifica la potencialidad de los cerebros y se retemplan las energías del corazón; la vida, como dijera Castelar, se realiza venciendo resistencias, y al fin el atavismo y el prejuicio acabarán por sucumbir, porque toda la historia de la humanidad, señores, no es más que la derrota constante de los atavismos y de los prejuicios. Yo sé que los pretendidos hombres prácticos se burlarán con ironía de las propagandas literarias; olvidándose de que siempre la acción fué en su comienzo idea; olvidándose de que el incendio de 1789 no lo produjeron ni Mirabeau, ni Camilo, ni Dantón, ni Marat, ni Robespierre; olvidándose de que la voz del cañón de Dumouriez, que hacía temblar los tronos en Valmy, era la voz de la Enciclopedia, era el fruto de los libros de Juan Jacobo, era el gesto libertador de Voltaire!

Por eso las generaciones que nacen y que ardorosas y agitadas se lanzan á engrosar el torrente, que mañana serán pueblo y serán país; la juventud, que guarda todavía puro é incontaminado el culto del patriotismo, el culto de la grandeza nacional; ella, que responde todavía á la acción refleja de los impulsos nobles y de las ideaciones generosas; y sobre todo la juventud que acampa bajo la bandera del Club «Vida Nueva», que es la bandera de mañana, que es la bandera del porvenir, que es la bandera de la honradez política y de la virtud re-

publicana, que es la misma bandera de principios que este atleta del pensamiento hizo flamear en tres naciones, en la prensa, en el club, en el parlamento, en la cátedra, en todas partes donde su inteligencia poderosa se puso al servicio de la humanidad, que es la misma bandera que cien veces derrotada, resurge otras tantas, como el Fénix de la leyenda, de entre el polvo de la derrota, más nítida, más clara, más brillante, porque ella es la expresión más elevada del pensamiento humano, y el pensamiento humano no se destruye, ni se encadena, el pensamiento humano es inmortal; la juventud, que acampa bajo esa bandera que ejerce sugestiones misteriosas sobre todos los que saben sentir hondo y pensar noblemente, debe luchar por domar el potro y suavizar la garra, debe luchar con todo el encarnizamiento de su temperamento batallador, con la tenacidad recalcitrante de una fuerza de la naturaleza, por la realización de ese programa que sintetiza todas las lecciones del educador y los anhelos del vidente que fué entre las tormentas rudas y las hecatombes dolorosas de las horas trágicas, nuestro único vasto *creador de ideales*.

¡Y si el lote amargo y desgraciado de la derrota vuelve á recaer sobre nosotros como recayó sobre él,—no importa! habremos arrojado algunas ideas en el surco... Tal vez en un porvenir no lejano alguna de ellas brote por casualidad, y entonces, sobre el tallo esbelto y vivaz de la planta, surja y se expanda triunfante, la flor perfumada del ideal!

Señores: En nombre del Club «Vida Nueva», entrego los despojos mortales de Juan Carlos Gómez al Panteón Nacional, hasta el día que el sentimiento de justicia de sus conciudadanos resuelva erigirle en el bronce y en el mármol el mausoleo en el que tiene derecho á reposar solo, porque en nuestro cielo nublado y tempestuoso del pasado fué una estrella solitaria.

DISCURSO DEL DOCTOR RICARDO OLIVERA

Señores :



DOCTOR RICARDO OLIVERA,
DELEGADO DEL CLUB
PROGRESO ARGENTINO.

Mediodía del declinar de Mayo, el aire tibio y claro el cielo, animación y bullicio inusitados, esto, veinte años atrás, en un Buenos Aires reducido pero intensamente argentino, donde las conmemoraciones patrióticas eran necesarios determinantes del expansivo regocijo de todos. Sonaban en confuso concierto los vetustos campanarios y las bandas militares, la atmósfera calma inmovilizaba las múltiples banderas, lucía la Pirámide frescas flores de la matutina visita escolar, y parecía oírse á lo lejos el avanzar marcial de los batallones . . . Y en medio del vasto júbilo de la ciudad, en barrio apartado, en hogar bien patriótico y bien modesto, entre los suyos, estoicamente, sin quejas para el dolor tenaz ni reproches para el abandono colectivo, apagábase lentamente, penosamente, un espíritu luminoso, una vida consagrada íntegra al trabajo desinteresado, y por eso concluida en la estrechez y en el olvido.

Aquel agonizante ignorado tuvo exequias donde decires eloquentes rindiéronle honores consulares. Supúsose quién era, y paró corto instante la general actividad para lamentarlo. Mitre aseveró de un Horacio Greely rioplatense, cuya estatua fuera también justiciera vaciada en el plomo de los tipos de imprenta. Dijo Sarmiento, frase breve y fuerte de belleza inelegante, de cierto periodista temible en la polémica, otro Girardín cuidado en la forma y esparcido en las fuentes, de un vibrante sugestionador de multitudes, hecho para la lucha y desde la hora inicial ganado por el bien. Asombróse Lucio López, en la larga oración, ausentes las habituales ironías, de un sujeto extraordinario, humana personificación de las creaciones novelescas más caras á nuestras imaginaciones adolescentes, y mostrólo caballero como Antony y noble como Athos mismo, y desgraciado y peregrino

y trovador. Dijeron Araújo, muy joven, y Lalanne, muy erudito, de un viejo maestro de filosofía, expositor amable de cosas áridas, prestigioso y austero. Hizo Juan José Castro un elogio grave y Gonzalo Ramírez sentidos versos. José María Muñoz, Alberto Palomeque, Sánchez Viamonte, Herrero y Espinosa, varios, hablaron de un incorregible soñador de cabellos blancos, antiguo conocido de la pobreza y del exilio, que militara eminente en todas las campañas por la realidad americana del gobierno libre...

La muchedumbre sobrecogida escuchó los numerosos respuestas, y ella también lloró... No deseaba Agrícola lágrimas ni más abundantes ni más sinceras. Tal fué para Juan Carlos Gómez el comenzar de la inmortalidad.

Harto merecida la inmediata reparación póstuma para quien dobló todos sus años, duros y, á pesar de ello, fecundos. Para Gómez fué milicia la existencia y fué amarga y fué azarosa. Nacido en 1820, bajo el culminar de la anarquía, crecieron paralelos su infancia y el predominio de Rozas; pertenece, pues, á aquella generación romancesca que en forzosa cruzada fué prodigando el verbo argentino, allí donde antes, los fundadores de la nacionalidad, llevaran su precioso concurso libertador. La pléyade suya tuvo la pujanza demoledora, firme el credo, entusiasmos briosos y desbordantes lirismos. Pasan sus héroes ante nosotros, fabulosos, en pleno reino de leyenda: van embozados en ráfagas capas castellanas, los cabellos largos y pálido el rostro, figuras de Gavarny, van con andar suelto y erguido, van taciturnos, pero dentro repíteles por vez mil, Musset proverbios, una lamentación Lamartine, Hugo sus odas... Son predestinados de la historia: Esteban Echeverría, Vicente Fidel López, Sarmiento, Alberdi, Mármol, Balcarce, Varela, Juan María Gutiérrez, Mitre, los ingenuos rimadores de quimeras y los eficaces enemigos de la Tiranía, los discípulos de Cousin y de Guizot y los voluntarios de Lavalle y de Urquiza, los vencedores del Despotismo y los autores de la Organización.

Juan Carlos Gómez no hizo excepción á su tiempo: reuniéronse en su carácter las románticas maneras de pensar y de sentir contemporáneas, pero tóvolas ampliamente personales,

hechas totalmente peculiares en la excelsa plenitud genial. Poeta lo fué; era en la época de rigor manejar el metro, y fueron sus estrofas, simples, modestas, de tema tierno y ritmo fácil, y fueron así, mejor que los sonoros alejandrinos de Már-mol y las lujosas décimas de Echeverría, á grabarse en el co-razón popular, — instintivo gozador de sinceridades. Soldado, pudo en la senectud, sin orgullo vano, anecdotizar del sitio de Montevideo prologando: *quarum pars magna fui*. Desterrado, erró nostálgico, en Rfo, en Valparaíso, en Santiago, en diaria batalla contra la pobreza inclemente, sin escatimar su aporte á la alta misión civilizadora de la Proscripción... Periodista, quedan en el *Mercurio* de Chile y en *El Nacional* porteño, incontables pruebas de su maestría. Tribuno, profesor, carácter: basta insinuarlo en su gesto supremo: «Vine á morir, pero no á matar.» También conspirador; es la «Asociación de Mayo», traducción libre de la «Joven Italia», y para aquella generación de liberales fanáticos, Mazzini, realizado por imprecisas aureolas de martirio, perfección y modelo.

... Tiene aún otra faz, exquisitamente superficial, la existencia del luchador. Amaba la sociabilidad y distinguió siempre su línea divisoria con la política. Gustaba de la charla fina, del malabar juego de la frase dentro del círculo íntimo, en el rincón predilecto. Tal tendencia de su espíritu superior llevólo naturalmente hacia el Club del Progreso, que lo reconoce miembro benemérito. En la solemnidad presente, cuando mi patria devuelve á esta tierra irrevocablemente extranjera y hermana, las cenizas del prócer, cúpleme reverenciar su memoria, en nombre de la común casa hospitalaria, donde perdura su recuerdo y hay sitio preferente, frente al Fundador, para su efigie...

DISCURSO DEL SEÑOR JOSÉ ENRIQUE RODÓ

Señores :

Hace sesenta años, cuando las sombras de una legendaria tiranía se levantaban á entenebreecer el horizonte de los pueblos del Plata, doblaban las cumbres de la Cordillera, toda vibrante todavía con los ecos triunfales de la epopeya de América, los prófugos y los proscriptos de una generación dispersada en la adolescencia por el trágico naufragio de la libertad.

Templada el alma en precoces pruebas é infortunios; hechos á la costumbre de lo grande y lo heroico, como arrullados que fueron en la cuna por el estruendo de las armas emancipadoras; llenos de las inspiraciones del entusiasmo generoso que caldeaba entonces las corrientes del mundo en la más espléndida resurrección de idealidad y de arte que haya exaltado la mente humana desde los tiempos del Renacimiento, aquellos emigrados llevaban consigo á Santiago y Valparaíso, esa singular virtud de casi todas las emigraciones históricas, que, como si acrisolasen las almas por el desamparo y el dolor, infunden en ellas dobles bríos, así para el pensamiento como para la acción.

Junto á Mitre, á Sarmiento, á Juan María Gutiérrez, á Alberdi, á López, iba también en aquella luminosa pléyade,— que encontraría allí, para contender en los torneos de la inteligencia, rivales de la talla de Bello y de Larra, de Bilbao y de Montt,— un hijo de Montevideo, salido de las filas de la juventud que desplegaba entonces, tímidamente, las primeras fuerzas de nuestra embrionaria intelectualidad. Este joven de



JOSÉ ENRIQUE RODÓ HABLANDO EN REPRESENTACIÓN DE LA PRENSA Y ATENEO DE CHILE.

veinte años era Juan Carlos Gómez, y acaso era el primer ciudadano de su país que llevaba á extrañas tierras, para que irradiasen fuera del horizonte del terruño, las luces de su espíritu.

De cómo irradiaron estas luces; de cómo se destacó gallarda la figura del escritor de Montevideo, desde que tomó de manos de Alberdi la pluma de *El Mercurio*, habla, señores, la ráfaga afectuosa que, cruzando los Andes, viene á incorporar al homenaje que nos congrega, los recuerdos y los saludos de un pueblo.

Interpretando esta adhesión, he de hablaros de Juan Carlos Gómez. — Yo no puedo traer su nombre á mis labios, representarme su personalidad subyugadora, sin que vea surgir simultáneamente con ella, y ordenarse á su alrededor, á la manera de un imponente fresco histórico, un espectáculo en que se resume la febril y dramática actividad de una generación que nació destinada colectivamente á la gloria. Toda una época me parece que despierta hoy y se reanima en presencia de este cadáver venerando, como por una evocación que transfigurase de súbito nuestro ambiente amortecido, llenándole de resplandores, músicas y aromas; toda una época, con sus ideas y sus pasiones, sus rudezas y sus ensueños, sus heroicidades y sus martirios. Y es que nadie tiene respecto del alma de sus contemporáneos más nitidez y exactitud representativas que Juan Carlos Gómez. De nadie con tal verdad puede decirse que quedó fiel, hasta morir, á los númenes de su juventud. Así, la tristeza nostálgica de sus últimos años no era sólo la del expatriado, sino también la del que se siente fuera de una época con la que se identificó absolutamente en espíritu. — Medio siglo ha pasado ya desde que Juan Carlos Gómez partía para el destino que debía prolongarse hasta después de la tumba. Si volviese á la vida, vería cómo el vertiginoso movimiento que impulsa hacia adelante los hombres y las cosas, ha renovado la fisonomía moral y material de su pueblo, partícipe de las transformaciones del mundo. No es ya Montevideo la ciudad humilde, ceñida por los arreos de su guerrear interminable, que él dejara al partir. En vano sus ojos buscarían aquel viejo Fuerte de Gobierno, que él recordaba una vez, en

su apenada ancianidad, con las melancolías y ternuras del pros-cripto; el viejo Fuerte, que los hombres de mi generación no hemos alcanzado á conocer, y entre cuyos muros de piedra se asentó el sillón presidencial de don Joaquín Suárez y se dió la norma de tanto valor y abnegación sublime. En la esfera de las ideas, si descendiera al fondo de nuestro espíritu, no se sentiría, ciertamente, menos desorientado. Derruidas ó desiertas hallaría las aras de sus dioses. Esta selva que entretejen las almas, se ha deshojado y ha brotado, desde su tiempo, muchas veces. Sólo como el son de una armonía lejana percibimos ya los ecos de aquella fulgurante revolución de las ideas que, en el primer tercio del pasado siglo, hechizó al pensamiento humano. Otra es hoy nuestra filosofía, otra nuestra literatura, otra nuestra concepción de infinitas cosas; otros son nuestros mentores y nuestros libros...

Pero lo que perpetúa, al través de tantos cambios, la oportunidad de homenajes como éste; lo que preserva en el tiempo la continuidad solidaria de las generaciones; lo que debe decirse, para honor de esta civilización cristiana que mantiene, por encima de las mudanzas y los siglos, la enseña capitana del mundo, es que todas las escuelas, todos los criterios, todas las doctrinas, que con predominante y duradero influjo se han sucedido en su seno, arriban en definitiva á una misma conclusión, cuando se trata de fijar merecimientos y sanciones, y se transmiten la misma insustituible consigna:— sólo la voluntad que realiza el bien es sólido fundamento de gloria; sólo de la inteligencia, y nunca de la fuerza brutal, irradia luz y vida; sólo los hombres que han sido virtud, carácter, inteligencia, merecen el homenaje de los pueblos y el recuerdo de la posteridad!

Esas tres superioridades eternas — inteligencia, carácter y virtud — honramos en la apoteosis que hoy nos reúne. Sobre esa base triangular no hay pedestal de estatua que no resista á todas las fuerzas de la tierra! No ignoráis, señores, cómo, á pesar de ello, se ha discutido y se ha negado la razón de esta apoteosis. Quien tantas tempestades desató en vida, no podía incorporarse sobre su lecho de muerte sin provocar una vez más la

tempestad. Entretanto, hemos oído la palabra de los acusadores; y no sólo la declaramos vana é irreverente, sino contradictoria de imprescriptibles fueros de la conciencia humana. Jamás, jamás, en un pueblo libre, la profesión sincera de un modo personal de concebir la grandeza, el porvenir, los destinos de la patria, puede justificar el ostracismo, ni el anatema, ni el olvido de los más altos títulos y las más legítimas superioridades que enaltezcan á los hombres. El fecundo amor patrio es el que exige del ciudadano, no el sacrificio de la libre profesión de su pensamiento en cuanto á las conveniencias é intereses del patrimonio común, sino la sinceridad del amor, y el desinterés con que esa sinceridad se abona, y el cumplimiento del cívico deber. Toda otra concepción del amor patrio no será sino estrecho é irracional feticchismo.

Nuestro pueblo ha purgado su historia de leyendas falaces; hemos reivindicado memorias gloriosas que oscureciera el fallo ajeno, y los altares del culto nacional están puestos sobre granito. Quien siga esa empresa de reivindicación, encontrará muy á menudo opuestos á sus reparadoras conclusiones los juicios históricos del escritor á quien hoy se glorifica. Pues bien: es cierto que Juan Carlos Gómez fulminó á personalidades á quienes el pueblo oriental ha decretado estatuas; pero no es menos cierto que Juan Carlos Gómez tendrá estatuas sobre el suelo oriental; y cuando el execrador y los execrados se confunden en la fraternidad sublime de la gloria, nadie tiene derecho de recordar las impiedades que los separaron en vida. Ni el uno ni los otros son ya míseras criaturas humanas, sino estatuas que perduran sobre el paso de las generaciones; y las estatuas, señores, no se odian entre sí, los mármoles y los bronces no se odian: en su serenidad olímpica, levantados sobre el nivel vulgar de los hombres, se miran y se comprenden!

Una concepción unilateral, y, por lo tanto, falsa, de los hechos históricos, propagó un tiempo, en el Río de la Plata, que la obra de los grandes caudillos y la obra de los pensadores y organizadores civiles, eran antinómicas é inconciliables. Del punto de vista de una de ellas, se condenaba inexorable-

mente á la otra. Pero si en la perspectiva engañosa, ó, mejor, en la ausencia de perspectiva de los contemporáneos, no era posible hallar la oculta armonía que relacionaba para el porvenir aquellas fuerzas contrapuestas, y por igual necesarias, de nuestro génesis, — en las rememoraciones glorificadoras de la posteridad hay cabida para el esfuerzo heroico del caudillo y para la labor austera del pensador. Y si la desconfianza, y el odio acaso, los separó mientras vivían, pacifiquémoslos y reconciliémoslos en la muerte; para que así como la misma tierra los abraza y el mismo cielo extiende sobre ellos la bendición de su serenidad infinita, la misma gratitud los arraigue en el recuerdo de las generaciones y el mismo culto los levante sobre las aras de la inmortalidad. Ésta es la filosofía del amor aplicada á la crítica de las cosas humanas, que es, en suma, también, la filosofía de la equidad y la verdad; y cuando en cercanos pueblos ella ha triunfado definitivamente sobre la inercia de los odios; cuando los patricios de Buenos Aires y los caudillos de las épicas *montoneras* se han reconciliado para el historiador en la armoniosa síntesis de la revolución de Mayo, — bien podemos nosotros, al formar el trofeo de la patria, en esta hora de las póstumas justicias, bien podemos nosotros cruzar, en el trofeo de la patria, con la espada de Las Piedras y con la espada del Rincón, la pluma gloriosa de Juan Carlos Gómez!

Un día, la Convención Francesa mandó retirar del Panteón Nacional los restos mortales de Mirabeau. Pasado cierto tiempo, dispuso que esos restos volvieran á ocupar su lugar entre los de los grandes hombres de la Francia. Y Michelet, comentando estos dos actos, aparentemente contradictorios, declara que, si justa fué la Convención cuando expulsó de su pedestal de gloria al coloso de la tribuna, en castigo de las culpas que le imputaba, aun fué más justa cuando ordenó ponerle, porque aquella proscripción transitoria bastaba para sanción penal de tales culpas; y cumplida la severa condena, el varón preclaro debía levantarse de nuevo y para siempre en los altares de la patria agradecida. Yo me atrevo á afirmar que, si en el alma de los detractores de Juan Carlos Gómez

X hay un fondo de piedad histórica, de esa piedad histórica, señores, sin la cual los juicios de la posteridad no serían más que una lapidación insensata de las generaciones muertas por las generaciones vivas, — ellos han de convenir alguna vez, por mucho que agiganten los que consideran sus desvaríos y que deformen las que llaman sus crueldades — ya que nadie ha podido enterarnos de sus culpas, — ellos han de convenir alguna vez en que sus treinta años de destierro y abandono, no figurado, como el de Mirabeau, sino real y rebosante de amargura, son suficiente pena para que, desarmados ya todos los odios, creamos llegada la hora de traerle á reposar en el panteón de nuestros hombres ilustres!

Hay, por otra parte, un deber de reparación que nos obliga con doble imperio á la glorificación de nuestros hombres de pensamiento y de carácter civil. Ellos — aún más que nuestros hombres de guerra — padecen hambre y sed de justicia! Porque el héroe de la acción, el caudillo de alta talla, el gran conductor de multitudes, si bien pudo merecer á veces campo más amplio para su intrepidez y su heroísmo, mayores empresas que aquellas que le deparó la condición del medio social y de la época en que tocóle actuar; si pudo ser que encontrase estrecho ante su mirada el horizonte, mezquino el pedestal bajo su planta, — tuvo á lo menos la compensación del valor y la obediencia de la muchedumbre; la compensación de la actividad entusiasta, febril; del triunfo ruidoso; del perfume de gloria aspirado entre el olor de la pólvora y los vahos de la sangre; la compensación del que se siente comprendido, estimulado, seguido, identificado con ese corazón gigante del pueblo, cuyo ritmo resuena en los vítores de la plaza pública y en el estrépito marcial de las batallas. Pero los hombres de pensamiento, señores — en aquellos tiempos rudos y apenas suficientes para la acción instintiva y tumultuosa — ¡cuántas veces hubieron de experimentar las angustias del inadaptado y el incomprendido!... Teniendo fuerzas con que dominar en las altas cumbres de la espectación humana, sintieron sofocado su vuelo por la atmósfera estrecha de democracias semialdeanas, mal educadas y enfermizas; mereciendo el séquito alen-

tador y el coro inteligente, vieron con frecuencia naufragar su palabra, cuando no en las sirtes del desconocimiento sañudo, en la desolación de la indiferencia silenciosa; palparon el desvalimiento de la idea inerme frente á la pasión desenfrenada; pasaron por todas las torturas de la soledad moral, de la asfixia, del desequilibrio entre la superioridad personal y la insuficiencia del ambiente; y por eso, señores, por lo que sufrieron, por lo que su tiempo les fué ingrato, la posteridad vindicadora debe traer al homenaje que tribute á estos hombres doble suma de amor, doble suma de piedad; y por eso venimos á esta apoteosis con el corazón conmovido, aquellos que, por sobre la admiración de glorias menos puras, profesamos el culto y la fe del pensamiento.

Nadie como Juan Carlos Gómez personifica en nuestro pasado ese destino doloroso é injusto: en parte por el estoicismo abstinentes en que le enclaustró, desde antes de la madurez, una filosofía política más generosa que ceñida á las realidades del mundo; pero en mayor parte, ciertamente, por la cruel fatalidad de las cosas. Pudo ser el jefe civil de un gran partido; y apenas si fué, primero, su timonel precario é infortunado, en raras horas de borrasca, y luego, desde lejos, su tribuno sin acción, su amonestador, y casi su heterodoxo. Pudo ser un gran escritor, dotado de todas las seducciones y todos los prestigios con que la palabra que maneja el arte, burila sentimientos é ideas en el corazón y el pensamiento de los hombres; y lo fué, sin duda, pero de la manera esbozada y fragmentaria como cabe serlo en la vertiginosa improvisación del diarismo. Pudo gobernar; levantar sus ideas, de la tribuna al Capitolio; gozar la satisfacción legítima del encumbramiento anhelado para hacer el bien y dejar obra memorable; y se inmoló, con abnegación antigua, en voluntario destierro, hasta morir semi olvidado y pobre, procurando en la labor oscura de una cátedra el pan escaso de sus últimos días, pero aferrado con fidelidad inquebrantable al amor del suelo natal, á pesar de los triunfos y los honores con que brindaba á sus dotes eminentes la escena cívica de un grande y próspero pueblo.

Personificó, por la feliz armonía de sus dotes, su propio ideal de democracia culta; no reñida, sino connaturalizada con el orden y la selección. En nuestra historia, no halló figura que con tal brillo represente al «gentilhombre», al patricio, de una sociedad republicana. Porque él lo tuvo todo: el pensamiento penetrante, y la palabra que lo esculpe en forma que no perece; el corazón generoso y la voluntad que convierte sus palpitaciones en impulsos eficaces y enérgicos; la austeridad estoica y la delicadeza exquisita; el favor de las gracias y las armas del combate: soberbio ejemplar de superioridad humana, que, en escenario más vasto, hubiera dejado esculpida su figura en el mármol que contemplan con arrobamiento las naciones y los tiempos.

Aun para aquellos que no acierten á ver la superioridad del hombre de acción y del político, siempre se destacará avasalladora la faz del escritor. Su palabra de fuego es de las que parecen capaces de conmover y entusiasmar á los mismos contra quienes van dirigidas. Yo no conozco publicista del Río de la Plata que haya tenido en más alto grado que Juan Carlos Gómez la unción del inspirado, del apóstol. Todo lo que salía de su pluma venía envuelto en ese poder magnético que se impone instantáneamente y por medios superiores á los de la reflexión y el análisis; que subyuga, más que convence: que arrebató, más que adoctrina. Lo que en otros es convicción, en él era fe; lo que en otros es raciocinio, en él era inspiración; lo que en otros es faena de crítico, en él era fervor de iluminado. Nadie más distante de aquella serenidad reflexiva, y aquella igualdad de ánimo, y aquella expresión sobria y desnuda, que caracterizaron á Florencio Varela, su precursor en la propaganda de la libertad. La polémica era el campo donde se agigantaba. En cuanto polemista, sólo Sarmiento, entre los escritores que fueron sus conmlitonos ó sus enemigos, podría disputarle el primer puesto. Pero en Sarmiento la fuerza rara vez se armoniza con la gracia y la medida escultural. Hay algo de abrupto, de desproporcionado, de inarmónico, en la formidable clava de este Hércules debelador de monstruos y tiranos. En Juan Carlos Gómez, el golpe, no menos irresistible

ble y certero, guarda constantemente el ritmo de la elegancia gladiatoria. Así como ni aun en las mayores vehemencias de su alma apasionada pierde el sentido de una caballeresca dignidad, así aun en el ímpetu de la contradicción y el encarnizamiento de la lucha, mantiene la nota escogida del buen gusto. Y cuando exhumamos sus escritos, por entre aquellos que el tiempo ha inevitablemente marchitado, nos sorprende á menudo un pensamiento, una imagen, una frase, de inolvidable y escultórica belleza, como en las despedazadas ruinas atrae tal vez la mirada del viajero una columna trunca ó el torso de una estatua divina.

Tal fué el apóstol; tal fué el visionario; tal fué el escritor.

Señores: Alta es la idea de la patria; pero en los pueblos de la América latina, en esta viva armonía de naciones vinculadas por todos los lazos de la tradición, de la raza, de las instituciones, del idioma, como nunca las presentó juntas y abarcando tan vasto espacio la historia del mundo, bien podemos decir que hay algo tan alto como la idea de la patria, y es la idea de la América: la idea de la América, concebida como una grande é imperecedera unidad, como una excelsa y máxima patria, con sus héroes, sus educadores, sus tribunos; desde el golfo de Méjico hasta los hielos sempiternos del Sur.

Ni Sarmiento, ni Bilbao, ni Martí, ni Bello, ni Montalvo, son los escritores de una ú otra parte de América, sino los ciudadanos de la intelectualidad americana.

En nombre, pues, de esa íntima solidaridad, por la cual lo que dignifica y enaltece á alguno de nuestros pueblos lo dignifica y enaltece á todos; en nombre también del afecto y la gratitud que perpetúan en la memoria de Chile, los esfuerzos con que Juan Carlos Gómez contribuyó, desde su tribuna de *El Mercurio*, á dilucidar los problemas de la organización de aquella culta y poderosa República, que hoy se levanta tan alto en la civilización y la riqueza del Continente, yo, honrado con la representación de la prensa y el Ateneo de Santiago, asocio sus homenajes á la apoteosis del inmortal tribuno.

He dicho.

DISCURSO DEL DOCTOR PEDRO FIGARI

Señores :



DOCTOR PEDRO FIGARI,
PRESIDENTE DEL ATE-
NEO DE MONTEVIDEO.

Después de batallar toda su vida sin tregua, Juan Carlos Gómez, «león con alma de poeta», como lo llamó el doctor Mariano Varela, dispuso que, á su muerte, lo amortajaran con una sábana blanca en un féretro de pino: he ahí sintetizadas las ambiciones de este bizarro paladín de las más nobles causas, del periodista de ática frase y de fusta severa, del tribuno avasallador, del temible polemista, ¡del león que hacía temblar á los tiranos!

Ningún mentor más adecuado pudo tocar en suerte á estos pueblos hijos de reyes que, niños aún, mucho antes de llegar á la adolescencia, ya sentían la opresión de la corona y se deslumbraban á la luz de la libertad esplendorosa, ancha y abierta como los campos de América. Á consolidar este anhelo supremo, consagró sus alientos y sus afanes.

Es el maestro quien viene á descansar aquí.

No es cierto que la muerte sea una ley igualitaria; justa acaso, cruel á veces, mas no ciegamente igualitaria.

En este sitio hay afortunados que dejan tras de sí una alma piadosa que deposita con cariño sobre su mortaja unas flores y unas lágrimas; muchos, los más, yacen aquí en el abandono, en el olvido, en un olvido que tiene algo de la imponente soledad en que mueren los osos blancos de los desiertos polares, y duerme también aquí el elegido, á quien todo un pueblo orla la majestad de su sepulcro y de su memoria con los atributos de la admiración y de la gratitud. Alrededor de estos despojos leves, no uno, sino varios pueblos, depositan sus ofrendas con recogimiento, y se estremecen cada vez que los anima el recuerdo del hombre que los pusiera cien veces, ¡mil veces, al servicio de los más altos ideales cívicos!

Y todavía, señores, en este acto hay más que un homenaje

solemne y grave, hay más que la conmemoración de virtudes excelsas: hay también el aleteo de testimonios afectuosos para aquel hombre singular que unía á las más inexpugnables energías, los destellos intelectuales, el culto impecable de la forma y las ductilidades y exquisiteces del corazón caballeresco. Había virtudes máximas y virtudes íntimas en el alma de este prócer, del último gentilhombre, según dijera Lucio Vicente López.

No era fuerte porque fuese valiente. Era valiente porque era justo y bueno, y porque era justo era fuerte.

Este poeta de romanticismos y melancolías infinitas, este gallardo luchador de guante blanco, de formidables pujanzas, era un amigo irremplazable. Parecía nacido para bien como para solaz de sus semejantes. Así se comprende que sintiera asfixiar su espíritu ante el materialismo que invadía triunfante cuando él llegaba al fin de su jornada. Modelado primorosamente por los generosos fulgores del primer tercio del siglo en que naciera, tenía líneas demasiado propias para aclimatarse en un medio reñido con su temperamento, trocando los bellos ensueños de su existencia — sueños que fueran — por las crudezas de una realidad sin alas, por las imposiciones brutales de la materia tosca, por el chirrido de un batallar á flor de tierra. No cabían las expansiones de su alma en un marco tan estrecho.

Más que unidad de agrupación política era un apóstol, un apasionado de la justicia, de la libertad, de los postulados que han de llevar á los pueblos á sus más altos destinos, fuera y por encima de las fronteras geográficas y políticas que separan al hombre de la humanidad. Por eso es que en sus peregrinaciones llevó ardores de adalid por doquiera, luchando como en ésta su propia tierra, no por intereses, que no por ellos podía bregar un abnegado, sino por ideas, por ideales. Las florecencias y frutos de la libertad en todo este ángulo meridional del continente americano se deben en buena parte á Juan Carlos Gómez, que arrojó sus semillas á puñados.

Su memoria queda así sustraída á toda restricción, y al hacer la apoteosis de este animoso soldado de la libertad se

congrega todo el pueblo y se oyen los ecos de clamoreos lejanos de adhesión confraternal que vienen del Oeste, que nacen en las costas del Pacífico y recrudecen y redoblan al atravesar el Plata.

Á nombre del Ateneo de Montevideo, en cuya representación tengo el honor de hablar, y en el mío propio, adhiero á este acto de justicia.

EN EL TEATRO SOLIS

LA GRAN VELADA LITERARIA

EN HONOR DE JUAN CARLOS GÓMEZ

LA CONCURRENCIA

DISCURSOS Y POESÍAS

LOS HIMNOS URUGUAYO, ARGENTINO Y CHILENO

EN EL TEATRO SOLIS

LA COMEDIA DE LAS MUGERES
DE LA VILLA

DE DON JUAN DE LA CRUZ

Y DE DON JUAN DE LA CRUZ

Y DE DON JUAN DE LA CRUZ

ASPECTO DEL TEATRO SOLÍS



VELADA DEL CLUB «VIDA NUEVA» EN HONOR DE JUAN CARLOS GÓMEZ

En la noche del domingo se celebró en el teatro Solís la velada anunciada en honor del prócer. El hermoso coliseo estaba lleno, completo, con las familias más distinguidas de nuestra sociedad. En el palco de honor se hallaban los deudos del doctor Gómez, venidos expresamente de Buenos Aires. Después de ejecutado el himno nacional, el señor Alberto Zorrilla abrió el acto con breves y vibrantes palabras, invitando luego al doctor Melián Lafinur á ocupar la tribuna. Este distinguido ciudadano hizo un análisis erudito y prolijo de la personalidad del doctor Gómez, á través de la historia, con frases precisas que le valieron muchos aplausos. Habló después el joven Francisco A. Schinca, por el Club «Juan C. Gómez», con una galanura de conceptos y con una brillantez de expresión que auguran grandes triunfos oratorios al inteligente estudiante. Cerró la primera parte el señor Guzmán Papini y Zas, con hermosas

estrofas, cuajadas de imágenes retóricas, muy oportunas y muy aplaudidas.

Ejecutado el himno argentino, se inició la segunda parte con discursos vibrantes de los señores Justo J. Mendoza y Julio R. Mendilaharsu, joven éste que se reveló un verdadero orador. Como digno broche de la interesante fiesta, el doctor Zorrilla de San Martín recitó magistralmente su « Leyenda Patria », conmoviendo intensamente al auditorio. El himno chileno señaló el fin de la velada.

Entre las familias asistentes, recordamos á las siguientes:

Señoras: María Gurméndez de Cabral, Luisa Gurméndez de Carve, Sofía Castro de Rodríguez, María Gregorini de Canessa, Manuela Herrera de Salterain, Flora Wells de Shaw, Elisa N. de Arena, María Carolina Ramírez de Blixen, Bernardina Muñoz de De-María, María Castro de Figari, Adela Suárez de Cranwell, Gonzala Torres de Cabrera, Manuela Latorre de Arteaga, Elisabeth Trabucati de Acosta y Lara, María Laviña del Guercio de Sosa, Delia Castellanos de Etchepare, Matilde Testaseca de Guerra Romero, González de Pacheco, Saavedra de Supervielle, María Etcheverry de Pons, María Silva de Scoseria, Carmen Perey de Soneira, Elena Demby de Rodríguez, Elena Hamilton de Villegas, Leonor C. de Victorica, Julia B. de Cué, Teresa Spikerman de Vázquez, Pura Parallada de Vázquez, María Fernández de Montaldo, Elisa Etchevarne de Castellanos, Rodríguez de Bastos, María Esther Etchegaray de Sosa Díaz, Rodríguez de Rodríguez, Ruano de Gomensoro, de Michaelson, de Viana, de Marfetán.

Señoritas: Blanca, María Mercedes y Pilar Saavedra, Sara Gurméndez, Raquel Sienra, Esther y Sara Vidal Arteaga, Celia, Elena y Esther Álvarez Mouliá, Aída Gómez, Ana y Margarita Benzano, Manuela Suárez Abella, Élide Etchegaray, María Ana Escudero, María Figari, Amanda y Laura Garabelli, María y Sara Torres Cabrera, María y Celia Gomensoro, Ana María y Lydia Guesalaga, Ema y María Carlota Sanguinetti, María Elena Coll, Elisa y Marfisa Accinelli, Paula y Ester Canfield, Josefina González, Concepción y Josefa Romeu, Juanita Ramírez, Elena y Laura Victorica, María Paullier, Sara Vigil,

Amalia y Carolina Zumarán, Delia Muñoz, Sara Cambiaso, María Labandera, Guerra Stewart, Elvira Pacheco, Arteaga Herrera, María del Guercio, de Papini y Zas, de Amézaga, de Bañales, de Luisi, de Trabal, de Rodríguez, de Büsch, de Preve, de Marfetán, de Fernández y otras.

DISCURSO DE FRANCISCO ALBERTO SCHINCA

Señores:

Estamos en presencia de un acontecimiento que es á la vez un síntoma de evolución hacia idealidades superiores. En una época en que se proclama el triunfo de los bajos utilitarismos y el derrumbe de todas las cosas que se yerguen solitarias sobre los prosaísmos dominantes, el alma popular ha querido volverse hacia un soñador, hacia un romántico, hacia un sensitivo, hacia un hacedor de quimeras, y lo ha traído sobre las ondas del estuario, bajo los colores de nuestra insignia, para que repose de sus nobles combates arrullado por nuestras brisas, coronado por los laureles de la tierra nativa, besado por el sol de la patria, por el mismo sol de la patria que irá á dejar una caricia en el mármol del mausoleo simbólico ó en el bronce de la estatua memoradora. ¿Qué importa la proscripción, la diatriba, el insulto, la imputación difamatoria, la corona de espinas, la cruz inmerecida y la hiel de la hora dolorosa! Hay testas que se inmergen en los azules infinitos, en los éteres inviolados, y cuya majestad hierática y tranquila reclama esta aureola de estrellas, este nimbo de astros: el ostracismo con sus soledades, el martirio con sus agonías, el menosprecio de una época, cuando ese menosprecio significa la consagración de la posteridad.

Y así este luchador, este filósofo, este poeta, este sublime concertista de la palabra y de la idea, que viene envuelto en



FRANCISCO A. SCHINCA.
ORADOR-DELEGADO DEL
CLUB «JUAN CARLOS
GÓMEZ».

su cimera de sueños, en su gran cimera de sueños, inmune del vejamen, de la procacidad, de la calumnia irreflexiva, de la impiedad histórica. Como en la tragedia d'annunziana, á través de cuyas páginas los dioses y los héroes gesticulan entre los broncees de los poemas homéricos, el prócer cuyos despojos hemos ido á pedir á las entrañas de una tierra extranjera, es de la estirpe de los viejos atridas intelectuales, de los viejos creadores del verbo, de los evangelizadores de otra edad, de aquellos que han pasado entre la sangre de las heridas injustas, entre la bruma de las tristezas irredimibles, diciendo de los apocalipsis y de los paraísos futuros, anticipándose á las decadencias seculares, renovando los antiguos troqueles, haciendo cristalizar el lenguaje profético en nuevas formas de expresión, clarineando todas las albas, gimiendo en todos los crepúsculos; porque ellos han encarnado, en la victoriosa supervivencia de sus espíritus, las complejidades de esa entidad múltínime que es el pueblo en la Historia, la humanidad en la Filosofía, la grey en la Religión!

Dejadles á esos anunciadores de los evangelios del porvenir el canto, el himno, el apólogo y la leyenda; su elocuencia se hace fuerza en la masa; el vigor de sus ideologías auspicia las más definitivas revoluciones sociales y políticas; son los grandes precursores sin ser los grandes convulsionarios; deslumbran, seducen, persuaden y arrastran con la palabra, porque en ellos la idea es el antecedente lógico de la acción; « Voltaire prepara á Mirabeau, » ha exclamado, en una arenga demosteniana, el cíclico poeta de « Los castigos ». Juan Carlos Gómez representa entre nosotros ese apostolado del pensamiento. Su obra está llena de elevaciones y de vértigos. Leedle en sus discursos, leedle en sus estrofas melifluas ó imprecantes, leedle en sus oraciones filosóficas; seguidle hasta la cátedra convertida en agora, hasta la tribuna convertida en montaña, hasta el Parlamento convertido en nube propicia á todas las tempestades del verbo, y siempre le veréis consagrado á los cultos de la eterna belleza, á la adoración del inmarcesible ideal, á las genuflexiones frente á la Gracia, á los arrodillamientos ante el Numen!...

¡Qué espíritu, señores, qué porfirogénito espíritu, de una potencialidad irradiante, el de este melodista de la melancolía, el de este poeta que ha forjado sus ritmos, ora en el hierro de los yambos, ora en el oro de los madrigales; que ha puesto el oído á las campanas de Hugo, á las sonoridades de Theo, á las sollozantes rebeldías de Byron, á las suspiradoras músicas de Musset, y á las quejas de Becquer; que ruge, que canta, que llora; que ha florecido en una inagotable primavera romántica, ebrio de todas las armonías y de todos los soles! Su verso es como una condensación del sentimiento, como una polarización hacia la belleza increada; y si en la oda á la libertad tiene el resonar temeroso de una armadura de guerrero, y en algunas composiciones esplende como un esmalte insigne y heráldico, en otras la velada cadencia se despliega con la serenidad de una meditación lamartiniana...

Y en todas partes la pasión, la nostalgia del cielo, el lirismo desengañado y escéptico, el impulso hacia el bien, y la nietzscheana voluntad de crear. Porque yo no concibo al poeta conductor de muchedumbres, explorador de horizontes espirituales, cantor de entelequias magníficas, si no es como Homero en su ceguera clarovidente, como Petrarca en su soledad fecundísima y propiciatoria, como Dante en sus círculos infernales y en sus brumas teológicas; si no siente las irresistibles vocaciones al sacrificio; si no sabe adaptarse á todos los movimientos del alma colectiva y traducirlos en cantos perdurables y en imperecederos acordes; si no se ofrece como un estoico á los estigmas del suplicio y como un místico á las inmolaciones por la fe; si no deja rodar sus sinfonías inefables en las alas de todos los vientos; si no sabe vestirse la púrpura de su realza extraterrena; si no lleva en la pequeñez de su envoltura corporal la inconmensurabilidad del océano con sus eternas versatilidades y con sus agitaciones eternas; si no posee el instrumento milagroso, la mágica palabra, el acento inspirado, el celaje, la perla, el arco iris, el secreto de todas las músicas, de todos los llantos y de todas las ascensiones!...

Yo no concibo al poeta que no haga vibrar la emoción en todas las almas, el fervor en todos los corazones, la inmensi-

dad en todas las retinas. Y no lo concibo, señores, porque el poeta es más que el legislador, es más que el filósofo, es más que el sacerdote: es la majestad que más se aproxima á lo absoluto, la cumbre que más se aproxima al firmamento, el hombre que más se aproxima á Dios!...

Pero en Juan Carlos Gómez, señores, no sólo el rimador, no sólo el vate, no sólo el filarmonista se impone al reverencioso homenaje de la posteridad. La historia de los tiempos que han sido es nuestra mitología popular, nuestra iconografía gloriosa. Y bien: en las nieblas de esa mitología, yo me figuro el alma de Gómez como un alma esquiliana que se encara con el destino, que nos sobrecoge con sus pasiones formidables, que nos llena de vértigos la conciencia, que nos anonada con su fortaleza superhumana, que tiene la portentosa vitalidad de los semidioses, y que aun atada á la roca de las expiaciones inmerecidas, roba el fuego sagrado para transmitirlo intacto á la humanidad, mientras una noche acongojante, una última noche, descende, en el fecundo y visionario silencio de las cosas, á deponer una corona de estrellas, una corona de lágrimas, sobre la trágica frente que ha soñado en lo infinito!...

Y yo me figuro así esta alma única, esta alma suprema, después de haberla visto arrastrada, en la vorágine del pensamiento filosófico, hasta resplandecientes abstracciones; después de haberla contemplado en la majestad de sus anticipaciones geniales; después de haber asistido á esas batallas contra la realidad mezquina, contra el ambiente estrecho, contra las transgresiones á la belleza purificante y exclusiva, y después de haberle oído proferir, frente á tantas sombras y á tantas tristezas de la historia del mundo, aquella frase desoladora, lapidaria y sangrienta, aquella frase desesperante que debiera grabarse en el frontispicio de todas las academias, de todos los parlamentos y de todos los cuarteles: «Cuando abrimos las páginas de la historia no podemos menos de exclamar con el poeta latino: *Sunt lacrimæ rerum*. «¡Estas páginas lloran!»

Porque, así fué, señores, esa mentalidad prodigiosa que se ha cernido sobre tantos azules, que ha conquistado tantas cimas: no le bastó el hogar con sus afectos imperiosos, y se

derramó sobre la patria; no le bastó la patria con sus fronteras limitadas, y se derramó sobre la humanidad; no le bastó la humanidad, y se derramó sobre todos los orbes de la idea, encarnando el derecho con sus inflexibilidades austeras, la libertad con sus prerrogativas dignificantes, la razón con sus conquistas pacíficas, la virtud con sus grandezas imponentes, el bien con sus satisfacciones íntimas, la civilización con sus progresivas marchas al ideal!

Yo no creo, señores, en la desaparición de esos espíritus que imprimen dirección á los tiempos y rumbos á las sociedades. Cuando la materia se abate, la chispa sobrevive; cuando el deleznable organismo se entrega á las implacabilidades de la disolución, lo esencial del hombre grande florece en primaveras triunfadoras, se anima á los conjuros y á las evocaciones colectivas, late con el latir apresurado de todos los corazones, y se prodiga, ora en forma de sugestión, ora en forma de ejemplo, sobre las voluntades unánimes, como esas milagrosas armonías que se dilatan en tembladoras ondas por el espacio aun después de haberse extinguido el último compás y vibrado la última nota!... Yo quiero creer, señores, que esas almas de predilección se personifican en el astro del firmamento, en la rosa de las tumbas, en el fulgor selénico, en la linfa cantante y sonora que espeja la inmensidad; en todas las cosas primordiales y puras en que lo infinito se complace. Yo quiero creer que vagan en el aire de nuestros huertos deshechas en aromas, como el alma de los viejos panidas; yo quiero creer que abren sus alas de tiniebla en el ambiente de nuestros congresos, inspirando las grandes resoluciones; y que son ellas, señores, esas almas taumatúrgicas, esas almas imperiosas, las que dejan caer en los oídos de las madres las graves palabras reveladoras; las que enseñan el himno de la patria á las falanges de nuestras escuelas; las que señalan á todas las generaciones esa lontananza que es la vida, esa transfiguración que es el martirio, esa altitud que es el deber!

Y ya han vuelto al amor y al regazo de la tierra nativa aquellas cenizas venerandas, aquellos despojos sagrados que reposaban en la paz y en la hospitalidad de un suelo hermano,

bajo la caricia de otras constelaciones, al rumor de otros árboles y al eco de otras brisas... En nombre del Club «Juan Carlos Gómez», yo declaro que iremos á esa tumba, de la que surge tanta luz, tanta enseñanza y tanta gloria, los que, como el bardo caído y llorado, esperamos al poeta meditativo y veraz, al poeta bueno que nos hable de las tristezas más íntimas, de los dolores más hondos, de las angustias más secretas; los que en estas décadas de materialismo corruptor y de desprecio por la belleza indeficiente nos volvemos hacia la quimera vestida de luz increada y aureolada de estrellas inextinguibles, como en los paraísos del poema dantesco; los que en las épocas de claudicaciones morales, de desfallecimientos cívicos y de transacciones con la conciencia, sentimos la nostalgia de los caracteres íntegros, de los talentos insobornables y de las virtudes estoicas; y sobre esa tumba, señores, iremos á dejar el tributo de nuestras lágrimas, iremos á dejar el tributo de nuestros respetos, porque si algo sobrevive á los desastres y á las fatalidades de la materia, á las devastaciones del tiempo y á la inanidad de las cosas, es el pensamiento que calcinó aquel cerebro poderosísimo, es la idea que suscitó tantas y tan intensas agitaciones populares: ¡la idea, la única potestad que no se doblega ante la muerte; el pensamiento, el único derecho adquirido á la inmortalidad de los espíritus!...

He dicho.



GUZMÁN PAPINI Y ZAS

Canto á Juan Carlos Gómez

Él venía de Chile, de los Andes...
Ayo de un Ideal, es el patriarca
de una tribu de ensueños en la Historia...
En la proa estrellada de su arca
traía la paloma de la Gloria!

Venía con urgencias de lirismos...
Fácil á la labor, como el arado
que dirige el labriego, entonces era.
Le habló en Chile, el Océano, de abismos
y de visiones audazmente extrañas...
y el sol le pareció en la cordillera
una idea genial de las montañas!

Allá, en aquel paisaje, con nociones
de lo Inmenso integraba su destino:
la hipérbole del alma es un poeta,
como un beso hiperbólico es un trino.
Soñaba ante el crepúsculo nocturno
que, en traje episcopal de lora violeta,

surge espaldando al peñascal andino
como un gran sacerdote taciturno;
como un gran sacerdote que con bellas
penumbras habituales se decora
y le administra al moribundo día
una insonora Extremaunción de estrellas.

Él aprendió á soñar en ese mundo
donde al Espacio, como á un mar profundo,
tira el cielo del Sud la malla inmensa
de sus constelaciones, que parece
la malla de una red chisporroteada
por mil nudos de plata; una suspensa
muchedumbre de astros que en la Noche
pide á gritos de luz una Alborada;
donde lleva al Zodíaco otra parábola
que trazará con rémiges frondosas
de majestad, de plumas y de fuerza,
sobre el desprecio á las terrenas cosas,
el Cóndor que, ebrio de crueldades, sube
y al recio pico, buscador de rayos,
como á su ancla de hierro, hunde en la nube;
el asesino Cóndor, cuyo vuelo
estentorea como un hipo fuerte,
como un ruido erizado de energía,
como amenaza viva de la Muerte!

En Chile su alba intelectual ensaya:
allá, las alas de su Ideal empluma;
bordeja las costas del Pacífico:
necesitaba tan extensa playa
la ola de luz en que mojó su pluma!
Corsario de la Gloria, fué el Magnífico
pirata de las perlas y la espuma!

Cantó, allá, donde forman las nevadas
cual naufragios de estrellas encalladas

en los picos extáticos y blancos;
donde hay una gimnasia de cascadas
que aplauden con sus ecos los barrancos;
donde, como un acróbata violento,
á quien ya nada arredra,
desde una cumbre á un trampolín de piedra,
sobre el abismo va volando el Viento!

Cuando tornó á esta tierra, prometida
del Porvenir, á donde el sol charrúa
sus áureas flechas por doquier reparte,
donde hoy todo al Progreso se insinúa
y todo pide su canción al Arte,
la Patria, como Máter dolorosa,
aun lloraba su drama de heroína,
el drama en que estrechó su gloria inmensa
en el rincón de luz de la Defensa,
y se redujo á una ciudad gloriosa,
como también la Primavera hermosa,
cuando la cerca inexorable ruina,
graduando una síntesis divina,
primero es un jardín, luego una rosa,
y es la rosa, después, sólo una espina!

Él combatió contra las huestes gauchas,
quiso á las sombras sugerirles luces;
vió al pueblo entre mil lanzas impostoras,
que eran así como agresivas cruces;
vió con la hosca tristeza de un esclavo
la lejanía azul de otras auroras;
dió tajos de oro al nubarrón más bravo,
y, cantando esperanzas giganteas,
con la fe de un apóstol inaudito
sopló la tempestad de sus ideas
para aventar el polvo del Cerrito!

Catarata de sol del Continente,
él sufrió sus derrotas afligidas;
él fué como un Anteo intermitente:
¡Si no existiesen cumbres ni caídas,
el mundo no tendría ni un torrente!

Cual polvareda de oro levantada
en cien combates, aun flotaba en todo
la leyenda espartana de Rivera;
de aquel, cuyo caballo de victoria,
hastiado de vencer sobre este suelo,
se paraba en dos pies sobre la Gloria,
como para irse en un galope al cielo!
de aquel Rivera, alumbrador de patrias,
de fulminantes resplandores dueño;
igual á un Aladino de la América,
cuya lámpara fuese el Chimborazo;
de aquel Rivera, que en su heroico empeño,
¡fué un centinela con la patria al brazo,
allá, en las avanzadas de un Ensueño!

Siempre que un redentor en el espacio
traza su enorme cauda de meteoro,
surge un cantor: cada alba trae su alondra,
y la alondra su lírico tesoro.
San Martín fué el heraldo anticipado
de Andrade; á Gómez lo anunció Rivera,
como es Bolívar quien á Olmedo inspira
y es Napoleón el precursor de Hugo.
¡En pos de los plumachos del soldado,
al Hacedor de las victorias plugo
que marche el bardo, cual clarín sagrado
después del rayo va la nota alada,
la gloria tras la fulminante ira;
como un arco triunfal para la espada,
es el arco sonoro de la lira.
Aunque debiera suceder lo inverso,

debía al Héroe presagiarlo el Verso,
como rindiendo un primordial tributo,
el himno es el que guía á la poblada,
la flor le sirve de vanguardia al fruto
y la hebra azul del manantial que trina,
anuncia, desde lejos, la cascada!

Porque fué un colegial de los volcanes,
discípulo de lavas y de aludes,
recordando el milagro de los panes,
quiso multiplicar nuestro tesoro:
la vanidad de ser nación enorme
predicó á las absortas multitudes,
á la humildad de esta nación pequeña,
y, como á una cascada de lirismo,
al arco azul del horizonte patrio
volcarlo quiso en la extensión porteña!

Fué ampulosa obsesión su anexionismo:
como águila embriagada de insosiego,
rompió á volar y rebasó fronteras...
¡Oh, como el sol de Mayo siempre tiene
en la bandera nacional su fuego
y dora en la argentina sus hogueras,
Juan Carlos Gómez, como un sol humano,
también iluminaba dos banderas!
¡Aunque amaba al terruño solariego,
más que oriental, fué un hombre americano!
¡Se hace río el arroyo que se empeña
no en cantar al remanso ó á la peña,
sino en irle á cantar al Oceano!

El caudillaje lo asolaba todo
con su pujante instinto de pelea:
denigraba la púrpura en el lodo
y clavaba el lanzón sobre la idea.
En tanto Garibaldi, allá, en los Alpes,

cómo á estrella de honor, como á la joya
de una leyenda, conservaba un lampo
del fuego del cañón que en Nueva Troya
dirigió desde la ciudad al campo
rayos de hierro, de grandeza plenos,
que en las caligrafías de la Historia
eran como los nombres de la gloria
seguidos de una rúbrica de truenos!

¡Ah! como el río tumultuoso ruge
entre costas que se hallan frente á frente,
sin reunir las jamás, entre los bandos
del noble Abel y del Caín ardiente,
entre dos grandes costas de heroísmo
de dos Partidos la pujanza iba;
iba la sangre haciéndose torrente
y ahondando un cauce, que ya se hizo abismo,
que es en el cuerpo de la patria un tajo,
¡pues los cauces no crecen para arriba,
sino que siempre crecen para abajo!

Juan Carlos Gómez era un faro altivo
ante el naufragio de un país valiente...
Pastor sin grey, paloma sin olivo,
sagrado templo sin ningún creyente,
en vano, en vano predicó la calma
con no sé qué de inimitable celo;
nuevo profeta, predicaba en vano
en el desierto inmaterial de su alma!
Su ideal profundo como el hondo cielo,
tal vez pudo ser cuenca de un Oceano,
el paño de las lágrimas, consuelo
más que de un llanto, del dolor humano!

Si sufre una presión la húmeda esponja,
lagrimea un millar de gotas de agua.
De sus cuencas vacías brota el llanto,

como brotan las chispas de la fragua.
Sobre la patria que adoraba tanto,
cuyas desgracias le dolía verlas,
él oprimió su corazón piadoso
y saltó de él como un millón de perlas!

Con énfasis de Dios, ante el nublado
que iba tendiendo el caudillaje obscuro,
¡oh noche! dijo; y recordó al Pasado!...
¡Aurora! dijo, y le cantó al Futuro!
Y cruzaron su estrofa agigantada
aquellos Treinta y Tres de la Agraciada,
aquel grupo bravo de aguiluchos,
cuyo halconero fué el triunfo mismo;
aquel grupo de honor y de heroísmo
que cargaba sus bélicos cartuchos
con la pólvora santa del civismo!

Buscó la Primavera en el Invierno,
buscó el lirio en la margen del pantano;
como el Dante á Beatriz en el Infierno,
él le cantó á la Libertad. ¡En vano,
su voz estremecida
fué un toque de clarín en la batalla
y ordenó ¡un alto el fuego fraticida!
Fué lírica llamada á otro destino,
anatema á la Muerte, himno á la Vida!

¡Oh Chile! cuna de visiones grandes,
aula gentil de la energía humana,
para allá San Martín cruza los Andes
y ante él un viejo cóndor aletea;
hacia aquí, por los Andes, cruza Gómez
guiado por un águila: la idea!

¡Oh sublime descenso de las cumbres!
El Héroe y el Poeta, allá, en la altura

donde el torrente da su ronco grito,
hablaron con el cielo, con los astros,
en un diálogo audaz con lo Infinito!
Y bajaron, después, de las montañas
delirando las cosas más extrañas:
bajó el Héroe soñando, sí, soñando
la gloriosa visión de Chacabuco...
Y el Poeta, con su águila adelante,
cual sacerdote errante,
que, allá, en la nube, sólo habló con Cristo
y no habló con el Dios del Universo,
bajó; y era un augusto visionario
que en su mano traía
la cruz de plata del doliente Verso
y en sus hombros de apóstol su Calvario!
Por no sé qué anticipación oía
como al eco de lírica avalancha,
como al rumor de ignotos ventisqueros,
gorjear los clarines de Cagancha
y gemir los tambores de Quinteros!

Perdóname, ¡oh pudor de la leyenda!
si evoco un lustro de ignominia tanta:
¡también hay sangre y légamo en la senda
de quien, cruzando por la historia, canta!
Lo evoco, porque hay voces de castigo
en el gran diapasón de mi garganta...
Con mis fustazos yámbicos apuro
la dorada cuadriga de mis versos;
como á cuatro corceles ya la hostigo,
porque se asusta de ese ciclo obscuro,
y en lugar de ir marchando hacia el Pasado,
quiere retroceder hacia el Futuro!

¡Oh Cristos del Calvario de Quinteros!
Os cantan con la voz de un Continente
en el ámbito aéreo los Pamperos.

Húsares del deber, aun vuestros rastros
marcan la vía crucis de un martirio...
Para velaros, la capilla ardiente
será mi pensamiento lleno de astros.
De vuestra cruz la leña ensangrentada
sirvió para hacer lanzas redentoras
en el taller de honor de la Cruzada!
Caisteis, como el sol en el Ocaso,
legando no sé qué púrpuras bellas,
y así, como una noche emocionada,
vino la Muerte y os llenó de estrellas...
¡Los que mueren así, son los que caen
anunciando una próxima alborada!

Como la enredadera que á las ruinas
cubre de encantos, el canoro Gómez
para la patria despertó el arrullo,
mientras otros la herían con espinas.
Y, dominando el trágico murmullo
de la sangre que se iba con hervores
de lava, rompió estrofas en capullo
para llenar á la nación de flores!

Llegó á la ancianidad. Tanto ascendía,
que, como las montañas, en la altura
halló una nieve venerable y pura
con deshielos de lágrimas y gloria,
que eran como un raudal de poesía;
y así, cual primavera de sus penas,
¡la vejez en su rostro florecía
como una blanca espuma de azucenas!

¡Y sucumbió el poeta!
Del pensamiento el clamoroso atleta
buscó, cansado de su adversa suerte,
para soñar mejor, el sueño eterno,
el subterráneo sueño de la Muerte!

Y, si no como Cristo al tercer día,
recién á los veinte años,
hoy resucita de un injusto olvido,
hoy entra al seno de la patria mía
como á otro cielo en que tendrá su puesto
entre sombras amigas,
¡á la diestra de Nuestro Señor Padre,
á la derecha del sagrado Artigas!

Gran vencido, hoy triunfan tus despojos :
de aquella Catedral abandonada
ante las ruinas hay un pueblo que ora.
¡Ay! volverían á llorar tus ojos,
si revivieras un instante ahora ;
y podrías rugir ante el gorjeo
con que el pueblo le canta á tus cenizas,
mientras les da la gloria un centelleo :
¡Desde la Muerte batallando sigo,
y sobre el verso de Espronceda digo :
ya ni en la paz de los sepulcros creo!

¡Oh Poeta, no esperes el reposo,
no creas en la paz de tu sepulcro !
Juventud de mi patria, en esa tumba
donde yace el titán esplendoroso
hay Evangelios del Deber; á ella
en las noches penosas de mi pueblo
id á buscar la salvadora estrella,
la que arrojada hacia el espacio alumbra
el rumbo de Belén. La muchedumbre
vaya hacia el lecho del poeta inerte,
como en busca de cívicas lecciones,
porque, como la Vida, en ocasiones
también tiene sus cátedras la Muerte!

Caed ante esa tumba de rodillas.
El árbol derrumbado

tuvo en la fronda que perdió, el Pasado,
y aun tiene el Porvenir en sus semillas!
Las semillas que el viento desparrama,
como un aéreo sembrador, defienden
la promesa de un nido y de una rama.
Sobre los surcos de la tierra extienden
el bosque embrionario,
la selva que dará tablas de cuna,
ó que dará otra cruz para el Calvario!

¡Oh! soñador, tenías en la frente
sólo una mancha, que también yo anhelo;
la noble mancha del laurel tenías...
También el sol es un lunar del cielo!

Dijiste, recordando al viejo abate,
he hecho más que Sieyes: ¡he sufrido!..
Cantó por algo el mejicano vate:
siempre «nace el león para el combate,
cual nacen las palomas para el nido!»

Tus ensueños parece que aun tuviesen
campos por luz y floración cubiertos...
Tus ideas aun vuelan, cual si fuesen
las alas vivas de tus hombros muertos!

Cambia de plumas, al mudar de clima,
el ruiseñor de veste transitoria;
mas, nunca pierde tu armoniosa Rima
su plumaje de estrellas de la Gloria!

Arrebolaba á tu escenario inmenso
la mirra de tu fe; signo inaudito,
iba hasta Dios en espiral de incienso,
como interrogación á lo Infinito.

Canta el agua aguzada entre la grieta
en que se envaina como un arma fina:

la lluvia de tu nube de poeta
en los resquicios de mi alma trina!

En el destierro tu altivez destella:
el sol — por su orfandad — nunca se empaña.
Tuviste el aislamiento de la estrella,
la austera soledad de la montaña!

De mi sahumerio la mejor esencia
ante tu altar, ¡oh trovador, inmoló!
¡Besándose pasó por tu existencia
el grupo de Francesca y de Paolo!

Al ademán del rayo que bracea,
imitaba el relámpago de tu ira;
y lo que sentenciabas con la idea,
encontraba un patíbulo en tu lira!

Eras un Fénix del fracaso. Ardiente
surgías de tus propios cataclismos ...
Caías con caídas de torrente,
ahogando con tu llanto los abismos!

Hombre-mar, era trágico tu empeño:
vencer resacas con la blanca espuma ...
Tu estrella de Belén era el ensueño
en la noche de reyes de tu pluma.

Trinaste la canción que filosofa,
mirador de divinas lontananzas ...
¡A los desfiladeros de tu estrofa
cómo iban á morir tus esperanzas!

Diste una tempestad á cada cumbre,
cuando soñabas reformarlo todo ...
¡Tu ancla de luz se hundió en la muchedumbre
para atar las tormentas con el lodo!

¡Oh! tesorero de la estrofa suave,
diste al delito tus sentencias rudas:
¡También el árbol en que canta el ave,
deja colgar de su ramaje á Judas!

Te arrodillaste en el cerrado Huerto
de la meditación del solitario . . .
Y si eras un San Juan para el desierto,
tal vez fuiste un Jesús para el Calvario!

En tu arca se salvaba el sentimiento,
de tu santuario, espiritual aroma;
enviabas tu verso al firmamento
cual Noé su pacífica paloma!

Se ovacionan tus líricas hazañas,
halconero de aladas melodías . . .
¡Viviendo en un naufragio de montañas,
salvavidas de cóndores serías!

El cielo por los astros invadido
como por un millón de mariposas,
recuerda á tu ideal: cielo invertido,
invernadero de un millón de rosas!

Tu Musa en el amor fué una Dalila:
Apolo le ofrecía su melena;
caía en pliegues de atenuada lila
su peinador de Infanta de la pena!

El que las olas de tus versos siente
pasar con trinos de raudal sonoro,
y ve á tu Gloria renovar su hechizo,
como una flor de primaveras de oro;
el obrero que porta su herramienta,
como un arma fecunda del trabajo,
y el que lleva en su blusa la tormenta
que mueve los nublados del andrajo;

el que prodiga del cincel los choques
y — tempestad del genio — sobre el mármol
alza espumas de estatuas en los bloques;
el que hasta el cielo en el ensueño sube,
y crea sus castillos en el aire,
porque sabe soñar en cualquier nube;
esos que al agua en que lavó Pilatos
las manchas de sus manos criminosas,
la harán llanto de un alma arrepentida
ó harán correr hacia un jardín de rosas;
el que anuncia con voz enardecida
la Igualdad del monarca y del obrero,
la comunión suprema de las Razas
en un apocalipsis del Dinero;
el héroe, en cuya noble bayoneta
hacia los cuatro vientos de la Gloria
la Muerte gira, como gran veleta,
en cada tempestad de la victoria;
el sabio, el siervo, el redentor, en coro
sobre la eternidad de tu silencio
pondrán su voz, como un rumor de palmas,
porque aun tus versos, como un hilo de oro,
van espunteando de ilusión las almas!

Guzmán Papini y Zas.

DISCURSO DE JULIO RAÚL MENDILAHARSU

Señoras ;

Señores :

Ante la grandiosidad de este acto, siento que mi espíritu se pliega, como el ave que huyendo de la tempestad se recoge en su nido ó se refugia en la caverna ; yo tengo que hacer, en estos instantes solemnes, un esfuerzo grande, supremo, para hablaros del doctor Juan Carlos Gómez.



JULIO RAÚL MENDILAHAR-
SU, ORADOR DELEGADO DEL
COMITÉ DE ESTUDIANTES
DE PREPARATORIOS.

Yo no sé si mis frases serán capaces de poner á vuestras almas en vibración unísona con mi alma, aunque la memoria del grande hombre os inspire admiración profunda, y al recordar los hechos de su vida, se exhalen de vuestros labios salmos de veneración y estalle en vuestros corazones el entusiasmo con la impetuosidad del torrente.

Yo siento las palpitaciones del alma nacional en el ambiente de este recinto ; yo siento que ellas producen estremecimientos y conmociones . . .

Es porque consagramos á un héroe, y lo transportamos, en carro triunfal, al Olimpo de nuestra Historia.

Es porque al altar en que se conserva el fuego sagrado de la Patria vamos á arrojar gloriosos recuerdos, para acrecentar la intensidad de su luz, asemejándonos así, en nuestra divina labor, á las devadassi indúes ó á las vestales de la antigua Roma !

Es porque immortalizamos á un varón ilustre para entregar su memoria á la veneración popular y al culto de las generaciones del Porvenir. A mí me parece que llega á este recinto, al través de los años, el eco de su voz tribunicia, de su voz de luchador que defendió siempre, con energías prometeanas, las instituciones y las libertades de nuestra Patria !

Y á mí me parece que por allí, por encima de vosotros,

cruza una avalancha de flores escarlatas: son sus artículos de combate que surgen, como evocados por mágico conjuro, para hacernos recordar su brillante actuación periodística, como defensor de los derechos violados y fustigador de los gobiernos opresores.

Y ahora, señores, se nos presenta su esbelta figura: irradiando la frente el alto pensamiento; con sus ojos azules que reflejaban sus ensueños y sus ideales; con sus labios hechos para articular el verbo que subyuga á las multitudes, y todo me impulsa á inclinarme, con vivo recogimiento, ante esa alucinación!

En los tiempos épicos del Pasado lucharon en nuestro escenario político la Barbarie y la Civilización, cuyas legiones se batieron en Cagancha y en los campos de Caseros, como se habían batido en la Antigüedad en las colinas de Maratón y en los llanos de Platea!

Fué la terrible lucha que pintó la vigorosa pluma de Sarmiento en páginas inmortales; lucha «entre los rudimentos de la vida salvaje y los últimos progresos del espíritu humano;» «entre los bosques sombríos y las ciudades populosas;» entre los que deseaban aislar á nuestra América y los que querían abrir sus puertas á todos los adelantos europeos.

Y Juan Carlos Gómez actuó en esa lucha, fué en nuestro país el genuino representante del elemento culto é intelectual en pugna con el caudillaje de los campos, de quien decía que era la negación de toda ley, de todo principio, de toda garantía, de todo derecho, de toda marcha regular de paz y de progreso!

Su mente de pensador y su imaginación de poeta forjaron un sueño, visión grandiosa que encerraba la idea del federalismo platense. Ante ese pensamiento sus adversarios políticos y las mediocridades envidiosas y los espíritus incapaces de comprender la excelsitud de sus ideas, le lanzaron anatemas, le dirigieron apóstrofes, lo motejaron de traidor. Pero el luchador no abandonó su roca solitaria, batida por el oleaje de la calumnia y del rencor; y de pie, abrazado á su vieja bandera de principios,

pudo exclamar con Mirabeau: ¡el Capitolio no está lejos de la roca Tarpeya!

Más allá de nuestras fronteras brilló el talento del doctor Juan Carlos Gómez como estrella de primera magnitud en el cielo de la intelectualidad americana; al lado de Alberdi, de Mitre, de Sarmiento y de otros ilustres repúblicos, se batió, desde el Plata hasta el Pacífico, por los principios más puros de la Democracia!

Lejos del suelo natal, ¡cuántas veces el patriota habrá pensado en el Uruguay querido! ¡cuántas veces el poeta habrá pulsado las cuerdas de su lira para cantarle á nuestra hermosa tierra! ¡cuántas veces el luchador habrá sentido angustias de proscrito, tristezas de desterrado!

Y la juventud todo lo recuerda al hacer esta apoteosis: desde las energías dantonianas del tribuno hasta las utopías sublimes del soñador; desde sus rebeldías indomables hasta su mente, enamorada de la Libertad; desde su alma de girondino hasta su inspiración de romántico poeta!

Y la juventud, que ama todo lo noble, todo lo grande, todo lo ideal, viene en peregrinación patriótica á colocar, con la frente alba y con las manos puras, una corona de laurel en las sienes del prócer esclarecido que tanto honró á nuestra patria con el estoicismo de su vida y con las fulguraciones de su intelecto.

Si nuestro pueblo tuviese predilección por la leyenda ó poseyese el gesto artístico unido al poder de la imaginación, que eran rasgos salientes del espíritu heleno, se hubiera dicho de Juan Carlos Gómez que, al nacer, un cóndor de los Andes se había posado en los bordes de su cuna, como se dijo del divino Platón, que el día en que se presentó ante Sócrates, sobre su pecho se había posado un blanco cisne, de canto melodioso!

Señoras y señores: Son tan grandes las condiciones de nuestro héroe, que su nombre pasará á las generaciones futuras con todos los atributos del símbolo, pronunciarlo será como decir: sublimidad de carácter, fogosidad de alma, ardiente patriotismo, amor á la Libertad. Y si algún día, por desgracia, llegan horas

calamitosas para nuestro país, horas en que las almas desfallecen, inspírese nuestro pueblo en las altiveces y en la austeridad del eminente compatriota para luchar por el imperio de la Virtud, de la Verdad y de las Instituciones!

¡Noble apóstol de los ideales generosos: desde la región de la Inmortalidad en que resides, comunica tu grandeza de alma á este pueblo atormentado por viejos dolores, para que el hierro fratricida no desgarré su seno fecundo, y cuando brille con terrible fulgor como el sable de Lavalleja en Sarandí, sea para abrazarnos todos á la bandera de la Patria!

He dicho.

EN CHILE

LA INICIATIVA DEL CLUB "VIDA NUEVA"

HOMENAJE TRIBUTADO Á JUAN CARLOS GÓMEZ

ADHESIÓN DE LA PRENSA DE SANTIAGO Y VALPARAÍSO

EDITORIALES DE SUS PRINCIPALES ORGANOS

CHILE

LA REPUBLICA DE CHILE

GOBIERNO DE LA REPUBLICA

MINISTERIO DE INTERIORES

SECRETARIA DE ESTADO

Juan Carlos Gómez

Una corporación política y literaria de Montevideo, el Club « Vida Nueva », ha iniciado las gestiones necesarias para la repatriación de los restos del eminente escritor oriental don Juan Carlos Gómez, fallecido hace algunos años en Buenos Aires, y cuya memoria es hoy objeto de admiración entre sus compatriotas.



LA HERMOSA CORONA ENVIADA POR « EL MERCURIO » DE CHILE

Tanto las autoridades como las diversas asociaciones literarias y científicas de ambas orillas del Plata, se han adherido con entusiasmo a la idea de rendir un homenaje a este ilustre periodista, gran sembrador de ideas, cuya huella se puede encontrar todavía en la historia del desarrollo intelectual de tres repúblicas.

La prensa de Chile, y en especial *El Mercurio*, no pueden permanecer ajenos al homenaje que sus compatriotas y sus admiradores argentinos preparan en honor de Juan Carlos Gómez. Es justo, es el reconocimiento de una deuda de gratitud que, al ser llevados sus restos al Panteón Nacional de Montevideo, donde descansarán junto a los de otros hombres ilustres de su país; es justo, decíamos, que en esa ocasión se oiga en alguna forma el nombre de Chile, país a cuyo progreso consagró Gómez los esfuerzos más brillantes de los mejores días de su juventud.

Las agitaciones políticas lo arrojaron a las playas de Chile en la misma época en que otros ilustres proscriptos traían a este país el valioso bagaje de sus talentos literarios, de su espíritu de progreso y de sus entusiasmos. La redacción de *El*

Mercurio, que habían tenido á su cargo los argentinos Sarmiento, Piñero, Frías, Alberdi y Rodríguez Peña, fué confiada en 1846 á don Juan Carlos Gómez, quien, en opinión de uno de sus más ilustres sucesores, fué el más brillante polemista y el más galano escritor entre todos los redactores argentinos de este diario.

Su labor, tanto en este puesto, como en la redacción de *El Diario*, que fundó en 1851, fué muy vasta y estuvo siempre inspirada en ciertas ideas de orden y de conservación social, que no podían menos de ser benéficas y salvadoras para Chile en la época en que los organizadores de este país luchaban precisamente para infundir esos principios en el alma de las instituciones nacionales.

Don Juan Carlos Gómez, á pesar de su juventud y de su espíritu naturalmente impetuoso, fué, como periodista, un defensor convencido del principio de autoridad, y no obstante las tendencias disolventes y revoltosas que por entonces soplaban como una tempestad por sobre toda la América, el hábil polemista estuvo siempre con el arma al brazo en defensa del orden y para propender al robustecimiento de la autoridad.

En su país se le discutió mucho, porque tuvo la valentía de sostener con gran tenacidad la conveniencia de anexar el Uruguay á la República Argentina, temeroso de que su patria, sacudida tantos años por la anarquía, no lograra nunca una organización sólida, y fuera, tarde ó temprano, absorbida por el Brasil. Pero, con el tiempo, los mismos que lo impugnaban han debido reconocer que procedía por móviles elevados y que era un patriota sincero, puesto que, aun desterrado y habiendo hecho de Buenos Aires su hogar, nunca quiso aceptar otra ciudadanía que la uruguaya.

La memoria de don Juan Carlos Gómez es, pues, igualmente simpática para estos tres países, en los cuales vivió y para cuyo progreso produjo sus escritos y mantuvo sus brillantes polémicas. Representa un período de nuestro desenvolvimiento intelectual lleno de interés y que no debemos dejar caer en el olvido. Pertenece á aquella época en que Chile abría sus hogares hospitalarios á extranjeros de todas las nacionalidades,

expatriados voluntarios unos, desterrados otros por las tiranías, hombres eminentes muchos de ellos, que venían á ayudarnos en la tarea de organizar esta nación.

El homenaje que se prepara en Montevideo á la memoria del polemista uruguayo, no debe pasar inadvertido para la prensa chilena, ni para los que en nuestro país se interesan por la historia intelectual americana.

(*El Mercurio.*)

El homenaje á Juan Carlos Gómez

SUS IDEAS DE FILOSOFÍA POLÍTICA

«El homenaje que se prepara en Montevideo á la memoria del polemista uruguayo, decía editorialmente *El Mercurio* del 15 del presente, no debe pasar inadvertido para la prensa chilena, ni para los que en nuestro país se interesan por la historia intelectual americana.»

Estas palabras, escritas á propósito de la próxima repatriación de los restos de Juan Carlos Gómez y de los homenajes que en Buenos Aires y Montevideo se prepararan á la memoria del célebre escritor, se han visto confirmadas por los artículos que toda la prensa le ha estado consagrandó en estos días.

Aun cuando nació en Montevideo, Juan Carlos Gómez pertenece en realidad á tres Repúblicas: á la que reconoció como su patria, á la República Argentina, donde vivió largos años y donde hasta ahora descansan sus restos, y á Chile, donde su personalidad de periodista se reveló con un vigor que acaso no alcanzó en ninguna otra época de su vida.

La redacción principal de *El Mercurio*, que Gómez tuvo á su cargo desde 1846 á 1851, tiene la huella de su personalidad perfectamente acentuada, de su hermoso carácter y de la

valentía moral con que lanzaba ideas, que eran entonces una verdadera audacia.

Es preciso considerar que, en una época de reyuelas, de anarquía, de militarismo y de desorganización, Juan Carlos Gómez ha sido el partidario convencido de los gobiernos fuertes, del orden y de la estabilidad, y ha sabido predicar en este mismo diario esas ideas con un espíritu profundamente liberal, presentando por la primera vez en la prensa de Chile, unidas estas dos ideas que son hermanas, pero que en aquellos tiempos parecían opuestas: libertad y orden.

Se hizo partidario ardoroso de la candidatura presidencial de don Manuel Montt, porque halló en aquel estadista la encarnación de sus ideales. La labor del Presidente Montt, para refrenar la anarquía y organizar el país en todas sus fases, prueba que Juan Carlos Gómez no se equivocaba.

Una revista uruguaya publicó, no ha mucho, una carta de Juan Carlos Gómez al doctor don Pedro Bustamante, en la cual expone algunas de sus ideas fundamentales sobre política. Profundamente herido por el espectáculo de la desorganización de los países del Plata, en aquella época, Gómez escribía en 1876 lo siguiente:

«... Me dice usted que no escarmienta, que todavía no desespera. Y no hay por qué desesperar. Si nada hay para nuestra generación, pobre mártir, otras cosecharán el rudo *défriche-ment* de la tierra que nos ha tocado preparar para la siembra.

Lo que pasa en nuestro país, pasa en todo el mundo, Estados Unidos inclusive. Es una enfermedad moral de la humanidad.

La *democracia*, que con tanta bulla se ha metido, es, si no quiere usted llamarla culpable, la actora de esta descomposición social.

Esencialmente demoledora, ella no puede ser el principio ó el elemento regulador del gobierno libre.

A título de *igualdad*, reclaman su derecho á gobernar los bárbaros, los nulos, los pícaros.

La *democracia* no puede tener otra base de poder que la fuerza, y en su nombre y por su acción impera.

La fatalidad consiste en que no se pueden fundar partidos *aristocráticos*. La palabra *aristocracia* ha representado tan de testables cosas, que la opinión la ha muerto con justicia.

¡Si pudiéramos inventar una palabra que diese por divisa á un partido el legítimo y útil predominio de la inteligencia, la probidad, la abnegación, el patriotismo en el alto y amplio sentido de esta palabra!

¡Si pudiéramos conseguir que fuera opinión y conciencia de los pueblos que la *democracia* debe ser un *hecho social*, en su más ilimitada extensión, pero no un motor de gobierno!

La democracia tiene todavía que descomponer mucho — religión, familia, la sociabilidad en sus diversas fases — y para hacer su obra, necesita sus medios, los que nos dan hoy los gobiernos de . . .

Contra este hecho providencial, lógico, inevitable, yo no veo más remedio que el del marino contra el huracán irresistible: *to go before the sea* — dejarse llevar por el mar — ó hacerse sepultar por las olas.

Yo he preferido lo último antes que asociarme á sabiendas al mal, sin dejar de reconocer que su causa es *abonable*, y que el *mal* es, en la época, un *medio* inconsciente del fin á que se encaminan las sociedades.

Pero esto es filosofía política, y nuestros dolores actuales son reales, dirá usted. ¿Por ventura no buscan tantos en el misticismo de los sentimientos religiosos, refugio á los diarios infortunios de la vida? ¿Por qué no nos será lícito refugiarnos á los desgraciados por la patria en las consoladoras abstracciones de la filosofía?

Sea dichoso y salvemos nuestra amistad en el tabernáculo de los queridos recuerdos.»

(*Las Últimas Noticias.*)

Juan Carlos Gómez y don Manuel Montt

LA AMISTAD DE DOS HOMBRES ILUSTRES

Con motivo del homenaje que argentinos y uruguayos tributarán á la memoria de Juan Carlos Gómez al ser repatriados sus restos, que hasta hoy descansan en Buenos Aires, se ha recordado la actuación de aquel eminente publicista oriental en Chile.

Entre esos recuerdos se ha mencionado la amistad que unió á Juan Carlos Gómez con don Manuel Montt, y que hizo del redactor de *El Mercurio* uno de los más ardorosos partidarios de aquel ilustre estadista chileno.

Personas que conocieron á ambos y á quienes hemos hablado sobre este punto, nos dicen que si el escritor uruguayo era un amigo leal y un partidario convencido de don Manuel Montt, éste tenía por él singular aprecio y consideración.

Un ilustre escritor chileno recordaba á este propósito, en una conversación privada, que en aquellos días de excitaciones políticas tan profundas, los enemigos de don Manuel Montt creían ver móviles interesados en la actitud que en su favor asumía Juan Carlos Gómez. « Sin embargo, agregaba el anciano y laborioso escritor, Juan Carlos Gómez sólo recibió de don Manuel Montt un obsequio que éste le hizo antes de su regreso al Uruguay en 1852, y que consistía en la colección de los clásicos latinos de Nisard, enviada con una expresiva y amistosa carta de despedida. »

El mismo don Manuel Montt había dictado en 1851 un decreto en que nombraba á Juan Carlos Gómez miembro de la Universidad de Chile, lo que, por cierto, no era sino un reconocimiento de sus méritos como pensador y literato.

El mismo Gómez ha descrito en hermosas palabras los sentimientos que le inspiraba aquel grande hombre de Estado chileno. Al recibir la noticia del fallecimiento de don Manuel Montt, dirigió á don Ambrosio Montt la carta que copiamos

en seguida, y que liga admirablemente á estas dos altas personalidades americanas:

« Buenos Aires, Septiembre 22 de 1880.

Señor don Ambrosio Montt.

Querido amigo:

El telégrafo nos ha sorprendido hoy con la inesperada noticia del fallecimiento de don Manuel Montt, que todos creíamos lleno de salud y de vida. Ponderarle la impresión que he recibido sería inútil para usted, que sabe que una época de mi vida está ligada á su memoria, y me creo deudor de mi educación política á su ejemplo y al respeto que me infundieron las cualidades de su carácter y la rectitud de sus juicios.

Los últimos ecos de la injusticia de partido se extinguirán ante la tumba, y el pueblo de Chile reconocerá ahora que le debe la paz de la libertad, la eficacia del gobierno representativo, y la gloria, única en América, de un país gobernado civilmente por la opinión, que ha desplegado un gran poder militar sin el mínimo menoscabo de sus libertades y sin gendarmizar su sociabilidad.

Aquí el sentimiento ha sido unánime. El diario del general Mitre publicó las palabras que le incluyo. Pregúntele si eran suyas. — No, me contestó; pero son la verdad. — Los que le combatieron, como los que le apoyamos, rinden á su merecimiento el mismo tributo. Sus amigos de todos los tiempos no hemos necesitado exclamar con Manzoni: *ai posteri l'ardua sentenza!*

Para los hombres del Río de la Plata, don Manuel Montt tiene una especialidad. La guerra con Santa Cruz haefo de la alianza con Rozas una tradición chilena, que por más funesta que era para la causa de la libertad americana, tenía su razón honrosa de ser y de ampararse en el sentimiento americano. Don Manuel Montt fué el primero en comprender la necesidad de armonizar la opinión liberal de los dos pueblos para bien de la civilización americana, y espero en Dios que esa

armonía se conservará y no habrá Pirineos entre los que debemos ser los reformadores de la desacreditada *South América*.

Pensé escribir un artículo para *El Nacional*, cuya redacción ya no tengo, pero cedí el honor á Sarmiento, á quien de derecho correspondía ser el intérprete de los que guardamos la religión de la consecuencia al pasado de Chile.

Ya que no tuve ocasión de dar testimonio público de mi veneración por el hombre de Estado que ha perdido Chile y que tanto honra á la América española, le ruego presente á su familia, de que es usted tan digno miembro, la expresión de mi profundo pesar, esperando que la consuele de su justo dolor la simpatía con que la acompañan desde los demás pueblos, y el homenaje que rinden á su esclarecido jefe. — Quiérame siempre,

JUAN CARLOS GÓMEZ. »

(*El Mercurio.*)

Juan Carlos Gómez

Los últimos restos de recelos que existieron un tiempo entre Chile y las Repúblicas del Plata han desaparecido en tal forma, que hoy llegan á parecernos como un sueño. Sólo viven, para nosotros, los nombres y el recuerdo de aquellas personalidades argentinas y uruguayas que vinieron á establecer los primeros vínculos espirituales entre su país y el nuestro; pronunciamos con la veneración más profunda los nombres del general don Bartolomé Mitre, de don Faustino Sarmiento, Alberdi, Juan Carlos Gómez, que vinieron á sembrar semillas intelectuales en campos de Chile, recién salido de la existencia colonial.

En estos momentos se inician las gestiones para repatriar los restos, olvidados en Buenos Aires, de Juan Carlos Gómez, escritor ilustre en América y de nacionalidad uruguaya. Las asociaciones literarias y científicas de ambas riberas del Plata

se han adherido con entusiasmo á esta obra de reparación y de justicia.

Los pueblos sólo valen en cuanto poseen una mentalidad superior, con más grande y poderoso esfuerzo de creaciones y de ideas, un sentimiento superior de la vida, de la naturaleza y de las leyes que la rigen.

Todo reconocimiento de esa fuerza superior del ingenio es siempre un homenaje que la sociedad á sí misma se tributa, dignificándose y enaltecándose. Los grandes sembradores de ideas van levantando y enderezando el orden social; cimentan en los espíritus esa base indispensable á todo progreso, imposible sin leyes de alta moralidad y amor desinteresado de la patria.

Juan Carlos Gómez, á quien rinde hoy día su país uno de los más altos homenajes que se pueden tributar á un ciudadano, se encuentra íntimamente ligado á la vida intelectual de Chile, al cual sirvió con el abnegado desinterés de un grande espíritu. Nacido en Montevideo en 1820, en la hora de la consagración de la Independencia americana, vino á nuestras playas en 1842, después de haber publicado versos que revelaban un poeta. La tormenta de las guerras civiles lo desterraba de su hogar. Luego fijaba su residencia en Valparaíso, comenzando en la prensa de Chile la publicación de una serie de artículos que debían granjearle nombradía de escritor y de polemista.

En una sociedad nueva como la sociedad chilena de aquel entonces, debía encontrar relieve y acentuarse la personalidad ardiente y apasionada de Juan Carlos Gómez. Tanto en *El Mercurio* de Valparaíso como en *El Diario* que fundó en 1851, sostuvo las ideas del orden y de la conservación social. No podían borrarse de sus ojos las tristes enseñanzas de las guerras civiles.

No podía desconocer que la necesidad primordial de las jóvenes repúblicas de América era la reconstitución social sobre la base del orden y de la legalidad, de la paz y del respeto mutuo. Las continuas querellas intestinas habían amenazado perturbar la marcha de nuestras sociedades nuevas, destruyendo el prestigio de que pudieran gozar en el extranjero. En Chile,

la sombra sangrienta de Portales fusilado en un motín, servía de advertencia á los que anhelaban el desenvolvimiento nacional, imponiéndoles el camino de la autoridad y del orden.

De regreso á su país, en 1852, continuó su vida agitada de escritor, de periodista y de poeta.

Chile debe á Juan Carlos Gómez los servicios de una propaganda levantada en el orden de ideas indispensables en una sociedad naciente. Era un grande escritor. Los jóvenes que se ensayaban en el cultivo de las letras encontraron un maestro en el estilo, á la vez que un pensador de alto vuelo. Nuestras primeras generaciones literarias sintieron entonces, por primera vez, las nobles y desinteresadas emulaciones de la gloria literaria.

Sanfuentes, García Reyes, Lastarria y otros, tomaron á empeño la demostración de que el espíritu de Chile poseía la fuerza y vigor suficientes para crear una poesía y un arte propios, nacidos en el terruño, alimentados en nuestra propia tierra, despertados por nuestros mismos horizontes.

En esa grande obra ha cabido una parte inolvidable al grande escritor uruguayo. Se ligó voluntariamente entonces á la personalidad naciente de nuestra tierra chilena.

La memoria de Juan Carlos Gómez ha quedado unida á la historia literaria de la América joven. Su nombre, así como el de Mitre y Sarmiento, Alberdi y otros, sirve de lazo de unión á países que comenzaron en común la vida de las naciones; que lucharon juntos por su independencia, y que siguiendo caminos análogos, trataron de cimentar su sociedad, su formación política y su desarrollo literario, contemplando unos mismos horizontes que, á veces las mismas grandes personalidades les señalaron.

(*El Ferro-Carril.*)

Juan Carlos Gómez

En los momentos en que se inician las gestiones para repatriar de Buenos Aires á suelo uruguayo los restos de este grande hombre, cúmplenos consagrar á su memoria un recuerdo de cariño y gratitud á que de sobra lo han hecho acreedor su amor al suelo chileno y los servicios que en época ya lejana le supo prestar á la intelectualidad nacional.

Vientos de tempestad lo alejaron de su patria, en donde ardía la guerra civil con todos sus horrores, y arribaba á las playas de Chile en 1842.

En los diez años que permaneció en nuestro suelo, Juan Carlos Gómez llevó una vida de actividad poco común, ejercitando sus talentos en el campo de la prensa, colaborando en unos diarios y fundando otros, y siempre esparciendo en nuestro pueblo la buena simiente de las ideas de libertad y progreso.

Los difíciles tiempos en que este ilustrado joven contribuía con sus esfuerzos á levantar nuestra cultura intelectual, le dan á su obra un mérito que la hace acreedora á la gratitud con que los chilenos recordamos los nombres de Sarmiento, Mitre, Alberdi y tantas otras brillantes personalidades de allende los Andes, que son y han sido el más poderoso lazo de unión de los destinos de esta parte del continente americano.

Al rememorar en estos momentos los servicios con que Juan Carlos Gómez vinculó su nombre á nuestra historia social y política, no nos es posible señalar hasta qué punto influyó su levantada y patriótica propaganda en favor de las ideas de legalidad y orden, en la cultura general de un país que, como el nuestro, ha escapado á los horrores de las guerras civiles en condiciones superiores á todas las demás naciones de la América latina.

Su labor incansable dió espléndidos frutos, y la mejor recompensa á sus generosos esfuerzos debe ser la gratitud con que la prensa entera del país se descubre ante su recuerdo en los momentos en que sus despojos mortales van á dormir

en suelo uruguayo, á la sombra del amor de sus conciudadanos y del respeto de tres naciones hermanas.

(*La Ley.*)

Juan Carlos Gómez

HOMENAJE SIGNIFICATIVO

Por iniciativa de un Club político de la juventud uruguaya, deberá verificarse dentro de poco en Montevideo una ceremonia profundamente significativa: la repatriación de los restos del gran patriota y escritor oriental Juan Carlos Gómez, fallecido y sepultado hace algunos años en la ciudad de Buenos Aires.

Esta ceremonia debe también interesarnos á los chilenos, porque aquel escritor, emigrado á este país junto con otros argentinos ilustres en la época de la tiranía de Rozas, hizo de la nuestra su segunda patria, y contribuyó con su pluma y sus talentos á la obra de progreso general, de perfeccionamiento de nuestras instituciones republicanas, al desarrollo de la cultura.

Fué periodista eminente. Redactó uno de nuestros diarios y fundó otro, que llamó la atención pública por las originales ideas que sembraba, y en las cuales se trasparentaba un incommovible amor al orden, al principio de autoridad, como única base de progreso para estas jóvenes repúblicas.

Gómez fué un soñador, superior á su época. Soñaba con una especie de confederación americana, y con un régimen de autoridad sana y respetable, encaminada sólo al bien y al progreso de estos pueblos.

En la manifestación que se prepara estará representada la prensa chilena. ¡Digna y merecida asociación del periodismo nacional á los homenajes póstumos de uno de sus más brillantes adalides!

Pero no sólo la prensa debe estar allí representada. Debe sonar en ese acto solemne el nombre de la nación chilena, del pueblo. Porque á los vínculos históricos que nos unen con aquel escritor, debe agregarse la circunstancia de que la urna de sus cenizas será cubierta con las banderas argentina, chilena y uruguaya. El acto tiene, pues, un significado internacional, que hace más noble y más grandioso el carácter de la ceremonia.

¡Son tres naciones que, unidas por la paz y la amistad, confunden sus banderas y se inclinan sobre los despojos de un hombre superior, que amó á las tres, sembró en las tres santas ideas de libertad y progreso, y soñó con la unión sólida é indestructible de la nacionalidad americana!

(*El Chileno.*)

Juan Carlos Gómez

En una época en que los principios de orden y de respeto á la autoridad nada valían, en que las revoluciones eran frecuentísimas en los países de Sud-América, en que Chile, Argentina y Uruguay, recién salidos á la vida libre, se estremecían en convulsiones de muerte que hacían peligrar su existencia misma, se levantó un hombre que predicó, por medio de la prensa, las verdaderas doctrinas administrativas, que predicó el orden cuando todos practicaban el desorden, que enseñó el respeto á la autoridad, cuando la autoridad no era respetada de nadie. Este periodista, que, como los profetas de la antigüedad, enseñó doctrinas nuevas y censuró los errores de sus contemporáneos, es Juan Carlos Gómez.

Uruguayo de nacimiento, fué obligado á salir de su patria por sustentar doctrinas enteramente contrarias á las ideas reinantes y el modo de ser de sus conciudadanos. En una época en que las revoluciones eran el pan de cada día, él escribía

en los periódicos con una energía indomable contra los que atropellaban la autoridad constituida.

Desterrado del Uruguay el año 1842, se vino á Chile, donde siguió difundiendo, por medio de la prensa, las ideas que con tanto entusiasmo había defendido en su país natal.

Diez años vivió entre nosotros, trasladando luego su hogar á su patria, donde vivió algunos años; pero muy pronto un nuevo destierro lo obligó á cambiar su residencia á Buenos Aires, y allí murió, después de haber conquistado el honroso título de campeón del orden y del principio de autoridad.

A medida que han pasado los años, que largos períodos de tranquilidad interior han hecho apreciar la bondad de las doctrinas sustentadas por Juan Carlos Gómez, su figura se ha destacado entre todas las de sus contemporáneos, ha tomado las proporciones de un gigante, y su nombre se ha impuesto á todos los hombres de saber que estudian la marcha de los pueblos.

Los hombres de ciencia y de verdadero estudio de las Repúblicas del Plata, al estudiar los escritos y las doctrinas sustentadas por Juan Carlos Gómez, han encontrado en ellos las doctrinas imperantes en la actualidad, y han comprendido que el periodista que las enseñó hace cincuenta años, adelantándose á su época, era un hombre superior en el orden de las ideas.

Uruguay y Argentina se preparan para repatriar á Montevideo, con toda la pompa y solemnidad posibles, los restos de Juan Carlos Gómez que hasta ahora descansan en Buenos Aires, y con motivo de esta ceremonia, hacen cumplido honor á quien en vida no se le supo apreciar.

Es un deber de nosotros, los chilenos, asociarnos á la manifestación que preparan los uruguayos y argentinos en honor de Gómez, ya que en Chile publicó sus mejores artículos, y la semilla de sus doctrinas encontró mejor campo que en ninguna otra de las Repúblicas americanas.

(*La Unión.*)

Juan Carlos Gómez

He aquí un nombre cuyo recuerdo estará siempre ligado á las más brillantes páginas de la historia sudamericana.

Fué Juan Carlos Gómez uno de esos seres providenciales que aparecen en los pueblos, precisamente en la época que más se les necesita.

Uruguayo de nacimiento, emigró de su querida patria en 1842, impulsado por las tormentas políticas, y vino á labrar su nido en nuestra hospitalaria tierra, á cuyo servicio consagró las sin iguales dotes de su preclaro talento y las producciones de su brillante pluma.

Literato esclarecido y periodista de fuste, defendió en la prensa diaria los principios de orden y de autoridad tan necesarios á estos países, que por entonces apenas nacían á la vida republicana.

Él sabía, por la triste experiencia, cuánto cuestan á un país las guerras civiles y las ambiciones de los hombres faltos de patriotismo.

Llegó á Chile en una época en que la voz de la prensa no era sino el eco de las pasiones políticas y de las polémicas más ardientes; aceptó un lugar en las filas del periodismo, pero su pluma fué el baluarte de la verdad. Su opinión era siempre serena y desapasionada.

Tenía la facultad de conocer á fondo el temple de los hombres, y por eso, cuando la dirección del diario en que escribía no le permitió prestigiar la candidatura presidencial de don Manuel Montt, él prefirió abandonar su puesto diciendo: «hombres como éste son los que necesita el progreso de Chile y de toda Sud-América.»

El grandioso monumento con que más tarde se ha inmortalizado la memoria de Montt y su Ministro, son testimonio bien claro del acertado juicio que sobre él había dado su admirador.

Vivió diez años entre nosotros y volvió á su país, donde

un nuevo destierro le hizo fijar su residencia en Buenos Aires, donde continuó la grandiosa obra á que se había consagrado en Chile.

Ahí lo sorprendió la muerte, sin tener siquiera el consuelo de encontrar una tumba bajo los árboles de su patria...

Muchos años han transcurrido ya, y cuando parecía que su recuerdo iba á extinguirse entre las sombras de la indiferencia y el olvido, los intelectuales del Uruguay, de ese noble país que en un tiempo no supo apreciar el tesoro de su talento, van á repatriar sus preciosos despojos, consagrándoles un monumento que mantenga su recuerdo siempre fresco en la memoria de sus conciudadanos.

Chile, agradecido á sus servicios, se asocia á esa manifestación, y nuestra bandera, cuyos pliegues sólo pueden cobijar á los héroes, cubrirá también su féretro.

Y Juan Carlos Gómez bien merece tal honor... Héroe infatigable, no combatió, es cierto, entre el humo de la pólvora ni el estampido del cañón, pero sí en un campo más noble: consagró su reposo y bienestar á la lucha contra los errores que amenazaban segar en flor el hermoso porvenir de las jóvenes Repúblicas sudamericanas.

Defensor heroico del orden y de la autoridad, á él debe Chile, quizás en gran parte, el no haber sido constantemente agitado por las guerras intestinas que han atrofiado el progreso de otras Repúblicas.

El 8 de Octubre descansarán en el panteón de Montevideo los restos de Juan Carlos Gómez. ¡Duerma ahí el sueño de los héroes, el sueño de la inmortalidad!

¡Dichoso él, que al morir pudo dar una mirada á la obra de civilización, orden y progreso realizada en tres naciones, y exclamar con más razón que el poeta: *Monumentum exegi aere perennius!* Me he levantado un monumento más duradero que el bronce!

(*El Diario Popular.*)

Juan Carlos Gómez

Le ha correspondido ahora el turno de la gloria póstuma á uno de esos grandes intelectuales sudamericanos, que durante su vida hicieron prodigiosa labor de enseñanza progresista con la pluma del periodista y con el verso del bardo, para obtener de la ingratitud de los pueblos el olvido y el ostracismo.

Juan Carlos Gómez.

Las primeras manifestaciones de esta intelectualidad se ofrecieron en el Uruguay, su patria, en los momentos en que convulsionaban el suelo de la América esos estallidos de las pasiones que se producen, quién sabe por qué fatales designios, en los primeros lustros de los pueblos, cuando todavía persiste el aroma del óleo crismal de sus libertades públicas.

Él escribía entonces, con la valentía de los privilegiados, preconizando las bondades del orden, la necesidad del respeto á las autoridades constituidas, como un principio necesario para afianzar la vida nacional y encauzarla en las vías del progreso.

Los partidos que triunfaron en motines, castigaron la osadía del joven escritor desterrándolo del suelo de la patria. Vino á Chile entonces, en 1842.

Aquí encontró ambiente propicio para continuar la hermosa propaganda de su credo, y luego sus palabras hallaban eco y sus doctrinas se expandieron como una buena semilla.

Muchos de los distinguidos escritores que honraron un cielo en la edad de oro de nuestras letras nacionales, bebieron en esa fuente de sanos principios las primeras ideas inspiradas, las sílabas de un verbo de paz, de orden, de respeto y de progreso social.

Después volvió á su patria, para caer de nuevo en la desgracia de las persecuciones, cuando ya sus años de santa lucha le pedían el reposo sagrado del hogar. La Argentina le brindó refugio y luego una sepultura, esa misma que hoy va á devolver sus restos á la patria, convencida ya de sus bondades y

de sus grandes sacrificios en aras del más bello de los humanos ideales.

Á esta obra de reparación y de justicia, á esta hermosa apoteosis del talento y de la grandeza, á este acto que enaltece á los hombres y los hace meritorios de los grandes perdones, debemos concurrir todas las nacionalidades americanas.

Porque la grandiosa labor progresista y sociológica de Juan Carlos Gómez no fué una labor exclusiva. Como apóstol, predicó el bien para todos; su obra se inspiró en un delicado sentimiento de americanismo, fundándola en sanos principios de fraternidad.

Sus preceptos han servido para normalizar la vida de casi todas las jóvenes Repúblicas de Sud-América, que hoy en el camino recto han podido reconocer la bondad de sus discursos, la clarovidencia de sus principios y la sana razón que los inspiró en los momentos en que pudo predecir los grandes destinos.

Nosotros hemos reconocido la necesidad justiciera de adherirnos á esa manifestación uruguaya que lleva á su panteón de gloria á uno de sus hijos más preclaros. Una idea flota al respecto en este mundo literario. Falta sólo encarnarla y darle forma.

Al respecto, querríamos insinuar, de acuerdo ya con algunos, que, el 8 de Octubre, fecha en que se verificará el sepelio de los restos de Juan Carlos Gómez en Buenos Aires, celebráramos en Chile una velada literaria en su honor.

La respuesta á esta indicación corresponde al Ateneo de Santiago, la institución que más genuinamente representa á los núcleos literarios de nuestra patria.

(Los Debates.)

ADHESIÓN DE LA INTELLECTUALIDAD CHILENA

SOLEMNE VELADA EN EL ATENEO DE SANTIAGO

DISCURSOS Y CONFERENCIA

PENSAMIENTO DE JUAN CARLOS GÓMEZ

EN EL ALBUM DE LA SEÑORA EMILIA HERRERA DE TORO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
540 EAST 57TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637
U.S.A.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

CHICAGO, ILL. 60637
U.S.A.

CHICAGO, ILL. 60637
U.S.A.

CHICAGO, ILL. 60637
U.S.A.

En homenaje de Juan Carlos Gómez

EN EL ATENEO DE SANTIAGO. — ASISTENCIA DEL CUERPO
DIPLOMÁTICO Y CONSULAR. — INVITACIÓN ESPECIAL Á LA PRENSA

Los miembros del directorio del Ateneo de Santiago acogieron favorablemente la idea insinuada por *Los Debates*, para celebrar una velada fúnebre en homenaje á la memoria del eminente escritor, orador y publicista uruguayo, señor don Juan Carlos Gómez.

La velada tendrá lugar en la noche del 7 de Octubre próximo.

Por nuestra parte, sabemos que los señores miembros del Cuerpo Diplomático, especialmente los americanos, se harán un honor en concurrir á esta velada, en homenaje á la República uruguaya.

Sabemos también que el Cuerpo Consular, por el autorizado conducto de su mesa directiva, invitará á los señores cónsules á esta velada, en la cual, entre otros oradores, hará uso de la palabra uno de los directores del Ateneo, que hará la apología del ilustre extinto.

Á este acto serán invitados, especialmente, los representantes de la prensa de esta capital, los corresponsales de provincias y todos aquellos colegas que se adhieran á esta manifestación.

La velada en honor de Juan Carlos Gómez

EN EL ATENEO DE SANTIAGO

Presidió la sesión el señor don Santiago Aldunate Bascuñán, quien tenía á su derecha á don Dionisio Ramos Montero y á su izquierda á don Samuel Lillo, secretario de la institución.

El señor Aldunate Bascuñán inició el acto con frases llenas de sensatez, en que los nobles arranques del patriotismo aparecían vigorosos dentro del marco severo de una locución correctísima.

Siguiólo en la tribuna el señor Montaner Bello, quien provocó, con justicia, el tributo espontáneo de los aplausos.

Á continuación, el señor Silva Vildósola dibujó, con sobrios y acertados lineamientos, la figura noble y desgraciada del preclaro oriental, exhibiéndolo en su cátedra del diarismo arrancando lumbreras de su pluma para iluminar tres naciones, mientras él quedaba envuelto en la sombra del infortunio.

Terminó la velada con el discurso del señor Ramos Montero, secretario de la Legación del Uruguay, quien, en nombre del Club « Vida Nueva », de Montevideo, expresó, en forma cultísima, sus agradecimientos á los intelectuales chilenos por ese acto de glorificación tributado á la memoria del prócer uruguayo, y finalizó acentuando la gran significación que tenía para la solidaridad sudamericana, esa alianza cordial de tres naciones congregadas para hacer la apoteosis de un periodista.

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL ATENEO, SEÑOR DON SANTIAGO
ALDUNATE BASCUÑÁN, AL ABRIR EL ACTO

Señoras y señores:

El Ateneo de Santiago se asocia hoy gustoso á la noble iniciativa del Club « Vida Nueva » de Montevideo, y dedica la presente sesión á la memoria de Juan Carlos Gómez y al recuerdo de sus servicios en bien del progreso, del orden y del desarrollo armónico de tres países sudamericanos, Uruguay, Argentina y Chile.



SANTIAGO
ALDUNATE BASCUÑÁN

Este poeta, pensador, polemista y hombre de estado, fué ante todo un luchador, un propagandista, un esparcidor de ideas, un altruista y un corazón americano.

Por eso esta institución responde con un entusiasta eco de simpatía, á la honrosa iniciativa con que el elemento intelectual de Montevideo ha promovido la repatriación de los restos de un ciudadano ilustre del suelo uruguayo, que, si fué desconocido y atacado en una época de luchas partidaristas, es restaurado hoy á la justicia, el honor y á la gloria que merecen sus servicios y la pureza de su carácter y de sus esfuerzos. Nacido en Montevideo, su anhelo de libertad y de orden lo hizo venir muy joven aún, casi un niño, á nuestro país, que comenzaba en 1841 á cimentar su organización, y en el cual se despertaba en el ambiente de paz, el amor al trabajo y al orden.

En el período de nuestra vida que comenzó con el gobierno de 1841, las fuerzas vivas y sanas del país tuvieron su expansión, y, al mismo tiempo que se regularizaban nuestras instituciones públicas y que la tranquilidad permitía el desarrollo y fortalecimiento de la naciente industria nacional, surgía también en el país un movimiento intelectual de cierto vigor y de cierto libre vuelo.

Al lado de Bello, de Lastarria, de García Reyes y de tantos otros chilenos de talento y de empuje, luchaban entonces en Chile por la idea y por el adelanto general muchos hombres, que, aunque no nacidos en nuestro territorio, habían nacido en esta América, y al par que los nuestros, tenían en su alma el amor á la libertad y el deseo de que sabias instituciones y gobiernos prudentes y honrados, condujeran á estas jóvenes repúblicas por el camino del bien y del progreso armónico.

Al lado de los argentinos Mitre, Sarmiento, Alberdi y otros, se hallaba en primera fila el uruguayo Juan Carlos Gómez, prófugo como ellos de la tiranía. Estos hombres han contribuido con su pluma, con su palabra y con su ejemplo, al adelanto institucional de nuestro país y á su impulso intelectual, cuando la paz exterior, sellada recientemente, y la tranquilidad interior, permitieron el feliz resurgimiento de que ya he hecho recuerdo.

Juan Carlos Gómez tiene, pues, la carta de ciudadanía chilena, porque ha sembrado entre nosotros la hermosa y fructífera semilla del bien y del adelanto nacional, ha vivido con nosotros la vida de la lucha por el progreso, por el mejoramiento de esta sección, de la que era para él, la gran patria americana.

Por eso los chilenos, con iniciativa propia, nos asociamos á una obra de reparación, que es al mismo tiempo una obra de gratitud de Chile para el que desinteresadamente la sirvió bien y con un gran corazón americano. Desde las columnas de *El Mercurio*, y después desde el periódico que él mismo fundó y dirigió, Gómez dilucidó casi todas las cuestiones de interés general, nacional y social que constituían los problemas de organización del gobierno de este país, y de la formación de una nación consciente, libre y ordenada.

En esta tarea se ocupó hasta 1852, época en que se trasladó á su país, para radicarse después definitivamente en Buenos Aires, donde atormentado por la nostalgia de su patria nativa, y combatiendo incesantemente con su elegante y valiente pluma por el adelantamiento del país que le daba alber-

gue, falleció en 1884, con la amargura del destierro y con la perenne energía, elevación y generosidad de su espíritu, que se apagó de repente, como cae el sol en el ocaso, sin perder su brillo ni su fuerza y lozanía.

Es noble el pueblo que, como Montevideo, inicia y ejecuta una obra de reparación histórica, y Juan Carlos Gómez se levanta hoy ante la América en una exhibición grande y luminosa, levantándose su imagen en un hermoso trípode que descansa en las tres patrias de Juan Carlos Gómez: Uruguay, Argentina y Chile.

Inspírese, pues, la juventud en este ejemplo de un gran carácter, impulsado por un grande espíritu, que amó el bien por el bien, y que anheló activamente el reinado de la justicia, el mejoramiento de la especie humana, en este rincón de la tierra que se llama Sud-América, sin distinción de nombres, ni estrechos amores ni prevenciones.

Uruguay, Chile y Argentina, que tenemos destinos comunes, nos aunamos hoy para saludar en su última morada, en el suelo nativo, á un hombre que trabajó por nuestra solidaridad intelectual, más sólida y de más vastas consecuencias que la comunión comercial y que los intereses materiales del momento.

Mañana irán sus despojos á descansar en la tierra patria, envueltos en tres pabellones y velados por tres cariños: el del Uruguay, el de Chile y el de la Argentina.

El director del Ateneo, don Ricardo Montaner Bello, os dirá quién era Juan Carlos Gómez.

CONFERENCIA LEÍDA EN LA VELADA DEL ATENEO,
POR DON RICARDO MONTANER BELLO



RICARDO MONTANER BELLO, publicista é historiador

Señoras y señores:

En todos los tiempos, puede decirse que la gloria militar ha constituido la mayor ambición de los hombres, y los favorecidos por ella ganan los aplausos de sus contemporáneos, la brillante situación de la vida y las páginas de la historia. Casi todos los monumentos antiguos que se desentierren hoy día, fueron elevados con el exclusivo objeto de perpetuar hazañas guerreras, y sus inscripciones han transmitido á la más remota posteridad los nombres de famosos caudillos. Por ellos sabemos, por ejemplo, que en los territorios que ocupó hace siglos el imperio asirio, y que no son ahora más que desiertos arenosos por donde cruzan lentamente las caravanas de camellos, hubo un monarca llamado Assurnazirhabal, que fué gran guerrero, gran conquistador, gran opresor de la humanidad, una de cuyas hazañas fué pasar en Nistoum, al filo de la espada, á 260.000 combatientes, é hizo pirámides con sus cráneos, y habiendo después tomado posesión de la rebelde ciudad de Judi, para adornar su triunfo mandó tejer coronas con las cabezas de los habitantes y guirnaldas con los cadáveres, atravesados por cuerdas. Nosotros, hijos de la última civilización, no tenemos palabras con qué execrar tan inauditos horrores, y nos basta pensar que si el género humano no ha perecido, no ha sido por culpa del hombre.

En cambio, ¡qué poco lugar ocupan en la historia humana, aun en nuestra época moderna, los cultivadores del pensamiento! Para ellos hay estrecho lugar en sus anales: sus ideas son desconocidas, sus proyectos desdeñados, y ellos mismos cargan en la tarde de la vida con la peor de las mortajas: la del olvido.

A veces, sin embargo, la posteridad suele tener días de generosa reparación, y decretando honores á los despojos de sus grandes hombres, trata de hacer olvidar la injusticia de los contemporáneos.

Hoy día asistimos á la resurrección intelectual y moral de un hombre ilustre, que fué en vida digno de todo el amor de sus conciudadanos, y que sufrió como pocos, el abandono y deserción de los suyos y el desconocimiento de sus relevantes méritos. No fué de nuestro país; pero vivió aquí sus mejores años, asimilándose nuestro espíritu nacional; aquí echó las bases amplias de su cultura social; aquí estudió y discutió los secretos de las cosas públicas, y ayudó á levantar el monumento de nuestras libertades políticas: si no tuviera tantos títulos para nuestra admiración, los tendríamos para nuestra gratitud, por el afecto hondo y sincero que consagró siempre á la patria chilena.

Juan Carlos Gómez fué hombre de la primera generación libre de América, esto es, de la que nació con el destino de cimentar sobre bases democráticas la sociabilidad americana, perfeccionando y coronando la obra de los héroes de la Independencia. Perteneció á una generación de estadistas que, como hija intelectual de los medios coloniales, reconoció su insuficiencia, y tuvo que empezar por educarse á sí misma, con un esfuerzo que nosotros no acertamos ahora á comprender en todo su valor. Nació en el Uruguay en 1820, en una época aciaga de guerra y tormenta, y sus primeros años fueron inquietos y agitados, faltos del sosiego necesario para la educación de los espíritus nuevos. No vió á su alrededor más que ejemplos de destrucción y tiranía: el Uruguay y las provincias Unidas del Río de la Plata eran presas de una anarquía feroz, y el Paraguay, como siervo domesticado, soportaba la estrambótica dictadura absoluta del doctor Francia. Cursó en Montevideo sus estudios secundarios; pasó en seguida á las provincias meridionales del Brasil, y ya joven formado, quiso vivir de su trabajo en un centro de paz y de orden, en donde pudiese también dedicar sus horas al estudio y la meditación.

La República de Chile era entonces como un islote en medio

del agitado mar político de Sud-América, y á sus fronteras llegaban por todos lados, como náufragos, los fugitivos de los países vecinos. En tierra chilena encontraron asilo los peruanos que arrojaban de su país las convulsiones políticas que precedieron al primer gobierno de Castilla, los bolivianos que escapaban del odio de Ballivián y los argentinos que hufan espantados de la mazorca de Rozas.

Esos emigrados pusieron al servicio de nuestro país el inapreciable contingente de su capacidad y de sus energías, sobresaliendo entre ellos la trilogía argentina de Sarmiento, Alberdi y Mitre, que tuvo tan perdurable influjo en nuestro desarrollo intelectual; pero no fué inferior á ninguno de ellos el ejercido por Gómez en la alta tribuna del periodismo, que era entonces, más que ahora, la cátedra por excelencia.

No pudo llegar en hora más oportuna ni útil el concurso de esos hombres de buena voluntad. Chile se emancipaba decididamente de las influencias de la colonia, y rompiendo los marcos antiguos, principiaba á modelar las nuevas formas de la República. El Gobierno del general Prieto había consumido casi todos sus esfuerzos en asentar el orden público, aun con menoscabo de la libertad, y en abatir la potencia rival de la Confederación del Norte, que era amenaza para nuestra integridad nacional: tocaba, pues, á los gobiernos siguientes la tarea de dar forma práctica á la libertad, así en las instituciones públicas como en los medios de la vida social. Esta trascendental evolución, que había de decidir de los destinos del país, se comenzó á llevar á cabo en medio de vivas discusiones teóricas, acaso las más interesantes y lucidas que ha presenciado el país. De parte de Chile, como humanistas y políticos, se distinguieron Bello, Egaña, Lastarria y otros, y como hacendista, Renjifo; de parte de los emigrados, la ya citada trilogía argentina y Juan Carlos Gómez. No es ésta la ocasión para discutir aquellas teorías, y basta saber que su fruto fué el engrandecimiento de nuestro país, la base profunda de nuestras instituciones orgánicas y la fuerza secreta impulsiva que, á pesar de los malos tiempos, empuja la nave del Estado á un hermoso porvenir.

Gómez tomó activísima participación en los debates de la prensa, y no obstante su juventud, tuvo la honra de suceder á Sarmiento en la redacción de *El Mercurio*, diario que compartía con *El Araucano* el tutelaje de la inteligencia nacional. El criterio del nuevo periodista no hizo contraste con el de su eximio antecesor: uno y otro probaron ser talentos de primer orden, con la diferencia, ventajosa para Gómez, de que su forma fué templada y serena, en vez de la dicción ardorosa, pero á menudo hiriente y agria, del publicista argentino.

En las columnas de aquel diario y en el que fué de su propiedad más tarde, yace esparcida y fraccionada la obra intelectual de Gómez, esperando una mano amiga que la recoja y organice. Ella evidencia, en su conjunto, la singular fecundidad de su pensamiento y su extraordinario derroche de ideas y de recursos. Todos los problemas sociales y políticos fueron tratados por su pluma, y en todos se encuentra alguna nota original, característica, algún punto especial de mira, que sube muy por alto sobre la vulgaridad corriente y abre nuevos horizontes á la imaginación. Para valorizar su volumen intelectual, si es posible expresarse así, se presenta el obstáculo de la dificultad de la elección. Su talento no era puramente especulativo y teórico, sino también práctico y experimental, y aplicaba con frecuencia las cifras y la estadística. Poseía un espíritu sagaz, previsor, calculador, que no se engañaba con la mera apariencia de las cosas, ni creía en la forma definitiva de las instituciones, que están sometidas, en verdad, á continuos cambios y mutaciones, según las propias necesidades que están llamadas á servir. «La política de Chile, decía, se halla colocada entre la conservación y la reforma. La constitución conservadora, la política conservadora, de sus gobiernos, han dado á la nación tantos años de paz como no se cuentan en ninguna de las otras Repúblicas sudamericanas. Pero las ideas surgen, pero el prospecto de un orden de cosas venidero avanza hacia nosotros agigantándose, y es necesario abrirle paso de grado ó por fuerza. La reforma nos asalta: aceptémosla. No hay Hércules para esa hidra. Acojámosla como antídoto, ya que puede matarnos como veneno.»

Trató siempre con especial detenimiento de las cuestiones relativas al comercio y á la ley de navegación, porque tenía la firme certeza de que Chile debía ser una nación comercial y marítima. «Sin ello, escribía, no tendrá en el continente sino una posición secundaria, una mediocre importancia y una bien mediana prosperidad. Su engrandecimiento dependerá de la extensión comercial y marítima que alcance.»

«La posición respectiva de Chile, apuntaba en otra parte, y las Repúblicas hermanas del Pacífico, va pasando por un cambio que será muy conveniente no desconocer: abandonemos, porque ya es tiempo, la pretensión pueril de encontrar bueno sólo lo que nos pertenece; abramos los ojos ante las ventajas con que la naturaleza y las cosas han dotado también á las naciones que nos rodean, y convenzámonos del esfuerzo que nos demanda la patria á cada ciudadano para conservar la preeminencia en que nos hemos visto colocados hasta ahora. La paz, el orden, se cimentan en las otras Repúblicas; la cualidad y multiplicidad de sus productos ofrecen á la Europa un incentivo que es necesario neutralizar; las distancias pueden cambiar; el mundo que tenemos enfrente empieza á abrirse: todo nos excita á impulsar con tiempo nuestra prosperidad, á colocarla sobre una base que no puede minar el tiempo ni sacudir los movimientos de la tierra.»

«Como principal resorte de ese engrandecimiento á que aspiramos, se nos muestra á todos el comercio, nuestras relaciones, nuestro contacto frecuente con el resto del mundo. Las opiniones parecen uniformes á este respecto, y no dudamos que lo sean también en cuanto á la necesidad de una impresión más enérgica.»

Gómez veía en el comercio no sólo el intercambio de mercaderías, sino también un agente poderoso de civilización, y como á tal, quería contemplarlo libre y sin ataduras que impidiesen su progreso. Sostenía que las franquicias comerciales y la libertad de los cambios no eran opuestas á los intereses fiscales; pero defendía el impuesto de aduanas como el más fácil, justo y de mejores resultados.

«Toda legislación de aduanas, añadía, no tiene por objeto más

que la exacta percepción de los derechos del Estado: todas sus disposiciones se reducen á garantir la recaudación íntegra de la cantidad con que debe contribuir la importación al sostén de la cosa pública.» En las tarifas de aduana consideraba dos primordiales objetos: el impuesto y el medio de proteger las industrias del país. El impuesto, establecido en esa forma, convenía á un país joven como Chile, pero en otros más ricos y más extensos debían tomar el primer lugar los impuestos sobre la renta y sobre la propiedad territorial. En cuanto á la protección de las industrias nacionales, sostenía Gómez que la riqueza de las naciones ha comenzado con ella, pero que la protección empieza á ser funesta cuando ya no es necesaria. Combatíó el sistema general y absoluto de una tarifa protectora, profesando sobre este punto el oportunismo y las medidas que aconsejase la propia experiencia. « Los derechos prohibitivos no son los que favorecen la industria nacional, decía: la verdadera protección no consiste en eximirla de toda concurrencia, sino en facilitarle medios de sustentarla; la protección eficaz es la que no da lugar al contrabando; los moderados derechos consultan los intereses del consumidor y es la protección más provechosa al erario. » Este debate sobre las cuestiones comerciales fué el más extenso y dilatado de todos, y también uno de los más importantes, porque en la organización mercantil estaban basados exclusivamente todos los recursos del tesoro público.

Por aquellos años la política comercial del Gobierno de Chile atravesaba por una evolución completa. Hasta entonces había buscado la igualdad é imparcialidad respecto de las naciones europeas, en donde la redundancia de la población, el adelantamiento de las artes y la acumulación de los capitales daban exorbitantes ventajas sobre los mercados de los nuevos Estados hispanoamericanos; y respecto de éstos, había buscado favores y exenciones especiales y recíprocas, con el fin de fomentar y proteger su industria productora y su naciente navegación, haciéndolos capaces de sostener en sus mismos puertos la competencia de los artículos y mercaderías europeos. Pero luego se desengañó de estas teorías, que estaban fundadas sobre el

error de creer que los Estados hispanoamericanos, por el hecho de ser de una sola familia, tenían también intereses y necesidades idénticos, y dejándolos de lado, entró por el camino ya trazado por otras naciones americanas, esto es, ajustar su política comercial á las conveniencias particulares de los Estados contratantes, porque insistir en su modo de pensar hubiera sido un acto de abnegación estéril y perjudicial para sus propios intereses nacionales. Las ideas mantenidas por Gómez, eminentemente prácticas y no altruistas, ayudaron á convencer á la opinión pública de la conveniencia de esta evolución llevada á cabo.

En materia de enseñanza escribió Gómez largos y nutridos artículos, defendiendo su libertad en cuanto era posible. Tenía ideas muy amplias sobre la cuestión; pero del principio general de libertad distinguía y exceptuaba un ramo: el de la enseñanza primaria. En este punto deseaba vivamente la intervención del Estado y la uniformidad en sus métodos, por tres razones principales: «por la diferencia que hacía entre lo que es educación de lo que es instrucción, por la influencia de la inferioridad de educación en las distintas clases de una sociedad democrática, y porque en la práctica sostenía que era irrealizable la libertad de enseñanza respecto de la niñez.»

«Además de los rudimentos de la educación intelectual, añádase, el niño va á adquirir en las escuelas lo que debiera enseñarle el padre de familia: el sentimiento de lo bueno y de lo honesto, el amor al semejante, el respeto á la dignidad del hombre, lo que constituye, en una palabra, las virtudes privadas y la de ser el fundamento de las virtudes públicas: si el padre de familia tiene el derecho de cerciorarse de la conducta de un hombre á quien ha confiado un hijo suyo, ¿cómo se le quiere privar á la nación el de investigar la del profesor á quien ha confiado uno de sus ciudadanos? ¿Puede tolerar ésta que una juventud entera, el porvenir todo del Estado, se críe sin educación moral? En nuestro concepto, sería una indolencia culpable, y no vemos otro medio de impedirlo que ejerciendo el país una vigilancia constante sobre las personas que se dedican á la educación por medio de reglamentos y de

inspecciones.» La libertad de enseñanza se reduce, pues, á la libertad de instrucción.

Trató también con copiosa doctrina de la supresión de los mayorazgos, del desarrollo de la inmigración extranjera, de la reforma de la organización municipal, de la de la ley de elecciones, de la construcción de ferrocarriles y de la modificación del sistema de hacienda pública entonces vigente, pidiendo la inmediata derogación del estanco, y la supresión del diezmo por otro medio de contribución más equitativo.

Atacó con todo el ímpetu de su espíritu el proyecto de ley sobre libertad de la prensa, presentado al Congreso por el Gobierno en 1846, defendiendo la ley vigente del año 28, una de las pocas obras del pipiolismo que aún se conservaba en pie. Se apartó en esta campaña de todos sus amigos, é hizo fuego sobre las ideas de Bello, de Montt y de Varas, aliando sus armas á las de Lastarria, de Tocornal y de García Reyes. El proyecto del Gobierno tenía por origen los disturbios populares de la elección presidencial del año 46; pero merced á la resistencia de sus adversarios, el Gobierno cedió en parte en sus opiniones y modificó en sentido menos restrictivo su proyecto de ley. «No hay gobierno fuerte sin prensa libre,» decía Gómez. Y añadía en otra parte: «El nacimiento de nuevas necesidades y de nuevos intereses, ha impreso otra dirección á los espíritus, los ha inclinado á una existencia más positiva, á anhelos más reales. Estas dos consecuencias nos ha traído la libertad de la prensa, á pesar de su desborde: la extinción del espíritu de la guerra civil y la cooperación, el apoyo que ha encontrado el Gobierno en la mayoría de la nación.»

Cuando se discutió públicamente la conveniencia y necesidad de tener una codificación propia de la República, Gómez abogó por el mantenimiento de la legislación española, expurgándola de todo lo que había caducado de hecho y de todo lo incompatible con la época del día. La legislación de la madre patria, á su juicio, era un fuerte vínculo de unión entre los estados hispanoamericanos, y establecía la solidaridad de sus destinos, uniformando sus conveniencias é identificando sus principios de organización democrática; además, dudaba que fuera

conveniente en esa época de evolución incesante, cuando la sociedad pasaba por un período de transformación y carecía de fisonomía definitiva, dudaba que fuese oportuno el cambio de leyes que podían dejar gérmenes de graves males y aun oponer serios obstáculos al desarrollo posterior de la nación. Cualesquiera que sean ahora nuestras ideas á este respecto, no puede dejarse de ver que las expuestas por Gómez tenían una gran importancia en esos años y eran el fruto de serias meditaciones.

Se dilataría mucho este rápido bosquejo, si fuésemos á detenernos sobre todos los puntos que abarcó la obra periodística del publicista uruguayo; pero no podemos pasar por alto sus opiniones respecto á la política interna del país, porque quedaría incompleto y trunco todo el relieve de su fisonomía.

Gómez deseaba, primero que nada, la consolidación del orden público y el afianzamiento de la paz social, como único medio ambiente propicio para el desarrollo y progreso de la personalidad humana. Quería buenos gobernantes antes que la aplicación ó el ensayo de leyes nuevas, por excelentes que fuesen.

«El mal en América no está en las instituciones, escribía, sino en los hombres que las falsifican, especulando con ellas y esclavizándolas á su egoísmo.

«Se clama por reformas que aseguren la libertad del sufragio, la libertad de la palabra, la independencia y la dignidad de la vida. ¡Qué nos darían de nuevo estas reformas, mientras las flamantes leyes fuesen ejecutadas por individuos que, á merced de su poder, reuniesen en una cárcel, cuando á bien les pluguiese, bajo fútiles pretextos que nunca faltan á los mandatarios, á los ciudadanos más honorables; cuando en sus relaciones con la autoridad el ciudadano no puede alcanzar justicia, sino envileciéndose, prosternándose, por decir así, ante el ídolo de barro deificado mediante un bastón de gobernador ó de intendente!»

Sostenía la necesidad de la existencia de los partidos políticos, para garantir precisamente con la oposición de alguno de ellos la marcha constitucional del gobierno. «Los partidos políticos, enseñaba, no son bandas de salteadores: son ideas, ó más bien dicho, personificaciones de ideas, que tienen dere-

cho de aspirar al predominio, y nunca hemos podido prescindir de considerarlos, sobre todo cuando tienen vida, cuando son hechos existentes que no conseguirán los años anonadar. Desgraciado Chile si no tuviese partidos políticos en su seno. La libertad sería una vana palabra desde que no los encontramos. La revolución americana hubiera sido la más solemne mentira . . . Es necesario su predominio, pero no su « tiranía ».

« El rol, escribía en otro artículo, de una oposición ilustrada y sincera, es más brillante, sin duda, que el de la administración, esclavizada por las contrariedades y por el trabajo. La conquista de mayores libertades, de más efectividad en los derechos, de nuevos progresos, por medio del talento, del olvido de su egoísmo, de la consagración á los intereses del país, es un noble empeño de lucimiento y de fácil gloria. »

La lucha electoral por la Presidencia de la República en 1851, dió ocasión á Gómez para escribir magistrales artículos políticos, ya para sujetar la conmoción revolucionaria que preveía venir, ya para sugerir á los gobernantes ideas de tolerancia y de concordia, que asegurasen la paz en el seno de la familia chilena. La revolución, para Gómez, más que una lucha entre hombres rivales, era el antagonismo de elementos sociales que pugnaban por supeditarse; era, puede decirse, una enfermedad del cuerpo social, sometida al estudio de la patología social. « Chile, decía, pasa en estos momentos por los sufrimientos del desarrollo. Los pueblos, como los individuos, se ven aquejados de un malestar indefinible en la transición de una edad á otra, de un modo de ser que acaba á diverso modo de ser que empieza. Recién salido del pupilage metropolitano, sin experiencia de la libertad, sin hábitos constitucionales, tuvo que poner su destino bajo la guardia del sable más vigoroso, para escapar de la disolución, de la anarquía. La fuerza era el único gobierno posible, y el país lo aceptó á trueque de alguna seguridad y de algún reposo . . . Su conciencia ha ido formándose lenta y laboriosamente, y ha llegado el momento de comprender las influencias que lo abrumaban y de emanciparse para siempre de su antiguo predominio. La lucha es hoy entre lo pasado y lo presente, entre el elemento nuevo y el viejo

de nuestra sociedad, que han bajado á disputarse la elección de 1851. De un lado se halla el viejo patronato de la espada, de la familia, de la hacienda, de la casta. Del otro el principio democrático y republicano, que se personifica en la ciencia, en la probidad, en el carácter.»

Sus esfuerzos no evitaron las luchas armadas del 51, y cuando Gómez vió al país ensangrentado y dividido, á este país que consideraba como el único ejemplo de democracia republicana en Sud-América, un amargo desaliento invadió su espíritu, perdió por un instante la fe en los destinos de estos pueblos, vió oscurecerse el porvenir y, como los profetas antiguos, se cubrió la cabeza para gemir en silencio. Felizmente, la tormenta fué pasajera en Chile, y cuando celebraba la vuelta de la paz pública, se derrumbó al otro lado de los Andes la sangrienta dictadura de Rozas, abriéndose á los proscriptos las puertas de Buenos Aires y de Montevideo.

Juan Carlos Gómez partió para no volver, dejándonos en pago de la hospitalidad, todo el rico bagaje de sus ideas sobre gobierno constitucional, sobre desarrollo de la riqueza pública y sobre cultura política. Terminó su obra en Chile para empezarla en su patria, y allá fué periodista, diputado y Ministro, pero á costa de amargos desengaños y de hondos dolores, que vinieron á fomentar en su alma su tendencia á la soledad y al apartamiento. Cayeron después sobre el Uruguay los malos gobiernos; la rueda de la política envolvió su nombre y lo deslizó en su engranaje, y la ciega pasión de sus adversarios lo acusó hasta de traidor á su propia patria. ¡Cuánto no debió sufrir su espíritu!

«Hemos sido muy desgraciados, escribía desde Buenos Aires á un amigo de Montevideo en 1882, en haber venido al mundo con nuestras ideas y sentimientos en la época en que nos ha tocado, condenados á una injusta inutilidad, con los medios de haber sido muy útiles á nuestro país y muy dignos de la felicidad de hacer y gozar el bien que podíamos hacer.»

«Deben ustedes de vivir ahí casi desesperados. Calculo todo lo que pasará dentro de su cerebro. ¿Qué hacen los pocos que han salvado del naufragio su dignidad personal siquiera?

« Cuántas veces la nostalgia me ha tenido con el pie en el estribo para una corta excursión por la patria, que me aflige morir sin volver á ver. Si está escrito que he de terminar mis días sin volvernos á abrazar, sepan al menos que no es por falta de amor á los seres y á las cosas que fueron el embeleso de mi juventud y son el más dulce recuerdo de mi solitaria vejez. »

La memoria de los años pasados en Chile era un verdadero descanso para su espíritu, y le gustaba hacer resurgir en su imaginación una multitud de detalles que habían sido grabados en su pasta mental fresca. Recordaba su llegada á Santiago en medio de una tempestad de invierno, en que cayó una copiosa nevazón, que blanqueó los cerros vecinos, hinchó las aguas del río y las vació por la ciudad. Este grandioso espectáculo de la naturaleza, desconocido para él, lo dejó sorprendido y maravillado.

Recordemos nosotros, por nuestra parte, todo lo que á su talento debemos. Sus ideas han pasado á ser nuestro patrimonio común: las hemos aspirado en la atmósfera que nos rodea, y acaso muchos de nuestros pensamientos son los que ese estadista ilustre entregó á las discusiones de los hombres. Como capacidad y corazón no es inferior á otras famas americanas, y es superior á muchas por la desgracia de la vida.

Asociémonos al acto de reparación de la ingratitud que le preparan sus conciudadanos, y nuestros votos por el engrandecimiento de su nombre lleguen hasta su lóbrego retiro, como dice el poeta, y hagan su helado polvo rebullir.

DISCURSO DEL SEÑOR CARLOS SILVA VILDÓSOLA

Redactor de *El Mercurio*

Señoras y señores:

Nadie ha hecho tanto bien á estas Repúblicas de la América española, destinadas á un porvenir en que sus intereses se armonizaran, y agitadas muchas veces por desgraciadas divisiones, como los hombres que prestaron servicios á varias de ellas con igual entusiasmo, con el mismo desinterés, con un espíritu



CARLOS SILVA VILDÓSOLA,
redactor de *El Mercurio*.

de americanismo que parecía borrar las fronteras y hacer de todas una sola patria.

Los esfuerzos de tales hombres, sea en las letras, sea en las industrias, sea en la educación, sea en la guerra, han sido constante y viva demostración de que estos pueblos no están separados por infranqueables barreras, de que tienen una misma raza, con un mismo espíritu, de que se puede nacer en uno de ellos y merecer el nombre de ciudadano de los otros, por sus buenos servicios.

Juan Carlos Gómez fué de estos privilegiados heraldos de un americanismo práctico, traducido en hechos, formulado en servicios positivos antes que en vanas declamaciones y estériles lirismos. Nació en el Uruguay «el año de las montoneras y las independencias», como llamaba él mismo el de 1820, cuando no había nacionalidad uruguaya. Fué siempre leal á su patria y la amó con ternuras indecibles, acrecentadas y amargadas por el largo ostracismo. Vivió en Chile trabajando por el adelantamiento político, intelectual y moral de este país, como si hubiera sido su propia patria. Y acabó sus días en la República Argentina, donde aun está fresca la huella de su talento, de sus esfuerzos en favor del progreso, de sus producciones intelectuales, que son honra de la literatura americana.

Nos pertenece, pues, á tres pueblos americanos, unidos por vínculos efectivos de todo género, la personalidad serena, nobilísima, de este admirable pensador, de este periodista lleno de la conciencia de sus deberes sociales, de este soñador de generosas utopías políticas, de este delicado poeta, de este gran americano, para quien ni el Plata ni los Andes habían sido puestos por la naturaleza como vallas, sino como caminos por donde se podía ir de una á otra heredad de los hermanos de América.

En el fragor de luchas políticas, de aquellas que todos los pueblos regidos por sistemas democráticos han conocido, se

pudo discutir á Juan Carlos Gómez en el Uruguay, y se pudieron interpretar errónea y hasta injustamente, opiniones suyas. El tiempo ha devuelto á su memoria la serena luz del respeto de todos sus conciudadanos. Se le hace justicia, porque se le comprende mejor.

Acusado en un tiempo porque resistía la separación de su país de la Confederación Argentina, él mismo respondía á estas acusaciones recordando que habría podido por la fecha de su nacimiento acogerse á la nacionalidad argentina, como lo hicieron otros muchos en su condición. «Yo preferí á esta tentación de la montaña, ha dicho, correr la suerte adversa de mi provincia natal, no abandonando á la madre en sus horas de tribulaciones, sufriendo su mala fortuna, zozobrando en sus naufragios, hasta encontrarme en la playa solo y aterido.»

Se equivocaba Juan Carlos Gómez al dudar de que la pequeña provincia pudiera llegar á ser gran nación. El tiempo está demostrando que se equivocaba. Pero era un noble error, procedente de convicciones íntimas, de anhelos de progreso, y del espectáculo doloroso de anarquías que parecían, entonces, interminables. El pueblo uruguayo pasó su penosa educación para la libertad y entró ya en el período del orden, de la organización y de la prosperidad. Y aun contra sus propias convicciones, Juan Carlos Gómez vivió y murió envuelto en la bandera de aquel país, que había amado más que cualquiera otra cosa en este mundo.

Á Chile llegó cuando las convulsiones de las Repúblicas vecinas arrojaban á nuestras playas espíritus distinguidos, obreros del progreso, soldados de las libertades, maestros de la vida democrática, en la cultura y en el orden, que hallaban estrecho el campo y asfixiante la atmósfera en su propia patria.

¡Qué honra para Chile haber abierto los brazos y haber hecho un sitio de honor en sus hogares á los emigrados de aquellos días! Llegaban de las orillas del Plata con el alma herida por el cuadro desolador de la postración política. Tenían sed de libertad, de orden, de progreso. Traían huella de los golpes

de las tiranías militares. Sentían necesidad de hablar, de tener tribunas, imprenta, cátedra. Querían desahogar sus almas de demócratas, de pensadores, de hijos de su siglo, de herejeros de los próceres de la Independencia.

Y Chile les dió todo eso, digámoslo con íntima satisfacción de nuestro amor propio nacional. Esta República fué para los perseguidos de América, á mediados del siglo XIX, lo que la Inglaterra ha sido para los de Europa, lo que sigue siendo para todos los que sufren opresión en su conciencia, en su pensamiento, en su palabra.

Juan Carlos Gómez tomó su asiento en la redacción de *El Mercurio*, donde otros emigrados, cuyos nombres pertenecen también á la historia americana, habían hallado un hogar. Durante cinco años hizo en este diario la labor agotadora, sofocante, ingrata, del que escribe cada día, á escape, sin tiempo para cuidar la forma, sin otro anhelo que sembrar una buena idea, sin otro propósito que denunciar un mal ó proponer una reforma útil.

Todas las materias que podían interesar entonces al progreso de este país, fueron abordadas por él. Y ningún chileno hubiera podido aventajarle en la clara comprensión de los destinos y necesidades de Chile, en el sincero esfuerzo para el engrandecimiento de nuestra patria, en la noble tenacidad con que planteaba sus ideales políticos y filosóficos, luchando por ajustar á ellos la existencia de la joven República que, por aquellos días, surgía majestuosamente de entre las convulsiones políticas y se sentaba en el concurso de las naciones organizadas.

Muchas veces, recorriendo las páginas amarillentas de las viejas colecciones de *El Mercurio* de esos tiempos, hemos hallado en ellas la huella de la labor de Juan Carlos Gómez, tan fresca todavía, tan inmarcesible en la serenidad y altura filosófica de sus ideas, tan de actualidad, podríamos decir, como si hubieran sido escritos sus artículos para publicarlos hoy. Y es que muchos de los problemas políticos y sociales subsisten, y los principios de orden, de justicia, de libertad,

dentro del derecho, que el periodista uruguayo sostenía, son eternos como las sociedades humanas mismas, como sus intereses, como sus anhelos de felicidad.

Pensando en las dificultades materiales y morales del periodismo chileno en aquellos años, en la falta de medios mecánicos para la difusión de los escritos, en las deficiencias de las comunicaciones, en la escasez de público, en la pobreza de todos los elementos, y en la estrechez de todos los horizontes, hemos comprendido, al recorrer las viejas colecciones de diarios, que no alcanzamos nosotros á apreciar en todo lo que vale el esfuerzo de aquellos precursores, como no entiende el viajero que cruza el océano en un rápido barco de vapor, el gigantesco esfuerzo de los primeros navegantes, lanzados á la ventura en miserables navecillas.

Tristes días tocaron á Juan Carlos Gómez, en su patria y fuera de ella. Él mismo lo decía en una de sus cartas á don Pedro Bustamante, después de aludir á la anarquía que devoraba á las Repúblicas del Plata: « Hemos sido muy desgraciados en haber venido al mundo con nuestras ideas y sentimientos en la época que nos ha tocado, condenados á una injusta inutilidad con los medios de haber sido muy útiles á nuestro país y dignos de la felicidad de hacer y gozar el bien que podíamos hacer. »

El alma delicada del soñador, del utopista, del que anhelaba formar un partido político en que fueran la inteligencia y la probidad los únicos títulos para la exaltación, debía estar entonces profundamente triste. Los desencantos, la pérdida de tantas ilusiones políticas, los ataques injustos, la realidad del desorden y la inmoralidad reinantes, la ausencia de su patria, que le hacía escribir á sus amigos en acentos doloridos: « Si está escrito que he de terminar mis días sin volverlos á abrazar, sepan al menos que no es por falta de amor á los seres y á las cosas que fueron el embeleso de mi juventud y son el más dulce recuerdo de mi solitaria vejez, » todo eso amargaba su espíritu y le oscurecía los horizontes.

¡Qué lección para los que desconfían, para los que no tie-

nen fe en el progreso, para los que toman como decadencias los dolorosos trances de la evolución de un pueblo hacia sus destinos inmortales!

Si por un mágico conjuro se hubiera podido mostrar un día al ilustre y desconsolado escritor uruguayo el porvenir de su país, se le hubiera podido decir con justicia: Hombre de poca fe, ¿por qué vacilas? Mira los años que corren, las Repúblicas americanas que consolidan su organización, el progreso que entra en ellas como una brisa fresca y bienhechora que seca la sangre de los campos de batalla. Mira que se cumple el apólogo del historiador británico, según el cual la libertad es como la hada de la leyenda, que se muestra á veces bajo la forma de horrible monstruo, y sólo concede más tarde sus favores á los que la respetaron aun bajo aquella forma repugnante y dañina. Mira, en fin, melancólico soñador, cómo tres Repúblicas se unen para honrar tu memoria y llevan en triunfo tus mortales despojos, porque fuiste obrero de su progreso, porque en sus tierras vírgenes sembraste ideas, porque empujaste el carro con vigor de atleta, cuando amenazaba atascarse en las asperezas de la fragosa sierra.

Y esa visión del porvenir dichoso de los tres países amigos, unidos alrededor de su propio nombre, hubiera consolado á Juan Carlos Gómez, á este gran americano, de todas las tristezas de su vida asendereada.

DISCURSO DEL SEÑOR DIONISIO RAMOS MONTERO

Delegado del Club « Vida Nueva » en la velada del Ateneo de Santiago

Señor Presidente:

Me es altamente honroso, señores, presentaros las más cumplidas gracias por el solemne homenaje que este primer centro intelectual del país ha querido dedicar á la memoria del distinguido pensador y publicista uruguayo Juan Carlos Gómez, el amigo consecuente y reconocido de la patria chilena, admirador de sus glorias y de sus ilustres ciudadanos; á la memoria de aquel que en la escuela práctica de las virtudes cívicas

cas de este gran pueblo, que vosotros tanto amáis y que él tanto respetaba y quería, pudo retemplar su alma de ardoroso propagandista del derecho, de la libertad y de la verdad institucional, llevando al otro lado de los Andes esos nobles ideales, cuyo triunfo persiguió constantemente, y que fueron divisa y móvil de sus acciones durante toda su vida, en ambas orillas del Plata.

El Club « Vida Nueva » de Montevideo, uno de los centros de la juventud ilustrada del Uruguay, me ha hecho el honor de delegarme su representación en este acto solemne, y me ha encargado que os exprese sus vivos agradecimientos por la cultísima y unánime adhesión que la prensa, el Ateneo y los intelectuales chilenos han prestado sin reservas al pensamiento de los iniciadores del Club « Vida Nueva », de devolver al seno de la patria uruguaya los restos mortales de Juan Carlos Gómez, fraternalmente guardados hasta hoy en tierra argentina, y que serán recibidos solemnemente en tierra uruguaya por los Altos Poderes públicos, y por el pueblo, que se han asociado á tan patriótico acto.

Nada es más simpático que el homenaje tributado á la memoria de ese noble sudamericano, que amó á Chile, á la Argentina y al Uruguay con igual intensidad, porque su corazón tenfa el temple del de aquellos grandes y gloriosos generales nuestros del primer cuarto del siglo pasado... Éstos luchaban por la libertad, trasmontaban los Andes, recorrían el continente y labraban á su paso la independencia de los pueblos... aquéllos, como Juan Carlos Gómez y otros de sus ilustres compañeros, no tenían espada, pero con su sola pluma, desde el Pacífico al Atlántico, en tres Repúblicas, sembraron la preciosa semilla, la que con la libertad, da á los pueblos el mejor fruto, el amor al derecho y el respeto á los principios institucionales.



DIONISIO RAMOS MONTERO

Allá, en las orillas del Plata, en Buenos Aires hoy, y mañana en Montevideo, la gloriosa bandera de la patria chilena acompaña á las banderas argentina y uruguaya á cubrir bajo sus pliegues las cenizas por todos conceptos respetables del eminente publicista Juan Carlos Gómez, el Bayardo de la prensa de la mitad del siglo pasado, en honor de cuya memoria el Ateneo nos ha congregado para escuchar la autorizada palabra de los distinguidos oradores, señores Aldunate Bascuñán, Montaner, Bello y Silva Vildósola, cuyos discursos con tanto interés hemos escuchado y con tanto entusiasmo hemos aplaudido.

Señores: antes de terminar, y desde esta prestigiosa tribuna del Ateneo, centro de cultura y de profunda labor intelectual, é invocando el título de viejo amigo vuestro, permitidme daros nuevamente las gracias, en una forma íntima... que no encuentro palabras para expresar, en nombre de un sentimiento que seguramente está en el fondo de vuestras almas, de un sentimiento grandioso, que flota en esta sala, que acaricia la estrella de vuestra bandera y el sol de las del Plata... que desde el más allá, contempla el espíritu altruista de Juan Carlos Gómez; en nombre, señores, de estos nuevos lazos de confraternidad sudamericana... de la gran significación que tiene ver enlazados los pensamientos de tres Repúblicas hermanas, rindiendo un homenaje póstumo, que es una verdadera apoteosis, á la memoria de un intelectual, de un periodista.

Señor presidente del Ateneo, señores representantes de la ilustrada prensa chilena, aceptad el sincero reconocimiento que desde mi patria envían á los hermanos de Chile, los hermanos del Uruguay.

Pensamiento de Juan Carlos Gómez

EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORA EMILIA HERRERA DE TORO

Iba á conocer la ciudad señorial y los hombres consulares de Chile. No había muerto Egaña y se levantaba Montt. — Subía penosamente la Cuesta de Prado, que parecía burlarse de mi impaciencia, dándome largo tiempo para contemplar en todos sus accidentes el risueño valle que dejaba á mi espalda iluminado por los cambiantes reflejos de la tarde. Andaban por esos mundos de Dios Wheel-right y Campbell, que años después debían ahuyentar con el furor de progreso y el devorante afán de riquezas, engendrados por el camino de fierro, las apacibles costumbres, geniales bondades y perezosas ambiciones, los encantos y deleites de la vida infantil de los pueblos, de esa vida casi de la naturaleza, que tanto echamos de menos entre las magnificencias de la civilización, arrancándonos del fondo del alma el grito del poeta:— felices los que no han visto el humo de las fiestas del extranjero!

Al pisar la cima de Prado, de pronto, como alzada de un abismo por la mano de la Omnipotencia, se presenta á mi vista atónita la Cordillera de los Andes, gigantesca, colosal, inmensa. No veía ni el vertiginoso descenso de la Cuesta, ni los primores de una fecundidad que hermozeaba el paisaje en todas direcciones, ni el ir y venir por el frecuentado camino de las bulliciosas caravanas con sus pintorescos trajes y su chistosa vocinglería. La Cordillera de los Andes!.... allí



CUBIERTA DEL ÁLBUM DE PERGAMINO CON REALCES DE ORO CINCELADO CON QUE OBSEQUIARON Á LA DISTINGUIDA SEÑORA EMILIA HERRERA DE TORO, LOS EMIGRADOS ARGENTINOS.

estaba, delante de mí, cubierta de nieve hasta el pie y coronada la cabeza de nimbos azules. La súbita aparición de tanta grandeza me había sumergido en una contemplación extática, mezcla de admiración y de terror, hasta que la noche la ocultó con su manto, abandonándome á la tristeza y al desconsuelo de mis pensamientos, que la imaginaban insalvable barrera, destinada á cerrarme el paso á la patria, en tierra desconocida, pobre y desvalido, sin vínculos de tradiciones ó afectos, y sin títulos para reclamar sus amparos y sus halagos. Al amanecer entraba por las puertas de Santiago. La gran ciudad, por excepción á su modo de ser, me recibía helada. Cubría la nieve los techos de sus edificios y los pavimentos de sus calles. El espectáculo, raro para sus habitantes, era para mí nuevo y bello. Pero el presagio era siniestro. El frío penetraba mi cuerpo y mi alma.

Al anoecer de ese día inolvidable, una amable invitación había operado un cambio en el giro de mis ideas. Me encontraba en escogida reunión de los que fueron luego queridos amigos, sentado á luenta mesa, instado por los refinamientos de la más exquisita cultura y agasajado por las solicitudes de la más expansiva cordialidad. La castellana de aquella suntuosa mansión solariega era usted, Emilia, que así me abría la acogida de la hospitalidad chilena con todos los embelesos de la existencia.

Poseo la memoria del corazón, y sabe usted que en ella hace su nido el reconocimiento.

Buenos Aires, Diciembre 12 de 1882.

JUAN CARLOS GÓMEZ.

